

INSPECTOR ESPECIAL

FBI



ANTHONY BENSON

ANTHONY BENSON

INSPECTOR ESPECIAL



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1955
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNABÉ, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.--Madrid

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El Cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
166. Precinto «C» (3).
167. Un-hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente número 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el infierno (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Lawson (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
210. Aquelarre (4).
211. La muerte ronda (33).

212. Error fatal (39).
 213. Hacia el abismo (7).
 214. Ojos delatores (37).
 215. Reportero de sucesos (4).
 216. ¡Fugitivo! (40).
 217. Rehabilitación (33).
 218. El extraño agente (5).
 219. No escaparás de mí (8).
 220. La garra enguantada (4).
 221. Sombras en rojo (37).
 222. Aprendiz de policía (30).
 223. Torrente de pasiones (5).
 224. Lazos rotos (33).
 225. Muerte en la carretera (4).
 226. Sangre de periodista (23).
 227. Hielo caliente (27).
 228. Dos vidas (3).
 229. Cara es la victoria (30).
 230. Uno contra todos (28).
 231. Servicio inacabado (21).
 232. Oscura traición (41).
 233. ¡Alto! (4).
 234. Sólo existe un dilema (9).
 235. Legión extranjera (30).
 236. Sindicato criminal (40).
 237. Requiem por Larry (4).
 238. El triunfo del bien (42).
 239. Entre la espada y la pared (28).
 240. Los sospechosos (4).
 241. La vida al azar (21).
 242. Los Balcanes en llamas (43).
 243. La Ley y él (5).
 244. Puente de traidores (17).
 245. Espionaje (42).
 246. Extorsión (4).
 247. Noches de pesadilla (3).
 248. Sin rumbo (9).
 249. Un caso policíaco (4).
 250. La caza del hombre (44).
 251. En la brecha (17).
 252. Galería de congelados (4).
 253. Vidas truncadas (44).
 254. Los pies hacia fuera (21).
 255. Una pareja imposible (37).
 256. Fuego en las manos (21).
 257. Última pena (5).
 258. Cogido en el cepo (28).
 259. La esquina siniestra (4).
 260. El astuto Kubens (40).
 261. La Policía lo sabe (3).
 262. ¡Perseguido! (28).
 263. Pistas borradas (4).
 264. Ojos que vigilan (5).
 265. Sombras en Nueva York (42).
 266. Escondite para un cadáver (8).
 267. Pánico (4).
 268. Hundida en el cieno (44).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|-----------------------|------------------------|
| (1) Alf Manz. | (17) Alvin Cortroa. | (33) Bill O'Creigh. |
| (2) Fred Baxter. | (18) Jack Grey. | (34) Don Lassister. |
| (3) Frank McFair. | (19) Edgar Ford. | (35) John Est. |
| (4) Eddie Thorny. | (20) Andre O'Sun. | (36) Edward Goodman. |
| (5) O. C. Tavin. | (21) Fel Marty. | (37) A. de Tarturis. |
| (6) Alar Benet. | (22) Dana Yonell. | (38) Gary Betsan. |
| (7) A. G. Murphy. | (23) Al Gallard. | (39) Paul Coster. |
| (8) Lewis Haroc. | (24) Chester King. | (40) Herman Teligon. |
| (9) J. L. Martin. | (25) Josep Tell. | (41) Anthony Cuniller. |
| (10) Jack Brooklyn. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Benson. |
| (11) Thomas Settee. | (27) Lou Dark. | (43) Albert Lazar. |
| (12) John Nebot. | (28) Jan Hutton. | (44) Fred Williamson. |
| (13) Thomas Wanton. | (29) Richard Jackson. | |
| (14) F. N. Graw. | (30) Jim Murray. | |
| (15) Robert Deaf. | (31) Sand Buri. | |
| (16) Alan Carson. | (32) Joe Greig. | |

CAPÍTULO I



N las densas sombras de aquella noche oscura, en la que la niebla amortiguaba los rayos de luz de los lejanos focos, el edificio de la Electric Motors Corporation era como una enorme y simétrica mole negra rodeada de alambradas. Generalmente, los últimos resplandores del atardecer coincidían siempre con los primeros de las lámparas eléctricas, que cada quince metros pendían de los delgados postes de hierro que formaban parte de la valla; pero aquella noche no sucedía así, y nadie se hubiera arriesgado a caminar por sus tenebrosos alrededores.

Sin embargo, seis hombres, que debían conocer bien el terreno, pues marchaban uno tras otro sin linternas, se aproximaron a uno de los cierres de la valla, y después que el que iba delante maniobró

en ella, abrieron la puerta y entraron. Había que recorrer alguna distancia para llegar a la fábrica, y los hombres avanzaban, decididos, cuando se oyó el ruido de un camión que adelantaba por la carretera, y una débil claridad iluminó en abanico una buena extensión de aquellos parajes. Instantáneamente, los hombres se echaron a tierra, y el camión pasó raudo, perdiéndose en la lejanía.

Las sombras se espesaron, y todo volvió a quedar en el mayor silencio. Los hombres se levantaron, y sin hablar continuaron su camino; de pronto surgieron del edificio tres potentes haces de luz, que alumbraron el frente, y los seis hombres, sorprendidos y desconcertados, quedaron parados como autómatas. Fue solo un momento; obedeciendo a un mismo impulso, corrieron como locos hacia las vallas, sin hacer caso de una voz que, amplificadas por una bocina, les ordenaba:

—¡Entréguense! ¡Están rodeados!

Fuera de las vallas y en lugares adecuados, los agentes federales vigilaban, con las armas dispuestas. La voz volvió a oírse, sonora y conminatoria:

—¡Entréguense! ¡No pueden huir! ¡Si se resisten, haremos fuego!

Ínútil advertencia; ninguno de los seis «gangsters» estaba dispuesto a obedecer ni a dejarse capturar. Saltaron al otro lado, y huyeron de aquellas luces que los descubrían implacablemente. Un disparo, hecho al aire por la Policía, fue como el eco de la última orden. Los bandidos, que habían logrado situarse fuera del alcance de los reflectores, se tiraron al suelo, y empezaron a arrastrarse en un mismo sentido, buscando un ángulo que les permitiera escapar hacia el lugar donde tenían escondido el auto; pero entonces sucedió algo imprevisto: un agente, saliendo de la oscuridad, avanzó precipitadamente hacia ellos, e hizo fuego repetidas veces, sin oír a su jefe, que gritaba:

—¿Adónde va usted? ¡Retroceda, o le matarán!

En efecto, los «gangsters» hicieron uso de sus pistolas, y el agente cayó, fulminado por varias balas. Entablóse un fuerte tiroteo, que duró pocos minutos, y que fue decreciendo, hasta quedar en un silencio inquietante. El inspector que mandaba las fuerzas no espero más; sabía que la acción estaba terminada, y que la única medida que le quedaba por tomar era la persecución de los que hubieran conseguido huir; pero no quería exponer a sus agentes en un sitio

como aquél, malo para una intervención de día, y peor durante la noche. Ordenó un reconocimiento, y se acercó al lugar donde estaba el agente caído, inclinándose sobre él. Se irguió, consternado, y se volvió al agente especial, Battles, que se encontraba a su lado.

—¿Cómo se llamaba? —le preguntó.

—Bill Mulvaney, señor.

—¡Qué lástima! El mismo corrió hacia su destino. Dé orden que lo recojan.

Varios agentes se aproximaron a él.

—Hay dos hombres muertos, señor —le dijeron.

El inspector volvió a mirar el cadáver del agente, y contestó:

—Son pocos; debieron caer todos.

Encargó a Warring, el agente más destacado, que se ocupase de los trámites precisos, y seguido de Battles se dirigió a su coche. Poco tiempo después estaba en su despacho, y preguntaba al agente especial:

—¿Cuánto tiempo llevaba de servicio?

—Cuatro años solamente, señor. Ponía mucho celo en las misiones que se le confiaban, y algunas veces no podía dominar su temperamento; era un buen agente, y quería mucho a la Institución.

—¿Tenía hijos?

—No; solamente su esposa. Se casó hace un año.

—Deme nota de su domicilio, e iré a verla.

Se retiró Battles, y el inspector quedó pensativo, con la mirada fija en un ángulo de su despacho. La muerte de uno de sus hombres le afectaba considerablemente; no lo conocía; no sabía nada de su vida, e incluso había tenido que preguntar su nombre; pero era un compañero caído en la lucha cotidiana contra la delincuencia, y esto conturbaba su espíritu.

El inspector Max Hagerty, como experto en la represión del «gangsterismo», había sido destinado por el Dirección General, desde Chicago, donde había conseguido muchos éxitos y alguna que otra herida, a Nueva York. Sólo había tenido tiempo de imponerse de lo más elemental de su Departamento, y ésta era su primera actuación.

La Electric Motors Corporation le había informado a última hora que se había cometido un sabotaje en la dínamo generadora de corriente destinada a alumbrado, y en la que estaba de reserva para

caso de averías. No sabía la Dirección de la empresa a qué atribuir el sabotaje, pero lo cierto era que la fábrica estaría sin luz casi toda la noche, mientras se sustituían las máquinas averiadas. Sin temor a equivocarse, el inspector dedujo el motivo, y dispuso que no se encendiese ninguna luz supletoria y sí solo, llegado el momento, tres potentes reflectores, cuya conexión provisional se hizo utilizando el fluido de una industria cercana. El sitio donde estaba situada la fábrica era peligroso, y no había tiempo de tomar las necesarias disposiciones, no obstante lo cual trazó rápidamente un plan, haciendo abortar el asalto de los «gangsters». La muerte del agente le llenó de disgusto y de pena.

No era un sensiblero, sino un hombre de profundos y buenos sentimientos. Endurecido en la lucha diaria, sabía lo que era enfrentarse con la muerte, a la que, sin temer, respetaba. Su prestigio en el Cuerpo era grande, y en el Departamento se contaban en voz baja las numerosas intervenciones que había tenido en su larga carrera; pero como personalmente era desconocido, el Departamento entero estaba a la expectativa de su carácter y manera de ser.

Físicamente era alto y corpulento; cifraba en los cincuenta años, aunque representaba algunos más. Su cabeza se había encanecido, pero sus cejas permanecían negras, realzando sus ojos oscuros de mirada penetrante. Una honda arruga perenne en su entrecejo, demostraba al hombre en constante preocupación. Su voz era afable, pero a veces adquiría una entonación severa y grave.

Salió de su despacho, y se trasladó al del jefe, para informarle:

—Hemos tenido que lamentar la pérdida de un agente —le dijo—. De seis «gangsters», dos han muerto, y los restantes han huido; no quise aventurar a los hombres a una persecución sin garantías; de haberlo hecho, posiblemente hubiéramos tenido más bajas.

—Ha procedido usted bien, inspector; se ha adelantado a ellos, ha desbaratado sus planes y casi ha dejado la banda en la mitad —hizo una pausa y movió la cabeza negativamente—. Es una lástima —agregó— que haya caído uno de los nuestros, pero es inevitable.

El jefe pidió la ficha del agente Mulvaney y la leyó detenidamente.

—Se había destacado —dijo— y habría llegado pronto a ser agente especial. ¿A quién ha designado para dar la noticia a su

esposa?

—Yo me encargaré de eso.

Al volver a su despacho le anunciaron la visita de míster McKaye, director de la Electric Motor Corporation.

—Es muy tarde para venir a visitarle —le dijo—, pero no quiero dejar pasar el tiempo sin felicitarle y expresarle la condolencia mía y de mi empresa por la muerte del agente. Se ha acordado pasar una pensión a su esposa mientras viva, aunque ya sabemos que el Cuerpo federal se ocupa como debe de esta obligación.

—En efecto, señor; es deber nuestro no dejar desamparados a los familiares de nuestros compañeros, pero he de estimar su generoso gesto y agradecersele en nombre mío y de todos nosotros.

Se marchó el visitante, y el inspector llamó a Battles.

—Voy —le dijo— a visitar a la señora Mulvaney; ya no volveré esta noche.

—¿Le acompaño, señor?

—Se lo agradezco, Battles, será mejor.

Kate Mulvaney no tenía más que veintisiete años y era una mujer simpática, de agraciado rostro. Abrió la puerta del piso, creyendo que era Bill que regresaba del servicio en que había tenido que intervenir, y se sorprendió de ver ante ella a dos señores desconocidos.

—Soy el inspector Hagerty —dijo éste quitándose el sombrero—. ¿Podemos pasar?

Les invitó Kate a entrar en su modesto comedor, y el inspector señaló con la mano a su acompañante:

—Éste es el agente especial señor Battles.

Hubo unos instantes de silencio embarazoso, durante el cual Kate fijó sus hermosos ojos grises en el inspector.

—Señora Mulvaney —comenzó diciendo éste—, yo...

Kate le interrumpió con vehemente inquietud:

—¿Qué le ha sucedido a Bill? ¿Está herido?

—Muy gravemente, señora; tanto, que he creído necesario prevenirla.

Sin poder reprimir su impulso, Kate se levantó y se acercó a él.

—¿Es que ha muerto, señor? —preguntó, angustiada.

El inspector inclinó la cabeza, y Kate empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Pero si no es posible, no es posible! —repetía, entre sollozos.

Su honda pena la ahogaba y ponía un nudo en las gargantas de sus visitantes. El inspector, que se había puesto en pie, le colocó las manos en sus hombros y le habló paternalmente:

—Tenga ánimo, hija mía; ya sé que es un golpe terrible, pero tiene que dominarse y encontrar en sí misma la resignación precisa. Comprendo que ninguna palabra es suficiente ahora para calmar su dolor, pero sepa que Bill Mulvaney ha muerto con honor.

El llanto caía a raudales de los ojos de Kate, que no comprendía que en un momento desapareciera de su vida para siempre el hombre a quien se había consagrado. La realidad, sin embargo, estaba allí, en aquellos jefes que habían ido en persona a comunicarle la trágica noticia.

—Quisiera verle...

Dudó unos momentos el inspector, y contestó:

—Si promete tener entereza, sí.

Battles intervino:

—Puedo acompañarla yo, señor.

—Iremos los dos, Battles.

Gran trabajo costó al agente especial apartar a Kate del cuerpo sin vida de su esposo. Cuando lo consiguió volvieron al coche, y el inspector le preguntó:

—¿No tiene familia?

—Aquí no, señor; en Missouri; allí está también la de Bill.

—Le mandaré a la encargada de mi casa para que esté con usted dos o tres días.

Llegó el inspector a su domicilio, y después de dar un beso a su hija Elise se dirigió a una mujer de su misma edad, baja y no muy gruesa, que unía a una bondad natural un carácter bastante firme.

—Bárbara —le dijo—: ha ocurrido una desgracia a un compañero; su esposa no tiene familia y he pensado que podría darle compañía para que no estuviese sola en este trance.

—Ha hecho usted bien —contestó Bárbara, entrando en el interior de la casa y apareciendo nuevamente con el sombrero puesto y un gran bolso en la mano.

—El señor Battles irá con usted —le dijo, mientras le entregaba unos cuantos billetes—; esto por si le hace falta.

El agente especial le preguntó:

—¿Necesita algo más de mí, señor?

—Nada, Battles, muchas gracias por todo; mañana a primera hora véame en el despacho.

Cuando Bárbara se hubo marchado, acompañada de Battles, y el inspector se dejó caer rendido, más moral que físicamente, en una butaca, Elise, que se había ausentado, volvió con unas zapatillas en las manos, y se arrodilló junto a su padre para desabrocharle los zapatos. Ésta era una costumbre de niña que no había perdido. Elise tenía veintitrés años, y desde muy temprana edad que perdió a su madre, su padre lo era todo para ella; le quería entrañablemente como hija y le admiraba como hombre. Mejor que todos sus compañeros del Departamento, ella sabía hasta qué punto se debía su padre a su cargo; su casa era como una prolongación de su despacho oficial, pudiéndose decir de él que carecía de vida particular; su constante ocupación sido tenía una excepción: su hija, a la que dedicaba el poco tiempo que le quedaba libre.

Elise era bonita; más baja que su padre, tenía una acusada delicadeza femenina valorada por el blanco-rosa de su piel y el oro de sus cabellos; en sus ojos azules había tonalidades oscuras que los hacían más bellos y expresivos.

—Ya veo que estás muy disgustado. ¿Es muy grave lo que le ha ocurrido a ese agente?

—Ha muerto, hija.

Elise se estremeció; cualquier día podría ocurrirle igual a su padre. Siempre que actuaba no podía dominar su intranquilidad hasta que lo veía regresar.

—Y... ¿se ha conseguido algo?

—Se ha evitado un robo, quizá algunas muertes, y se ha mermado la banda.

—Es tu primera actuación desde que estamos aquí.

—Es cierto, y no habría pasado nada si ese muchacho hubiese podido controlar su impulso; ha sido una pena.

—Temo por ti, padre.

—No te preocupes, Elise; las balas no respetan a nadie, pero yo tengo la convicción de que he de acabar mis días de muerte natura.

Lo decía para tranquilizarla; pero la verdad era que su vida, como la de los demás, estaba en constante peligro. El inspector cambió de tema.

—¿Qué te parece Nueva York?

—Mucho más bonito que Chicago, pero que tengo que conocerlo a fondo para emitir juicio. Creo que son dos ciudades distintas en costumbres, en caracteres, en muchas cosas. Ya he ido a muchos sitios y me propongo recorrerlo todo; algunas veces voy con Bárbara y otras, sola.

—Ten cuidado donde te metes: aquí hay más vicio y delincuencia que en Chicago. Ya sé que tu buen juicio no necesita guías en ninguna de las dos poblaciones, pero debo prevenirte porque la curiosidad femenina es muy atrevida.

Continuaron charlando mientras Elise preparaba la mesa. Durante la cena se esforzó en distraer a su padre, al que las recientes escenas en las que había tomado parte le habían causado profunda impresión.

A la mañana siguiente el inspector, en su despacho, recibía el informe de Battles. Los dos «gangsters» muertos la noche anterior eran dos delincuentes profesionales de mucho cuidado, y cada uno tenía una extensa ficha. Habían actuado siempre en Chicago, y el inspector conocía a ambos.

—Se han extirpado dos tumores a la sociedad —comentó—, porque eso eran esos sujetos.

—El jefe ha dispuesto que el entierro de Mulvaney sea dentro de dos horas, señor.

—Bien; yo no iré en la comitiva oficial, sino aparte, pero después que se termine convoque a todos los agentes en la sala de conferencias; quiero hablarles.

Varios centenares de agentes acompañaron al cementerio los restos de su compañero. El jefe del Departamento, inspectores y alto personal presidían el duelo. Cuando llegó el momento de darle sepultura, el inspector Hagerty se acercó a la fosa llevando apoyada en su brazo a Kate, cubierta con un largo velo negro. Había ido a su casa a recogerla en el momento oportuno, y la joven esposa, a la que los consuelos de Bárbara habían dado algún ánimo, asistió al entierro acompañada del inspector. Todos sabían que aquella enlutada figura, cuyas lágrimas ocultaba la gasa, era la representación de otras figuras que antes y después que ella pusieron y pondrían el epílogo de su dolor a una vida entregada en defensa de la sociedad.

Cuando el inspector dejó a Kate en su casa volvió al Departamento, y se dirigió a la sala de conferencias. La mayoría de los agentes no le conocían personalmente y acudieron a la convocatoria con curiosidad.

El inspector empezó a hablarles con voz firme:

—Les he llamado, señores —les dijo—, no sólo para que dediquemos un recuerdo a nuestro compañero Bill Mulvaney, sino para hacerles algunas consideraciones de orden práctico que creo necesarias. También de la muerte pueden sacarse experiencias, y esto vamos a tratar de hacer nosotros en breves palabras. Tengo la convicción de que Bill Mulvaney, caído en el cumplimiento de su deber, pudo evitarse el sacrificio de su vida. Su celo e interés en las misiones en que intervenía le impulsaban a la acción sin precaver las consecuencias. Yo no le conocía; posteriormente me he informado de sus condiciones y temperamento, y creo que todos ustedes estarán de acuerdo en mi afirmación anterior. En nuestra labor no puede predominar el impulso, sino el cerebro. Bill Mulvaney se arriesgó él sólo a pecho descubierto, sin tomar precauciones, en un afán incontenible de acabar con seis hombres armados ocultos en las sombras. No pensó, naturalmente, en que iba derecho a la muerte; no razonó. Digno de elogio es su gesto en cuanto demuestra una superación de su espíritu combativo contra la delincuencia, pero no era necesario.

La frase, inesperada, originó que los agentes se mirasen entre sí, y el inspector, que hizo como si no lo hubiera advertido, continuó:

—No, señores; no era necesario el sacrificio de su vida. En cualquier acción, en medio de la lucha o antes de ella, el agente debe tener plena conciencia de sus actos. Debe darse cuenta de que no interviene solo, sino que forma una célula de todo el conjunto, y que en este conjunto hay hombres que asumen la responsabilidad no ya de combatir al enemigo, sino de defender las vidas de los que están a sus órdenes. No puede haber individualismos en el Cuerpo federal; no puede obedecerse a reacciones o deseos incontrolados, aunque unas y otros estén guiados por el mejor de los propósitos. Elogiemos el acto de Bill Mulvaney, pero no le imitemos. He preferido hablarles con claridad y en este triste momento porque todos tenemos en nuestros pensamientos el hecho y sus consecuencias, y podremos recapacitar sobre él para que nos sirva

de enseñanza en nuestra diaria labor. Nada más, señores; recordad como final de esto y tenedlo siempre presente, que a la razón del impulso es preferible el impulso de la razón.

El inspector salió de la sala de conferencias, que los agentes empezaron a abandonar en silencio. Breves habían sido las frases, pero la forma, el fondo de ellas y el instante elegido, dejarían honda huella en todos. No olvidarían fácilmente la sucinta lección. Había aprovechado el inspector un momento psicológico colectivo para hacer resaltar algo que afectaba no sólo a la propia vida de los agentes, sino al desarrollo de las intervenciones del Cuerpo federal. No quiso hablar de que tal vez sin la actuación impremeditada de Mulvaney hubiese podido rodearse a la banda de «gangsters», y omitió deliberadamente el hecho de que olvidase a sus superiores al tomar su propia iniciativa. Valoró el acto del agente, que podía considerarse suicida, y en términos generales sacó consecuencias que sirviesen de normas en beneficio de todos.

Cuando llegó a su despacho, el jefe, que acababa de entrar, le dijo:

—He querido venir para hacerle presente mi conformidad con las palabras que ha dirigido al personal, con las cuales estoy totalmente identificado. No solamente le he escuchado yo, sino los demás inspectores, y todos compartimos su criterio.

—Gracias, señor —contestó el inspector—; creí que era necesario hacerlo, aunque ello se saliera de la costumbre.

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente, al precio infimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

CAPÍTULO II



N el sótano de una casa de fea apariencia, al final de la calle Doce, junto al puerto, tenía su reunión Dick Carey y sus hombres. El sótano constaba de dos dependencias casi desamuebladas, y su frialdad e incomodidades quedaban compensadas por la puerta de comunicación que Dick había mandado abrir justamente detrás de una de las puertas registros de una de las galerías de servicios que cruzan el subsuelo de la ciudad. Nunca se había utilizado ni se abriría, a menos que ocurriese algo grave; pero allí estaba, ofreciendo una vía libre en cualquier momento de persecución.

Dick Carey, sentado ante una mesa, escuchaba a uno de sus hombres, de los tres que le habían quedado. Su gesto era torvo y sombrío. Si el vicio y las bajas pasiones pudieran reflejarse en el

semblante del criminal nato, Dick hubiera pasado por una persona decente, pues no había en su rostro ninguna tara de las muchas que tenía moralmente. Era alto y delgado; los rasgos de su cara, correctos, no acusaban nada anormal, y únicamente podía observarse cierta inquietud en sus ojos negros, cuya mirada no se posaba más que un solo momento sobre las cosas. Tenía un ligero bigote negro, y su pelo, del mismo color, estaba siempre cuidadosamente peinado.

El que le hablaba, Merlo, su hombre de confianza, contaba cuarenta y cinco años, cuatro más que su jefe, y era un ser vulgar en su cuerpo, en su cara y en sus ademanes. Entre la gente no se destacaba su figura, y hubiera pasado inadvertido siempre que se lo hubiese propuesto. Un detalle, sin embargo, resaltaba de su conjunto: la astucia de sus ojos grises.

—Daremos algunos golpes —decía a su jefe—, porque la Policía no está dentro de nuestros pensamientos; pero con ese nuevo inspector nos será muy difícil. Ya has visto lo que nos ocurrió ayer.

—Es cierto; no sé cómo tuvo tiempo de organizar su plan. ¿Cómo se llama?

—Max Hagerty, y ha sido especialmente enviado por la Dirección del

F. B. I.

—¿Qué más sabes de él?

—Que es rápido e inteligente; tiene fama de exigente y serio.

—¿Qué precio tendrá?

—Ninguno; no es sobornable.

Dick quedó pensativo unos instantes; después dijo:

—Habrá algo en su vida que sea vulnerable; a todos los hombres les ocurre igual. ¿Te has informado de su vida particular?

—Hace muy poco que vive aquí; tiene una hija y una señora que lleva la casa.

—Ya tienes trabajo, Dinger —dijo Dick, dirigiéndose a un joven de veinticinco años que bebía a pequeños sorbos una copa de coñac—, y agradable además.

Dinger le miró con curiosidad. Era alto y fuerte; tenía el pelo rubio, rizado, y unos grandes ojos castaños que sabían mirar sin inspirar recelos; vestía elegantemente y estaba bastante pagado de sí mismo.

—¿De qué trabajo me hablas? —le preguntó.

—Vas a enamorarte de la hija del inspector.

—¿Yo? —preguntó, extrañado.

—¿Es que no te encuentras con facultades?

—Hombre, sí, pero... En fin, no esperaba que se te ocurriese tal cosa.

—¿No nos meteremos en un lío? —intervino Merlo.

—Si lo hacemos bien, no.

—¿Qué te propones, Dick? —insistió Merlo.

—Por ahora, enamorarla; después, ya veremos.

Merlo movió la cabeza negativamente.

—No me gusta nada tu plan, Dick.

—No tiene por qué gustarte —encendió un cigarro, y agregó—: ¿Quieres que nos crucemos de brazos? ¿Te parece bien que estudiemos un golpe, nos encontremos sin poder realizarlo y con dos hombres menos, como ahora ha ocurrido? Algo hay que hacer. ¿Sabes cuánto representó para nosotros lo de ayer? Muchos miles de dólares.

Durante unos momentos los cuatro hombres quedaron callados; la pregunta de Dick les había hecho reflexionar: era cierto que habían perdido mucho dinero por la intervención de la Policía federal que no esperaban.

—Lo dicho —volvió a hablar Dick, dirigiéndose a Dinger—; buscas la oportunidad de encontrarte con la muchacha y te relacionas con ella; empieza hoy mismo, y a las seis vienes todos los días y me informas de los progresos que realizas.

—Eso requiere gastos y yo no tengo dinero —dijo Dinger.

Dick sacó varios billetes del bolsillo de su pantalón.

—Ahí tienes —le dijo, dándoselos—: cien dólares; para una chica honrada, que lo más que te aceptará será un refresco, ya tienes de sobra.

Se guardó Dinger el dinero, y haciendo un gesto con la mano a modo de despedida, se marchó. Dick miró a un hombre más bien grueso, que estaba sentado frente a él, y que parecía encontrarse ajeno a la reunión, ocupado tan sólo en contemplar el fondo de su copa de «*whisky*».

—¿Estuviste en el entierro, Gallery?

—Sí; creí que iba a haber algún discursito, pero me equivoqué;

si hubiésemos estado en el cementerio los cuatro con unas ametralladoras... No hubiéramos tenido mejor ocasión.

Dick se sonrió.

—Ya sé que eres radical —le dijo—, pero a nosotros lo que nos interesa ahora es el inspector... ¿Cómo dijiste que se llamaba, Merlo?

—Max Hagerty.

—Bien, pues ése es nuestro hombre.

—Se le puede quitar de en medio —sugirió Gallery.

—Tendríamos que estar muy desesperados para hacerlo. Si lo despachamos no podremos movernos en mucho tiempo, y no me gusta la quietud.

A Gallery le contrarió que su jefe no compartiera su idea. ¡Le gustaba tanto disparar!...

Dick se levantó y empezó a pasearse por la habitación para quitarse el frío que sentía. Una de las veces se paró ante su segundo, y le dijo:

—Tienes que buscar dos hombres; cuatro somos insuficientes. Ya sabes cómo me agradan; no quiero novatos ni tampoco veteranos viejos que se creen más listos que nadie.

—¿No conoces tú a ninguno? —le preguntó Merlo, queriendo eludir la misión.

—A muchos, pero por eso precisamente no quiero tenerlos a mis órdenes. Es mejor que no sepan quién soy. A ver si entre hoy y mañana los encuentras y me los traes.

En tanto los «gangsters» continuaban charlando, Dinger encaminaba sus pasos hacia la casa del inspector. Realmente estaba preocupado, pues no le parecía bien el encargo que le diera su jefe. Él era un Tenorio sin el valor ni la hidalguía de Don Juan, y en la senda del amor ya había dejado algunas rosas marchitas y muchas lágrimas, pero lo de ahora era completamente distinto: primero tenía que representar su papel a la fuerza, le agradase o no la hija del inspector; después, no podría desechar de su pensamiento que tras ella estaba el peor enemigo, suyo y de los de su clase. Por muchas vueltas que le dio siempre llegaba al mismo punto: tenía que cumplir la orden sin demora.

Se situó frente a la casa de manera que no pudiesen verle los que salieran de ella, y esperó. Eran poco más de las once y media y allí

debía estar hasta la hora de comer para después continuar en el mismo sitio hasta que surgiese alguna oportunidad. Pero ésta no se hizo esperar. No habían transcurrido más que unos minutos cuando apareció Elise en la puerta, que por ausencia de Bárbara tenía que hacer de ama de casa. Se dirigió al próximo almacén para unas compras, y Dinger, que la había seguido, entró decidido tras ella. Al salir, Dinger se acercó a la casa y le preguntó a la portera si podría ver al inspector o a la hija, y aquélla le respondió que no había nadie en el piso y que la hija acababa de marcharse. Como no la conocía tuvo que recurrir a este ardid.

Ya había adquirido Elise algunas conservas, y llevaba al brazo los paquetes, cuando Dinger tropezó con ella y se los tiró al suelo. Los recogió apresuradamente, y al entregárselos se quitó cortésmente el sombrero y se disculpó.

—Perdóneme —le dijo—. Creí que se me había usted perdido, y en mi aturdimiento no vi que la tenía delante. ¿Me permite que le lleve los paquetes?

Elise se puso encarnada, y sonriente denegó con la cabeza, pero ante la insistencia de Dinger cedió. Aquel apuesto y guapo galán poco tenía que hacer para entusiasmar a una mujer. Ya en la calle, y mientras se dirigía a su casa, Elise le preguntó:

—¿Por qué me seguía usted?

—Porque me gusta; ya lo he hecho muchas veces, pero no me he decidido a hablarle hasta hoy.

Resultaba fácil engañar a una mujer sin experiencia que todavía no se había asomado a la vida. En contadas ocasiones había recorrido Elise el camino del almacén a su casa, pero aquella vez le pareció que la distancia se había acortado increíblemente; en aquellos momentos hubiese querido vivir muy lejos. En la puerta, Dinger se despidió de ella y trató de convencerla para que saliese con él aquella misma tarde a dar un paseo; pero Elise no accedió porque —le dijo— estaba sola en casa. No obstante, le prometió salir dos días después, antes de comer, si Bárbara había regresado. Mientras, no debía intentar verla porque no podría dejar la casa.

Cuando llegó el inspector y vio a Elise se le quedó mirando fijamente, y ella bajó los ojos.

—Ya sé lo que te pasa —le dijo—; un hombre te ha hecho el amor. ¿Me equivoco?

—No, padre; es así. Lo encontré en el almacén y me ha acompañado hasta aquí.

—Bien, hija; es lógico que esto suceda, y aunque no tengo motivos para hablar en favor ni en contra de ese hombre, debo prevenirte, porque tú eres aún casi una niña. No te dejes guiar por la primera impresión. Ten presente que por encima de la belleza o simpatía de los seres humanos están sus cualidades morales, que son, en definitiva, las que sirven de ordenación a la familia y a la sociedad. No entregues tu corazón a nadie que no creas que puede merecerlo. Me dirás que son consejos de viejo, y que la juventud no entiende de esas cosas; pero si es así, te equivocas, porque lo que yo te estoy diciendo es moderno y nunca pierde actualidad. Cuando una mujer no está ligada aún por ningún afecto al hombre, debe dejar a un lado los sentimientos y juzgar a la persona con el cerebro. Casi todos los matrimonios, y son muchos, que viven en continua discordia son porque se realizaron bajo un capricho, una conveniencia o un espejismo. Siempre me has hecho caso, y espero, Elise, que ahora también me lo harás; lo que te pido es bien poco: sólo que antepongas la razón a todo lo demás. Estás a tiempo de hacerlo antes de que la ilusión y el cariño te cieguen hasta el punto de no ver los defectos; si lo haces así te evitarás muchos sufrimientos.

Profunda impresión causaron estas palabras en Elise. No serían vanas estas recomendaciones que ella estimaba en todo su valor; su padre, en su orientación, le había señalado el camino que debía seguir, y a él se atendería.

Le había agradado Dinger, pero volviendo sobre sus actos y palabras lo encontraba demasiado desenvuelto. Las observaciones de su padre empezaban a surtir efecto. Ya no era la ceguera por el físico ni la atracción personal lo que influía en ella exclusivamente, sino que daba paso al análisis para saber si aquel hombre era como decía su padre un hombre digno.

Dos días pasan rápidamente. Elise había esperado con ansiedad el regreso de Bárbara, porque pese a todas las consideraciones ella era mujer. Tenía interés, ilusión y curiosidad por volver a reunirse con Dinger, lo contrario que le ocurría a éste, que hubiera deseado que aquel asunto no se hubiese empezado. Muchas veces había dedicado su tiempo a conquistar mujeres que valían menos que

Elise, pero ahora era distinto; no le interesaba su belleza ni el atractivo de su persona; sus actos y sus pensamientos se veían coartados no por su conciencia, sino por el temor.

A las doce, Dinger estaba frente a la casa del inspector, prometiéndose a sí mismo que nunca más volvería a esperar a Elise en aquel sitio en el cual podía ser visto por su padre, con el que no quería tropezarse. No tardó en salir Elise, y ambos se dirigieron a la Sexta Avenida, que no estaba muy lejos. En la conversación que sostuvieron durante el camino, Elise se dio cuenta de que la educación de Dinger era superficial, pero no consideró esto como grave inconveniente, pues se decía que era imposible encontrar una persona perfecta. Anduvieron largo rato, y al llegar a una de las calles transversales, donde había una sucesión de bares y cafeterías en las proximidades de la avenida, Dinger la invitó a tomar el aperitivo.

Todo aquello le resultaba violento a Dinger; no estaba en su ambiente. Intentó desplazarse con Elise a lugares más apartados, pero ella no quiso salir del centro alegando que no disponía de mucho tiempo. En el bar, Dinger explicó sus pretensiones: se había enamorado de Elise y no podía vivir sin ella. Inventó una fábula sobre su vida y otra sobre su situación actual: era ingeniero y acababa de obtener el título; su familia no residía en Nueva York, y él estaba en la ciudad tratando de buscarse un porvenir.

Elise le escuchó en silencio, y cuando terminó le dijo:

—Tengo que pensar mi contestación. Me agrada usted, pero eso no quiere decir que le ame —se acordó de su padre, y agregó, sonriendo—: El matrimonio es una cosa muy seria; vale más esperar un poco que no tener que arrepentirse después. Le propongo que seamos amigos, y cuando nos conozcamos bien podremos hablar de amor.

Aquella fría contestación a un hombre como él, que se consideraba irresistible, le sorprendió y aumentó el odio injustificado que ya sentía por Elise. De buena gana le hubiera vuelto la espalda o habría hecho otra cosa peor. Sobreponiéndose, continuó la charla, tratando de poner en ella un calor que estaba muy lejos de sentir. Después de un poco de tiempo, Elise miró su reloj y dijo que tenía que regresar, oportunidad que interiormente celebró Dinger, apresurándose a llamar al dependiente para pagarle

la consumición.

Iban hacia la puerta, cuando Dinger no pudo resistir a la tentación de su bebida favorita, de la que se había abstenido para no originar sospechas, y se acercó al mostrador, diciendo a Elise:

—Venga, voy a tomar algo fuerte, porque no me encuentro bien.

Pidió un doble de coñac, y mientras lo bebía, un hombre se aproximó a él y le dio un fuerte y amistoso golpe en el hombro:

—¡Dinger! ¿Qué haces por aquí? Creí que no frecuentabas este barrio.

No esperaba Dinger, encontrarse allí con aquel amigo de su misma profesión, y aparentando indiferencia se volvió hacia él.

—No le conozco —le dijo—; no sé quién es usted.

Soltó el amigo una estrepitosa carcajada, que hizo apretar a Dinger sus mandíbulas. Aquel tropiezo podía tirar por tierra los planes de su jefe y optó por salir cuanto antes del bar. Apuró de un trago la copa y echó un billete sobre el mostrador; pero no contaba con la obstinación del amigo, que volvió a insistir:

—Resultas un mal cómico, Dinger, aunque tal vez sea que hayas perdido repentinamente la memoria; si es así voy a recordarte algo.

Dinger se volvió hacia Elise, que no perdía detalle de la escena.

—Vámonos —le dijo.

—¡Ah! Conque era ésa la causa de que hicieras que no me conocías; una nueva chavala, ¿eh? Vaya granuja que estás hecho.

La sangre se le subió a Dinger a la cabeza, y de un puñetazo en la cara derribó al amigo. Se produjo un gran alboroto, cayeron algunas mesas y sillas, y Elise salió corriendo del bar, en tanto el amigo, al que la inesperada agresión había aturdido, se levantó pálido de rabia y se abalanzó en tromba sobre Dinger, que en aquellos momentos volvía a ser el clásico hombre del hampa. Ya no se acordaba de Elise ni del encargo de su jefe; todo se había borrado de su imaginación. No pudo contener el ímpetu arrollador de Moagle, y los dos hombres rodaron por el suelo, golpeándose sañudamente. Logró Moagle incorporarse primero, y cuándo iba a hacerlo Dinger, un directo a la mandíbula lo hizo caer de nuevo. Consiguió Dinger ponerse en pie, pero alguien dijo entonces que ya se había avisado a los guardias, y los dos «gangsters», sin preocuparse más uno de otro, se marcharon del bar tomando por sitios distintos.

Elise llegó a su casa llena de confusiones y explicó a Bárbara lo que le había sucedido.

—No me gusta eso —le contestó—; demostró poca consideración hacia ti al no evitar la pelea; no debió olvidar que iba con una señorita. Cuéntaselo a tu padre cuando venga, que seguramente será de mi misma opinión.

Y, en efecto, el inspector escuchó a su hija atentamente, y le dijo:

—Siento que te hayas encontrado en una situación desagradable. Lo ocurrido no puede llevarnos a una consecuencia definitiva, porque hay veces que el hombre se ve complicado en un asunto en el que no tiene más remedio que reaccionar rápidamente. Sin embargo, es significativo que la agresión partiera de él, lo cual demuestra, por lo menos, que es pendenciero y no puede controlarse. Tratará de acercarse de nuevo a ti para justificarse y darte explicaciones. Confío en tu buen criterio.

No se habló más del asunto, y Elise le preguntó:

—¿Se marcha por fin la señora Mulvaney?

—Sí, y es lo mejor para ella; se va con sus padres, y su compañía le ayudará bastante. Ya he encargado a Battles que se ocupe de todo lo necesario. Para vivir no ha de faltarle.

Mientras esta conversación tenía lugar en casa del inspector, Dinger, con el ojo izquierdo amoratado y ligera hinchazón en la cara, se adentraba en los bajos fondos de la ciudad en busca de Moagle. Lo encontró en una taberna del puerto, oscura, amplia y baja de techo, refugio de maleantes y criminales. Estaba en una mesa con dos más, y al verlo se levantó y fue hacia él.

—No te creía tan cobarde para pegarle a un amigo que nada te ha hecho; si hubiéramos estado en otro sitio te habría machacado la cabeza.

Uno de los amigos de Moagle intervino.

—Bueno, ya está bien. Me ha contado éste —y señaló a Moagle— que os habéis golpeado los dos, pues se acabó; no hay más que hablar.

Dinger no le hizo caso y se encaró con Moagle:

—Tenías que haber comprendido que no me convenía conocerte; cuando un hombre va con una mujer no le gusta que nadie se entremeta; cualquiera menos un idiota como tú se hubiera dado

cuenta.

Moagle le miró con desprecio.

—Yo también me la habría dado si tú fueras un hombre; pero eres sólo un niño bonito, un asqueroso mamarracho que no tiene más que la figura; no me explico cómo Dick no te ha dado ya una patada.

El amigo de Moagle desistió de sus buenos oficios de mediador y se retiró a su mesa. El dueño, veterano ya de la delincuencia y hábil sorteador de la Ley, se acercó a ellos.

—Ya sabéis que no me gusta que peleen aquí; idos a la calle, que allí no os estorbará nadie.

Como si no le hubieran oído, los dos «gangsters» se miraban, desafiándose. Los insultos de Moagle habían sido para Dinger como otros tantos latigazos, dados en pleno rostro. La ira le ahogaba; le había ridiculizado ante los demás, poniendo en duda su hombría.

—Voy a demostrarte que soy más hombre que tú —le dijo con voz colérica—. Antes te pegué primero y ahora tampoco te daré oportunidad.

Y terminando de hablar sacó rápidamente la pistola y disparó consecutivamente sobre Moagle, que se llevó las manos al vientre y cayó de espaldas con una trágica expresión de dolor reflejada en su cara.

Huyó Dinger, y como por arte de magia la taberna quedó totalmente vacía. Mandó el dueño a su dependiente a avisar a la Policía, y al quedarse solo se inclinó sobre el cadáver de Moagle y le quitó lo que llevaba en los bolsillos.

Varios guardias y un sargento de la Metropolitan Pólice entraron en el local, y el sargento, después de examinar a Moagle y ordenar que trajesen una ambulancia, se volvió hacia el dueño de la taberna.

—¿Qué ha pasado, Tillman? Otra vez tu establecimiento; cualquier día tengo que cerrártelo.

—Yo no tengo la culpa, sargento. Vienen gentes de todas clases y yo no conozco sus intenciones, y muchas veces ni a ellos mismos.

—A éste por lo menos no puedes decir que no lo conocías.

—No, y usted también sabe quién es; Moagle.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé; no es cliente. Parece, por lo que les oí, que ya

tuvieron una pelea esta mañana.

—Descríbeme al agresor.

Las señas y referencias que Tillman le facilitó se apartaban por completo de las reales, y nadie hubiera reconocido por ellas a Dinger. Sabía quién era éste, pero no quería jaleos con él, y menos con su jefe.

Para confrontarlas, el sargento se dirigió al dependiente.

—¿Viste cómo sucedió? —le preguntó.

—No, señor; estaba en el sótano y subí cuando oí los disparos.

—¿No había nadie en el bar, Tillman?

—Sí; había algunos parroquianos, pocos, pero no eran asiduos; no podría indicarle a ninguno.

El sargento se sonrió; estaba contento de la muerte de Moagle, y se daba cuenta de que se enfrentaba con la iniciación de una lucha entre «gangsters», de la cual no podría derivarse más que ventajas. Moagle era uno de esos delincuentes peligrosos que ya había que borrar de la lista.

Uno de los guardias terminó de registrar el cadáver y se volvió hacia su superior.

—No lleva nada encima, sargento.

—Es muy raro. Tú no te apartaste de aquí, ¿verdad, Tillman?

—Unos momentos; ya sabe usted que yo no me asusto fácilmente; pero esto me cogió desprevenido. Cuando vi caer a Moagle mandé al dependiente a buscarle y entré en el interior; fueron sólo unos minutos.

Le miró el sargento con fijeza, y Tillman sostuvo la mirada sin la menor turbación.

—Si eso es verdad —dijo—, alguien ha tenido que entrar aquí llevándose todo lo que tenía en los bolsillos; no me explico cómo dejaste la taberna abandonada.

Tillman hizo un gesto de resignación que no engañó al sargento; pero que tuvo que conformarse con la versión que le diera.

Cuando se hubieron terminado las diligencias y retirado el cadáver, Tillman dio instrucciones a su dependiente y entró en sus habitaciones particulares, revisando lo que le había quitado a Moagle: el tabaco, una cartera con apuntes, doscientos dólares, que redujo a cien, y una pistola. Hizo un paquete con todo ello y salió de la taberna, dirigiéndose por varias calles de poco tránsito a un

salón de recreo no muy lejos del muelle catorce. En el piso alto, y sentado delante de una pequeña mesa de tresillo, jugando con otros, estaba Dexter, jefe de otro grupo de facinerosos.

Le hizo Tillman una seña, y Dexter se levantó y se sentó con él en otra mesa más apartada.

—¿Qué te trae, Tillman?

—Han matado a Moagle hace poco en mi taberna.

El «gángster», que no esperaba la noticia, se sorprendió. Sacó su paquete de tabaco, le dio un cigarro a Tillman y encendió otro, quedando en silencio unos momentos.

—¿La Policía? —preguntó después.

—No; Dinger.

—¿Cómo? ¿El gomoso de Dick?

—El mismo; tuvieron una reyerta en no sé qué bar, y Dinger lo buscó en mi taberna para armar camorra. Te digo que fue una acción fea, que cogió desprevenido a Moagle.

—Sí; eran amigos —quedó un rato pensativo, y preguntó—: ¿Lo han registrado?

—Sí; pero yo me había adelantado —le entregó el paquete con el dinero y los objetos de Moagle—. Aquí tienes: esto es todo lo que tenía.

Lo desenvolvió Dexter, se guardó la cartera sin mirarla, metió en su bolsillo la pistola y empujó hacia Tillman el dinero y el tabaco.

—Eso para ti; ya veo que eres buen amigo.

Uno de los jugadores se les acercó.

—Oye, Dexter: ¿te esperamos o empezamos otra partida?

—No; yo voy en seguida —miró a Tillman, y le preguntó—: ¿Sabes cuál fue la causa de la pelea?

—Creo que había por medio una mujer.

—No me extraña; ese muñeco siempre tenía líos de mujeres.

—¿Qué vas a hacer, Dexter?

—Todavía no lo he pensado; ya sabes que conozco a Dick.

—Lo sé; pero ten cuidado.

—Nunca nos hemos estorbado; él es más fuerte que yo y tiene dinero porque se dedica a golpes de importancia, pero no tengo por qué temerle. Iré a verle y arreglaré esto a mi modo.

Se despidió Tillman, encaminándose de nuevo a su taberna, y pensando que no le vendría mal de cuando en cuando algún suceso

como aquél, que le había dejado una bonita ganancia.

Dinger, que después de haber matado a Moagle se había ido a la habitación que tenía alquilada en un piso alto de la calle Cuarenta y Dos, estaba tendido en la cama fumando cigarro tras cigarro y bebiendo coñac. Reflexionaba sobre lo que había ocurrido, y se daba cuenta, un poco tarde, de que había creado una situación violenta con la hija del inspector. Ella no le preocupaba lo más mínimo, como tampoco el cerdo de Moagle, pero no sabía cómo lo encajaría su jefe. No creía que nadie le denunciara, y se sentía tan satisfecho como si hubiera ingerido una buena comida. La idea de la misión que le habían encomendado volvió a fijarse en su imaginación; aquello era no sólo perder el tiempo, sino un disparate. Dick no sabía muchas veces lo que hacía.

Miró su reloj de pulsera, y al darse cuenta de que eran más de las cinco se levantó de la cama y se arregló cuidadosamente; la cara la tenía casi normal, pero la mancha del ojo tardaría dos o tres días en desaparecer. Acicalado y perfumado salió de la habitación y de la casa con el tiempo justo para estar a las seis ante su jefe. Éste le miré, y sin decirle nada empezó a pasearse por la habitación. Ya estaba enterado del suceso, porque Dexter se lo había dicho a Merlo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó, deteniéndose ante él.

—Moagle se metió conmigo cuando estaba en un bar con la hija del inspector; nos dimos unos cuantos puñetazos y lo dejamos porque avisaron a los guardias. Después fui a buscarle a la taberna de Tillman y le maté.

No había terminado de hablar, cuando un terrible puñetazo de Dick lo lanzó contra la pared, cayendo al suelo sin sentido. Sin mirarlo, Dick se sentó, se sirvió una coca de «*whisky*» y se la bebió de un trago. Merlo y Gallery no se movieron de sus asientos y continuaron fumando.

Cuando Dinger, sin asistencia de nadie, volvió en sí, Dick le ordenó fríamente:

—Acércate y siéntate.

Obedeció Dinger, con la mirada cargada de odio, y Dick le habló duramente:

—Has cometido dos estupideces: una, desatender a la muchacha; otra, matar a Moagle. Tu obligación era conquistar a la hija del

inspector y apartarte de toda otra cosa que no fuera ésa; yo te pago para que hagas lo que te digo, no lo que tú quieras. Seguramente que la chica ha sacado mala impresión de ti y lo has echado todo a rodar... Tienes que hacer de modo de volverla a ver y de tratar de borrar el mal efecto que le has causado. En cuanto a Moagle, debías haber comprendido que yo no voy a enfrentarme con Dexter por una imbecilidad tuya. ¿Es que no tenemos bastante con defendernos de la Policía? Voy a hacerte una seria advertencia; estoy cansado de tu modo de pensar y de tus tonterías con las mujeres. El hombre que no se entrega de lleno a este trabajo no sirve, y al que no sirve se le elimina.

Dinger no contestó; el freno de su propia impotencia le sujetaba.

III



N terreno neutral, en un bar no frecuentado por gentes del hampa, se entrevistaron Dick y Dexter, a petición de este último. Los dos bandidos se estrecharon las manos cordialmente, se ofrecieron tabaco y encargaron una botella de «*whisky*».

—Hace tiempo que no nos vemos —dijo Dexter.

—Es verdad; aunque nos ocupamos de lo mismo, seguimos por distintos caminos —respondió Dick.

—Ya sé que el otro día tuviste un contratiempo; mis hombres reconocieron en el depósito a dos de tus muchachos.

—Es cierto. No sé si te habrás enterado del nuevo inspector.

—Si, y ya he pensado, ahora que no está él en Chicago, irme a aquella ciudad.

Dick se echó a reír.

—No es mala idea —le dijo—; pero quizá no sea tan fiero ese león.

—No lo té; pero yo tengo muy malas referencias tuyas.

Después de beber dos copas de «*whisky*», Dexter dijo a Dick:

—Ya sabes de lo que vengo a hablarte; nosotros no nos hemos molestado nunca, pero ahora ha surgido este contratiempo. Moagle era un buen elemento y me daba utilidad. Si esto hubiese ocurrido estando yo solo, le hubiera echado tierra encima por nuestra amistad; pero los otros muchachos..., ya los conoces, no se conforman.

—¿Y qué quieres que haga yo? Cuando me enteré le di un golpe que no se le olvidará fácilmente. ¿Qué harías tú en mi lugar?

Dexter no contestó a la pregunta; volvió a beber otro vaso de «*whisky*», cruzó las piernas, y después de lanzar una bocanada de humo, dijo:

—Dick: tienes que entregarme a Dinger.

—No pienses que voy a hacerlo. Comprendo que tú y tus hombres estéis ahora deseosos de acabar con él; pero pasado un poco de tiempo os calmaréis. Lo que nuestros hombres hagan entre sí no tiene por qué importarnos a los demás; si ellos se pelean, debemos conformarnos con el resultado. Pudo tocarle a Dinger, y yo no te hubiera reclamado nada. Distinto sería si yo me metiera con los tuyos o tú con los míos; pero no se trata de eso —apuró su vaso, y agregó—: Te doy estas explicaciones porque se trata de ti; a otros no se las daría.

Dexter quedó pensativo, reflexionando sobre lo que acababa de decirle Dick, y éste, que comprendió lo que pensaba, insistió:

—No creo que valga la pena empezar una lucha entre nosotros dos; esto no conduciría más que a nuestra propia destrucción, y supongo que para eso no habremos formado nuestras bandas.

—¿Sabes que me estás convenciendo, Dick?

—Lo que te digo es en beneficio de los dos; además, voy a hablarte con toda claridad: a mí, personalmente, Dinger me da tres patadas, y cualquier día soy yo mismo quien lo manda al otro barrio. Si no lo he hecho hoy es porque tengo entre manos un asunto, y después de perder a dos hombres, me hace falta.

Con la verdad por delante, Dick había logrado hacer variar de

criterio a Dexter. Era cierto todo lo que su amigo le había dicho, y demostraba tener mejor visión de las cosas que él; por eso llegaba más lejos y tenía más dinero.

—Llevas razón —le dijo—; hablaré a mi gente y olvidaremos esta cuestión. Nosotros nos entendemos siempre.

Sin tocar a los negocios, porque éstos eran asuntos privados de cada uno, los dos hombres continuaron charlando hasta consumir casi la botella de «*whisky*».

Mientras, Dinger, que había enviado unas líneas a Elise, esperaba a ésta en la esquina de la próxima calle. Elise acudió a la cita sin ocultar su seriedad, y se negó a acompañarle.

—Dígame para qué quería verme —le preguntó.

—Quería disculparme con usted por lo de ayer; fui un atolondrado y no supe lo que hacía. Ya sé que debí contenerme, más que nada por usted, pero mis nervios se apoderaron de mí.

—La violencia es una mala consejera siempre —dijo Elise, en tono afable—; no se olvide usted; si aquel hombre le conocía y usted no quería demostrar entonces su amistad con él, debió apartarse, y si no le confía, con más motivo. De cualquier modo, no sólo por mí, sino por usted mismo, debió evitar el incidente.

—Entonces, ¿no me disculpa?

—Si tuviera ese propósito no estaría aquí. Olvidemos eso y hagámonos cuenta de que no ha pasado nada.

—¿No quiere que demos un paseo?

—Ya le he dicho que no puedo; mi padre sale mañana por la mañana para Washington y tengo muchas cosas que hacer.

—¿Estará mucho tiempo fuera? —preguntó, sin darle importancia.

—Dos días solamente, y durante ellos no saldré de casa.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—La semana que viene le escribiré. ¿Dónde para?

Dinger titubeó antes de contestar.

—Mejor es que lo haga a Lista de Correos —dijo—; como no estoy en mi casa no quiero que pueda perderse ninguna carta, y ésa, menos.

Elise se echó a reír y se despidió de Dinger, que se apresuró a reunirse con su jefe.

—¿Has conseguido verla? —le preguntó.

—Sí, y traigo una buena noticia: el inspector sale mañana fuera y estará dos días ausente.

—Eso nos viene bien para nuestro plan. ¿Te has arreglado con ella?

—Es muy difícil; ésta no es como las otras mujeres; ha quedado en citarme la semana que viene.

—Ya veo que tú no sirves para galán, aunque lo parece. Escucha: Dexter y sus hombres querían que te entregase a ellos. Debí acceder, porque lo tienes merecido; pero me he negado, y todo ha quedado bien. Te lo digo para que tengas más cuidado; no siempre podré arreglar tus desatinos.

Dick y sus tres hombres se dedicaron a estudiar detalles del golpe que pensaban dar al día siguiente aprovechando la ausencia del inspector. Lo hubieran dado de cualquier manera, pero sin él había más tranquilidad.

—Estoy pensando —dijo Dick, mirando a Merlo— que no hay ninguna razón para esperar a mañana. Podemos actuar esta noche, ya que cuando el asunto se haya descubierto el inspector no estará aquí. ¿Qué opinas?

—Que has tenido una buena idea; adelantamos un día.

—Eso me viene bien —intervino Gallery—, porque yo necesito dinero.

—¿Tienes la llave de la puerta de la calle? —le preguntó Dick.

—Sí, y la del piso también.

—¿Has estudiado el terreno?

—Por completo; el guardia pasa delante de la casa a las diez y ya no vuelve a hacerlo hasta las once y media; disponemos de tiempo suficiente.

Dick dio instrucciones y explicó a cada uno el papel que debía desempeñar. No era nada difícil, y por lo tanto el éxito estaba descontado. Arreglaron una cena con algunos fiambres que tenían allí, y a las nueve y media dejaron el sótano, subiendo al coche y dirigiéndose a la calle Cincuenta y Dos. Encontraron un paraje a propósito para dejar el auto, aunque estaba bastante lejos de donde iban a operar; pero era preferible para no llamar la atención.

La casa de Banca

Carlson & Bros,

en la citada calle, ocupaba toda la planta baja del edificio

colindante con la esquina de la Quinta Avenida, en su parte de menos tráfico, y el piso primero estaba destinado a oficinas auxiliares y a vivienda del apoderado, Martin Pearson, hombre de finanzas, a cuyas iniciativas se debía principalmente el auge de los banqueros. Vivía solo con una anciana ama de llaves, que de muchos años atrás le cuidaba y atendía la casa.

Tan unido e identificado estaba con el negocio del cual percibía considerables beneficios, que rara vez lo abandonaba; Pearson y la Banca eran una misma cosa, y entre su vida oficial y particular solo había una escalera de comunicación, unos cuantos peldaños, que no modificaban en nada su pensamiento y voluntad entregados por entero a cifras y especulaciones bursátiles.

La señora Curtiss, ama de llaves, llevaba unos días en una clínica curándose una afección gripal, y la doméstica la sustituía y se marchaba una vez que dejaba preparada la cena del señor Pearson. Esta circunstancia era conocida de Dick, quien se decidía a aprovecharla actuando en aquellos días. Merlo era un buen ayudante y secundaba bien los proyectos de su jefe.

Los cuatro hombres se aproximaron a la Banca, y mientras dos quedaban en el borde de la acera mirando a derecha e izquierda para avisar, antes de que se acercara algún transeúnte, Dick abrió la puerta y entró seguido de Merlo, volviendo a cerrarla sin que se produjera el menor ruido. La misión de Dinger y Gallery era la de guardaespaldas si las cosas no resultaban como se habían previsto.

La base de este atraco estaba en la sorpresa, y contando con ella había sido estudiado por Dick. Nada de violencias para forzar la entrada; mediante moldes, Gallery había obtenido las llaves, y sólo quedaba la astucia y habilidad para dar el golpe. Una vez en el interior, Dick y su segundo empujaron la segunda puerta de cristales y se dirigieron a las ventanitas caminando después por un pasillo acristalado y penetrando en las dependencias. Al fondo, una luz indicaba que el guardián que hacía la vigilancia nocturna estaba alerta.

Sin apresuramientos, andando cautelosamente sin arrastrar los pies, los dos hombres ganaron la escalera y abrieron la puerta que daba al piso del señor Pearson. No intentaron utilizar la puerta de entrada de la vivienda porque suponían, y con razón, que, aparte de las llaves tendría un buen cierre de seguridad.

La habitación en que se encontraron y el pasillo que comunicaba con el piso estaban a oscuras. Dick encendió su linterna, buscando con el foco la llave de la luz, y cuando la descubrió, Merlo la inutilizó; la otra llave de la mediación del pasillo también fue estropeada. Con las mismas precauciones que habían llevado avanzaron hasta el despacho del señor Petasen, absorto en su trabajo, y se situaron frente a él, encañonándolo. El estupor y el miedo oprimieron la garganta del apoderado, que enrojeció y palideció súbitamente, sintiéndose sin fuerzas, para la menor reacción. Cuando le pasó aquella crisis momentánea y pudo darse cuenta de la situación, comprendió que no había resistencia posible, sólo como estaba. No obstante, fue adelantando la mano para pulsar el timbre que tenía sobre su mesa, y que hubiera hecho subir en seguida al guardián; pero Merlo se puso junto a él, y de un puñetazo se la dejó caer.

—Con nosotros no valen tretas —dijo Dick—: hemos venido a llevarnos el dinero y nos lo llevaremos. Levántese y abra la caja.

En el despacho había una gran caja fuerte, en la que Pearson, al dejar las oficinas, guardaba el dinero que en principio se necesitaba cada día para las operaciones bancarias. En lugar de dejarlo en la caja secundaria del Banco, lo subía a la suya, para más seguridad.

Sin protestas que nada le beneficiarían, Pearson obedeció; sacó un llavero de su bolsillo, eligió una llave y, después de buscar la clave de combinación de cierre, la introdujo y abrió.

—¡Apártese! —le ordenó Merlo, clavándole la pistola en la espalda—. ¡Vuelva a su sitio!

Dick, entre tanto, metía en una cartera los fajos de billetes que iba sacando. Cuando dejó la caja sin un centavo, la cerró empujando la puerta con el pie. Entonces se volvió a Pearson, y le preguntó:

—¿Dónde tiene su pistola?

—En el cajón del centro —respondió con voz queda.

Se puso Dick un guante, abrió el cajón y sacó la pistola, que revisó. Su mirada tenía una frialdad siniestra, que fue notada por el espantado Pearson.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó, mirándole con ojos desorbitados por el terror—. ¿No tiene ya el difiero?

Sin responderle, Dick hizo una seña a Merlo, que, con una porra

de goma, asestó un fuerte golpe en la cabeza, dejándole sin sentido. Inmediatamente después, Dick apoyó el cañón de la pistola del apoderado en su sien, y disparó; su cabeza, ladeada, se inclinó bruscamente, clavando la barba en el pecho, y Dick se apresuró a colocarle el brazo sobre el muslo y en la mano la pistola. Precipitadamente dejaron el despacho, atravesaron el piso y se escondieron en la habitación que daba a la escalera del Banco. No tardaron en oír unos pasos acelerados, y el guardián abrió la puerta y se precipitó hacia el interior, que estaba iluminado. Tan pronto desapareció por el fondo del pasillo, Dick y Merlo bajaron la escalera, abrieron la puerta del Banco y salieron a la calle; sin detenerse y sin unirse a sus compañeros, que al verlos echaron a andar, guardando las distancias, se alejaron de la calle Cincuenta y Dos, dejando en ella, como en tantas otras en las que habían intervenido, un rastro más de sangre.

Al oír el disparo, el guardián del Banco se sobresaltó, y corrió a las habitaciones de su jefe. Como había luz al final del corredor, no se preocupó de encender las de la entrada, que Dick había anulado para poder esconderse con su segundo. El asombro del guardián, al ver muerto al señor Pearson, fue terrible; con los ojos desmesuradamente abiertos quedó en medio del despacho sin movimiento, hasta que, después de breves instantes, se recuperó, y se acercó a la mesa. Telefonó a la Policía, y al regresar al Banco, se dio cuenta de que la luz de entrada no funcionaba. Sujetó su linterna encendida a la correa que llevaba al hombro, y en menos de diez minutos arregló el desperfecto.

Media hora más tarde, y al oír la sirena del coche de la Policía, abrió la puerta del Banco, y contestó a las preguntas del inspector Furnas.

—¿Qué ha sucedido?

—El señor Pearson se ha suicidado. Estaba haciendo mi vigilancia, cuando oí un disparo en su piso; subí corriendo, y me lo encontré muerto.

El guardián guió al inspector y a sus acompañantes al despacho de Pearson, y el segundo lo contempló durante unos momentos. El médico lo reconoció, y confirmó que hacía media hora había muerto a consecuencia del disparo en la sien. El teniente Nagel le quitó de la mano la pistola, utilizando un pañuelo, y los técnicos

empezaron su trabajo de investigación.

Recorrió el inspector todas las habitaciones y observó la puerta del piso que tenía echado el cerrojo de seguridad. Volvió al despacho, y dijo al guardián:

—Llame al señor Carlson o al señor Bros, que vengan en seguida.

Lo hizo así el guardián, y entre tanto, el inspector le preguntó:

—¿No tenía servidumbre el señor Pearson?

—Una sirvienta durante el día, y una encargada de la casa, que ahora está enferma.

—¿Habló el señor Pearson esta noche con usted?

—Sí, señor; sólo unas palabras. Al salir de su despacho me encargó, como siempre, que tuviese buen cuidado.

—¿A qué hora fue eso?

—A las nueve; yo siempre llego a las siete.

—¿Notó usted en él algo anormal?

—No, señor; lo encontré como de costumbre.

El señor Bros, uno de los socios de la Banca, no tardó en llegar, y miró, consternado, el cadáver de su apoderado. Su impresión fue tan grande, que se dejó caer en un sillón, anonadado. Tardó bastante tiempo en recuperarse, y el inspector esperó a que se encontrase en condiciones de responder a las preguntas que tenía que hacerle.

—Le llamado —empezó diciéndole— no sólo por ser usted uno de los dueños de la Banca, sino también para que haga lo posible por ayudarnos a averiguar las causas de este suicidio. En estos casos hay, generalmente, una carta, que explica la decisión; pero ahora no ha ocurrido así. Dígame: ¿despachó usted hoy con el señor Pearson?

—Le vi esta mañana muy poco tiempo. Debo aclararle que, tanto el señor Carlson como yo, veníamos a la Banca más bien de paso que otra cosa, salvo los días primeros y quince de cada mes, que dedicábamos a enterarnos de la marcha del negocio. El señor Pearson hacía y deshacía por su cuenta, y tenía toda nuestra confianza.

—Y en ese corto tiempo que habló con él, ¿observó si estaba excitado, o simplemente preocupado?

—No; su estado era perfectamente natural.

—¿Quiere usted abrir esa caja? Tal vez en ella encontremos

alguna explicación.

—Yo no tengo la llave; debe de tenerla el señor Pearson.

Un policía, que ya había registrado al cadáver, poniendo todo lo que encontró sobre la mesa, tomó el llavero, y probó con varias llaves, basta dar con la de la caja. Como ésta se había cerrado sin combinación, pudo abrirse en el acto. El señor Bros sacó unos libros y documentos, y miró, extrañado, al inspector.

—Aquí no hay ningún dinero —dijo.

—¿Tenía que haberlo?

—Pues sí; todas las noches, el señor Pearson acostumbraba a trasladar los fondos de la caja secundaria del Banco a ésta.

—Tal vez hoy no lo haya hecho —adujo el inspector.

—Es posible; pero podremos comprobarlo en la caja de abajo.

Decidieron ir a la planta baja, y telefoneó antes al cajero. Hubo que esperar a que éste apareciera, pues el señor Bros quiso que estuviera presente. La sorpresa de Bros y del cajero, al comprobar que los fondos no estaban, fue grande. Alarmado, Bros se dirigió al sótano, y abrió la puerta circular de la caja empotrada, cuya clave sólo conocía su socio, el señor Pearson y él. Penetró en el interior, y echó una rápida mirada; el orden en que todo estaba colocado parecía demostrar que no faltaba nada. No obstante, se volvió al inspector, y le dijo:

—Hay que hacer arqueó, y hasta mañana no sabremos si está en regla.

—Cuando se terminan las operaciones del día, ¿qué se hace con el dinero? —preguntó el inspector.

—Un millón desolares queda en la caja secundaria; lo demás se ingresa en la caja general.

—Entonces, si Pearson trasladaba los fondos a la caja de su piso, debía haber en ella un millón, ¿es así?

—Así es, en efecto.

De nuevo en el despacho de Pearson, cuyo cadáver ya había sido conducido a la ambulancia, el inspector preguntó a un agente:

—¿Se han sacado las huellas dactilares de la caja?

—Sí, señor; dentro de una hora nos informará el laboratorio.

—Ha dicho usted que el señor Pearson contaba con su confianza y la de su socio.

—Ciertamente; la Banca ha llegado a lo que es, por él.

—Es de suponer que su cuenta la tendría aquí, ¿no?

—Sí, y podemos verlo ahora.

Se ausentó el cajero, y volvió al poco rato, con unos apuntes.

—Su saldo es, a la fecha, de un millón novecientos mil —dijo.

—No me lo explico, entonces —comentó el inspector.

—¿Piensa que haya hecho un desfalco? —preguntó lo señor Bros.

—Es lo primero que se me ha ocurrido al saber la falta de ese dinero, pero al conocer su cuenta he quedado desconcertado.

—Tal vez —intervino el cajero— necesitó de momento esa cantidad, y pensaba cubrirla mañana con sus disponibilidades.

—Lo dudo —replicó Bros—. Si eso hubiese sido así, Pearson habría pedido un aplacamiento hasta mañana, y no habría dispuesto del dinero del Banco.

—Eso tiene lógica —apoyó el inspector—. ¿Sabía usted, señor Bros, algo de su vida particular?

—No la tenía; desde hace quince años, su vida se desarrollaba entre estas paredes; no le gustaba el juego, ni le he conocido amigas.

—¿Carecía de familia?

—Sólo tiene una sobrina, ya mayor, que vive en Nueva Jersey.

—¿Podría darnos más datos el ama de llaves?

—No sabrá más que nosotros.

—Bien; por ahora, no tenemos nada que hacer aquí —dijo el inspector, disponiéndose a marcharse.

El señor Bros le llamó aparte.

—Voy a pedirle un favor, inspector; sea cual sea la causa de la desaparición del dinero, aun admitiendo una inmoralidad por parte del señor Pearson, que no puedo creer, le ruego no hable para nada de ello; no quiero que el buen nombre del señor Pearson sea infamado después de su muerte.

—Podré complacerle en eso hasta cierto punto; es decir, no se dará publicidad a la falta de los fondos: pero se seguirán las investigaciones hasta saber la verdad de este caso —quedó pensativo unos momentos, y agregó—: ¿Estaba enterado el guardián del traslado del dinero?

—No; el único que lo sabía era el cajero, y éste es un hombre honrado.

En el despacho de la Central de la Metropolitan Pólíce, el inspector Furnas recibió los informes de los expertos: la bala que ocasionó la muerte de Pearson correspondía a la pistola, y las huellas que ésta tenía, a su mano; también eran suyas las huellas encontradas en la caja de caudales, y las que había sobre la mesa y en muchas habitaciones. Otras que se hallaron en varios sitios podrían ser de la sirvienta. El inspector reflexionó sobre todo esto. Habría que llegar a la conclusión de un suicidio, pero la causa era una incógnita, difícil de resolver.

Llamó al teniente Nagel, y le dijo que extendiera informe y lo pasara al fiscal del distrito. Se proponía trasladarse al Banco a la mañana siguiente, donde podrían darle con exactitud la cifra de lo desaparecido. Aunque el caso pasaría a la Policía federal, quería reunir el mayor número posible de datos, para facilitar la labor del F. B. I.

Entre tanto, Dick entregaba a sus secuaces la cantidad que le parecía, celebrando entre humo y alcohol el poco trabajo que les había costado conseguir una tan crecida ganancia. Excluida la violencia exterior en la primera fase del atraco, era necesario eliminar al apoderado, no sólo porque así se quitaba de en medio a un enemigo, sino porque se engañaba a la Policía, desviando su atención del delito y de sus ejecutores. Y ¿qué importaba la vida de un hombre, si era en beneficio de varios? En sus mentes taradas, el crimen era sólo uno de los medios para llegar al fin. Un fin de «*whisky*» legítimo y champaña, de mujeres alegres y de amores cuya intensidad se graduaba por el número de billetes, de fichas multicolores y de tapetes verdes, de holganza y vicio. Después, transcurridos unos meses, cuando los dólares hubieran desaparecido en esa vida de ficción, aquellos crápulas buscarían otra presa, caerían como cuervos sobre ella, y una nueva víctima sería el comienzo de una sucesión de placeres que, insensibilizándoles los sentidos, les irían allanando el camino de la silla eléctrica. ¿Tenían conciencia del trágico fin que les aguardaba? Contaban; con ello, y lo admitían como cosa natural. El temor material coacciona menos que el temor moral, y ellos ignoraban lo que era éste.

Cuando el inspector Hagerty, antes de salir para Washington, daba aquella mañana muy temprano en su despacho sus últimas instrucciones, recibió la llamada del inspector Furnas, de la

Metropolitan, para informarle que se estaba ocupando de un caso muy poco claro, que pasaría a su jurisdicción. Escuchó atentamente las explicaciones, y cuando terminó, se dirigió a Battles:

—Vaya a ver al inspector Furnas, y entérese del asunto del suicidio del apoderado de los banqueros

Carlson & Bros.

Parece que ha desaparecido una importante cantidad. Haga las gestiones necesarias, y tome sus disposiciones.

Se trasladó el inspector al aeródromo, acompañado de Battles, y éste, después que se hubo marchado su jefe, compró allí mismo un periódico, y leyó, en lugar destacado, el suceso de la casa de Banca; pero le extrañó que no se dijera nada del dinero. Fue a ver al inspector Furnas, que era amigo, y le informó con todo detalle de las diligencias llevadas a cabo y de sus propias deducciones. Para él, el muerto había tomado una cantidad que necesitaba con urgencia, tanta, que no podía esperar ni unas horas para sacarla de su cuenta corriente. Los fondos de que había dispuesto eran exactamente un millón, y en la caja general del Banco todo estaba en regla. Del hecho podrían sacarse varias conclusiones, una de ellas la de que el apoderado fuese víctima de un chantaje; en este caso, habría que descubrir la causa que lo motivaba y los autores; otra, que estuviese en descubierto por algún negocio ilícito, y se viera precisado a hacerle frente repentinamente.

Battles le escuchó con el mayor interés, y después que el inspector le prometió enviarte al Departamento la carpeta con los informes y documentos del caso, se trasladó a la Banca de

Carlson & Bros,

donde este último le acompañó al piso, y refirió todo lo que sabía. Battles hizo un minucioso reconocimiento, examinó la puerta del piso e hizo las mismas preguntas que el inspector la noche anterior. Quiso hablar con el guardián, al que mandaron llamar, y a la pregunta de si había notado algo anormal, contestó negativamente.

El agente especial volvió al Departamento, pensando que habría que admitir una de las dos posibilidades del inspector, ninguna de las cuales eran desacertadas. Aun a las personas más sagaces, incluso aquéllas en las que el análisis y la deducción forman parte de su trabajo diario, es fácil equivocarse con una primera impresión visual o de palabra. La primera impresión predispone el ánimo, y no

era extraño que hombres tan expertos como Furnas y Battles hiciesen suposiciones lógicas, pero inexactas. Battles sacó sus conclusiones, y esperó el regreso de su jefe, que a los dos días volvía a su despacho, y se ocupaba de los asuntos pendientes por orden de importancia.

El caso Pearson fue estudiado por él detenidamente; escuchó después el informe de Battles, y dijo a éste:

—Necesito todos los antecedentes posibles de Pearson; quiero conocer su vida desde que dejó los estudios. Ocúpese de esto con urgencia.

Anotó el domicilio del guardián, y se encaminó a su casa. El hombre estaba acostado, pero se apresuró a levantarse y a ponerse a la disposición del inspector.

—Ya ha declarado usted —dijo éste— que no notó nada anormal. Seguramente que sería así; sin embargo, a veces sucede que nos olvidamos de pequeños detalles, a los que no concedemos importancia, porque realmente no la tienen o porque son nimiedades. ¿Quiere repetirme paso por paso lo que hizo al oír el disparo?

El guardián empezó de nuevo su relato, y entonces recordó que, al salir del piso, observó que la llave de la luz estaba averiada, y la arregló.

—¿Quiere decir que entró usted a oscuras? ¿O utilizó su linterna?

—No, señor; me guíé por las luces del fondo del pasillo; pero ahora caigo que el pasillo también estaba apagado.

—Eso es muy interesante. Venga usted conmigo al Banco: será mejor verlo sobre el terreno.

Saludó el inspector al señor Bros, y, en unión de él y del guardián, subieron al piso. El guardián mostró la llave arreglada, y en el corredor vieron que la otra llave estaba descompuesta. La revisó el inspector con cuidado, y comprobó el hecho intencionado.

Despidió al guardián, agradeciéndole su intervención, y cuando se quedó solo con el señor Bros, le dijo:

—Su apoderado no se suicidó: fue asesinado.

El señor Bros quedó extraordinariamente sorprendido. Nunca habría podido pensar en ello. Miró al inspector, dudando de sus palabras, y contestó:

—Pero los hechos demuestran lo contrario de lo que usted dice, y la puerta de su piso estaba cerrada, interiormente.

—Sí; pero los asesinos entraron por ésta. Abrieron la puerta del Banco y penetraron por aquí. No puedo todavía hacer una reconstrucción mental del suceso, pero no sería extraño que, al subir el guardián, ellos se encontraran dentro del piso.

—¡Pero; eso es asombroso! ¿Cómo no iba a sentirlos el guardián?

—Ésa fue su suerte; de lo contrario, ahora serían dos los muertos.

Dejó el inspector al estupefacto tenor Bros, y se dirigió a su despacho, llamando a Battles.

—Haga que la Prensa publique la noticia de que el apoderado de Carlson & Bros no se suicidó, sino que fue asesinado para robarle.

Battles quedó aún más atónito que el propio señor Bros. La sorpresa se reflejó en su semblante, y el inspector, al notarlo, se sonrió.

—Si, Battles, ha sido un crimen, al que han dado apariencias de suicidio, y porque en este caso conviene que los malhechores conozcan que la Justicia ha descubierto su estratagema, es por lo que quiero que se divulgue. Naturalmente, no tienen que nombrarme a mí para nada.

La sensación que produjo entre el público y los medios financieros la noticia del asesinato, fue enorme. Entre los mismos funcionarios de las dos organizaciones policíacas, la consecuencia sacada por el inspector y su audacia al darla a los cuatro vientos, con una seguridad absoluta, fue objeto de admiración y de apasionados comentarios. El millón de dólares robado aumentó el interés del suceso. El jefe del Departamento se maravilló de los métodos del inspector, y reconoció las dotes excepcionales que poseía, y que habían motivado la decisión de la Dirección General de trasladarlo a Nueva York.

El inspector interrumpió su trabajo, para recibir al señor Bros, que no ocultaba su indignación.

—¿En qué puedo servirle, señor? —le preguntó, sin darle importancia a su tono seco y agresivo.

—Había pedido al inspector Furnas, de la Metropolitan, que este

asunto se tratara con la máxima delicadeza, y ahora he visto que, al hacerse usted cargo de él, se ha hecho todo lo contrario. No quería que el nombre del señor Pearson quedase en entredicho.

—No ha de quedar por eso; todo el mundo estimará al hombre que trabajó durante toda su vida honradamente y tuvo un fin tan trágico. El suicidio, señor, es reprobable, sean cuales sean las graves circunstancias en que la vida le sitúe a uno, y la sociedad no aprecia un acto que lleva en si el estigma de la cobardía. ¿Cree usted que su buen deseo limita el pensamiento de la gente para que no se figuren más que cosas honestas? Antes de que yo ordenase la publicación de esa nota, ¿cuántos millones de personas no se habrán imaginado que tan grave decisión fue tomada por una inmoralidad? Créame, la verdad es el camino más recto en todo, aunque a veces sea ingrata y dura.

No quedó convencido el señor Bros, que preguntó:

—¿Y si se hubiese usted equivocado?

Con naturalidad, sin sonrisa ambigua, sin aire de suficiencia, el inspector le contestó:

—Tenga usted la seguridad de que no me he equivocado.

—De todas maneras, podría haber esperado un poco a que las diligencias estuviesen más adelantadas.

—¡Basta ya, señor Bros! Porque me debo a usted y a los demás ciudadanos a través de la Ley, le he dado unas explicaciones, que ya veo han sido inútiles. Es a mí a quien corresponde tomar decisiones en este asunto y no a usted.

El señor Bros se puso en pie, pálido de coraje; era la primera vez que un hombre le hablaba en un tono tan enérgico. Sin decir palabra, hizo una inclinación de cabeza al inspector, que le miraba fijamente, y salió del despacho.

No era sólo al señor Bros al que había contrariado la noticia, contrariedad de origen equívoco, por mantener un criterio personal, sino a Dick y a sus hombres, que no la esperaban. Les había venido bien la ausencia del inspector, porque creían que no actuando él desde el primer momento, los acontecimientos se desarrollarían como se habían propuesto; pero ahora se encontraban con la perspicacia del inspector, que descubría el hecho en toda su crudeza, como descubriría a ellos, si es que no estaba ya camino de lograrlo.

—Hay que inutilizar a ese hombre —dijo Dick, dirigiéndose a los suyos—. Acabará con nosotros, si le dejamos.

—Te propuse liquidarlo —adujo Gallery—, y tú no quisiste.

—Y sigo pensando igual. Lo que necesitamos es tenerlo en nuestras manos, que deje de ocuparse de este asunto, por lo pronto. La intervención de Dinger con la hija obedece a un plan que tengo trazado, y que no hay más remedio que llevar a la práctica.

Los «gangsters» deliberaron largamente; la sombra de otro nuevo crimen se proyectaba en sus cerebros.



TODOS COLECCIONAN LOS CROMOS DEL

F. B. I.

que presentan la perfecta organización policiaca del
Federal Bureau of Investigation.

**¡ADQUIRIR EN LOS BUENOS QUIOSCOS
SOBRES — con tres cromos — por 30 céntimos!**

CAPÍTULO IV



UEVA York, la gran ciudad, que cobija a millones de seres, resultaba pequeña para Dinger; si antes vestía como un perfecto «*dandy*», él mismo había superado su propia marca de la elegancia; si su perfume era mediocre y muchas veces barato, ahora era costoso y selecto. Un auto, comprado de segunda mano por tres mil quinientos dólares, le daba apariencia de potentado, y servía al mismo tiempo de anzuelo para pescar muchachas incautas, o inadaptadas a la vida, con sus cabezas llenas de fantasías y quimeras.

Dinger había llegado al ápice de lo que él creía que debía ser su vida, que sólo tenía dos finalidades: dinero y placeres. No se daba cuenta de que era sólo un pobre hombre, de joven y fuerte musculatura, y débil y depauperado espíritu; de varonil belleza en

su rostro, y sucia y tarada alma; un interesante ejemplar masculino, físicamente, con un insignificante cerebro, en el que sólo tenía desarrollo el instinto del mal. Como la bestia cuando sacia su deseo, Dinger era feliz. Sólo una cosa le contrariaba: la comedia que tenía que representar con la hija del inspector, y que después de unos días se veía obligado a reanudar.

Le había tomado odio. ¿Cómo era posible que él, que tenía todas las mujeres que quería, se viera en el trance de solicitar y rogar, de fingir y torcer su voluntad sólo por secundar el plan de su jefe? Con esta predisposición acudía a Correos a ver si Elise le había escrito. Sí; allí estaba una carta, con unas breves líneas citándole para el día siguiente a primera hora de la tarde. Estrujó la carta, y la tiró lejos de sí. «Menos mal —se dijo— que pronto va a terminar esto».

Elise había admitido como buenas las explicaciones de Dinger. Afortunadamente para ella, los consejos de su padre habían creado una muralla de prevención en su corazón, y fiel a su propósito, trataba de conocer las cualidades morales, haciendo esfuerzos para no dejarse influenciar por las físicas.

Dinger, aleccionado también por Dick, representó mejor su papel, y aquella tarde el paseo dejó un recuerdo más grato en Elise, y un hastío mayor en el «gángster».

Entre tanto, el inspector, con aire de indiferencia, recorría las tabernas más peligrosas de la ciudad, creando un vacío a su alrededor. Los maleantes no sabían quién era. Se miraban unos a otros, se tocaban con el codo, y se cambiaban palabras en voz baja, que sólo aclaraban una cosa: que el desconocido no era de los suyos. Los más veteranos en la delincuencia afirmaban que nunca habían visto a aquel hombre en la Policía de la población, pero eso no quería decir que no lo fuera, Y tenía que serlo, porque nadie se hubiera arriesgado a entrar en aquellos lugares si no fuera para buscar a alguien, respaldado por una fuerza superior a la de ellos.

El inspector leía en los pensamientos de los que le rodeaban, y extendía su mirada sagaz tras algún rostro que le fuera conocido. Permanecía sentado a la mesa un poco de tiempo, pagaba el refresco que no había probado, y salía hacia la nueva taberna, que abandonaba poco después, para entrar en otra, tras consultar una larga lista que llevaba: En una de ellas tuvo suerte. En un rincón, al que la luz apenas llegaba, sentado ante una mesa, con un vaso de

«*whisky*» vacío, que ya se había llevado a los labios un par de veces para apurar hasta la última gota, estaba Oakes, pobre y suciamente vestido, con barba de ocho días y aspecto poco tranquilizador.

Hizo ademán de levantarse bruscamente, cuando vio que un hombre se sentaba frente a él; pero se sorprendió al mirarle a la cara.

—¡Inspector Hagerty! ¿Qué hace usted aquí? Yo le creía en Chicago.

El inspector se sonrió.

—No; ahora trabajo aquí —y con un dejo de ironía, le preguntó—: Y tú, ¿también trabajas aquí?

—No, señor. Desde que cumplí la condena no he vuelto a hacer nada malo; pero aquí me tiene usted, sin un centavo y muerto de hambre.

—¿Es que no sabes trabajar?

—Ya sabe usted que sí; pero dondequiera que me presento no me admiten. Tenía este traje viejo al salir de la cárcel, y como no estoy presentable, le dan a uno con las puertas en la cara.

—¿No hiciste algunos ahorros en la cárcel?

—Me los jugué, y los perdí.

—Entonces, ¿en qué te ocupas aquí?

—En nada —volvió la cabeza a un lado, y agregó—: Algunas veces extendiendo la mano, y paso con lo que me dan.

No había dejado de mirarle el inspector mientras contestaba a sus preguntas. Oakes decía la verdad.

—¿Cuánto tiempo llevas en Nueva York?

—Dos meses; pero me iré a otro Estado. Aquí no puedo vivir.

Al acercarse el dependiente, el inspector pidió dos vasos de «*whisky*», y, cuando se los sirvieron, se los acercó a Oakes, que le miró con sorpresa. En sus pequeños ojos grises brilló un destello de gratitud. ¿Por el gesto del inspector, o por el alcohol? Por las dos cosas; algunas veces puede hacer tanta falta un poco de «*whisky*», que el agradecimiento es obligado. Por vergüenza, no se los bebió en seguida. Oakes debía su condena al inspector; pero éste no sólo había sido justo con él, sino que, dándose cuenta de que podría redimirse, le había aconsejado, y había logrado además, que se le redujese la pena por su buen comportamiento. Casos como el de Oakes había muchos en la vida del inspector; pero no todos,

después de cumplir, recordaban sus palabras, y volvían a la delincuencia, sin voluntad para resistir los embates de la vida.

—Supongo —le dijo el inspector— que conocerás ya a la gente de por aquí...

—A algunos, sí. ¿Puedo ayudarle?

—No lo sé todavía. Busco a los autores del intento de atraco a la Electric Motors. ¿Te enteraste de eso?

—Sí, señor; pero es muy poco lo que puedo decirle. Sé que fue proyectado por uno que se llama Dick; disponía de cinco hombres; pero, como usted sabe, dos fueron muertos; ahora le quedan tres. Es posible que me haya tropezado con cualquiera de ellos, pero no los conozco.

—Necesito de ti, Oakes; quiero que me digas los nombres de esos tres, y el lugar en que puedo verles. A ti te será más fácil que a cualquier agente.

—No me será difícil; si ignoro más datos de ese asunto, es porque no me interesaba.

El inspector sacó unos billetes, y se los dio.

—Ahí tienes cincuenta dólares. Cómprate un traje, y ponte en condiciones. Ahora escucha lo que te voy a decir: al no dársete las cosas bien, debiste escribirme a Chicago; yo te hubiera buscado trabajo, como te lo buscaré aquí. Nosotros no odiamos a nadie: castigamos, porque ésa es nuestra misión en defensa de la sociedad; pero no guardamos rencor al hombre que comete un delito. Cumple su castigo, y si quiere ser honrado, hay el deber de ayudarle. No creas que lo que haga por ti es a cambio del servicio que me puedas prestar; si lo piensas así, cometes un error.

—Gracias, señor —contestó Oakes, con un ligero temblor en su voz—; le conozco bien, y sé que es usted un hombre bueno.

Tan pronto se marchó el inspector, Oakes dejó la taberna; se equipó, dirigiéndose después a una casa de baños públicos, donde le pusieron ciertos reparos, y por fin, afeitado y con un cambio radical en su persona, se fue a un restaurante, donde satisfizo su hambre atrasada. Ya tenía algo que hacer; su trabajo era el de espía, el de confidente; pero no sentía eso que los maleantes llaman escrúpulo, porque, si lo hubiese sentido, hubiera sido como ellos. El inspector Hagerty no podía desear mal a nadie; ayudarle era ayudar al bien, y él estaba dispuesto a hacerlo.

No era sospechoso. En dos meses entre la gente del hampa, acogido primero con desconfianza y después como a un compañero, al saber que procedía de presidio, podía circular por garitos y tugurios sin despertar el menor recelo. Calculando sus amplias posibilidades físicas, algunas veces le propusieron el ingreso en una banda: pero se negó rotundamente, alegando que trabajaba por su propia cuenta. Los deseos del inspector encaminaron sus pasos a un bar escondido, cuya clientela podía considerarse como la selección de los bajos fondos. Allí, en el mostrador, ante un vaso de «*whisky*», que bebía a pequeños sorbos de tarde en tarde, para prolongar su estancia, Oakes parecía no prestar atención a los otros hombres que había en la barra, pero no perdía una sola palabra de la conversación de los que estaban junto a él. Los dos de su derecha le interesaban particularmente, sin saber por qué. Sus frases, de valor entendido; la seguridad con que hablaban, sus portes, todo demostraba que se trataba de profesionales bien situados. Eran Merlo y Gallery, y el primero esperaba a un hombre, a quien había citado con la idea de llegar a un acuerdo a fin de incorporarlo a la banda de Dick. No tardó en aparecer Thompson, que vio antes a Oakes que a los hombres de Dick.

—¡Oakes! ¿Cómo tú por aquí? —le dijo, tendiéndole la mano.

Oakes se alegró de verle. Era un compañero de presidio, con el que se había llevado bastante bien.

—¡Hola, Thompson! No te creía en Nueva York —le contestó, correspondiendo al saludo—. ¿Estás de paso?

—No; hace dos semanas que he llegado. Vamos a sentarnos, y charlaremos un rato.

Entonces vio a Merlo y a Gallery, y, acercándose a ellos, presentó a su amigo. Le miró Merlo recelosamente; pero Thompson, que lo advirtió, le dijo:

—Podemos hablar con confianza; es de los nuestros.

Reunidos los cuatro hombres en una mesa, Merlo abordó el tema:

—¿Qué has decidido de lo que te hablé ayer? —preguntó a Thompson.

—Estoy de acuerdo con las condiciones; pero tengo que saber, con quién voy a trabajar.

—Eso ya te lo diré.

—Tiene que ser ahora —repuso Thompson—. No me agradan los tapujos.

—Bien; el jefe es Dick Carey.

Thompson bebió un vaso de «*whisky*» antes de contestar:

—Es decidido, pero no parece que protege mucho a sus hombres...

—¿Por qué dices eso? —intervino Gallery.

—Por lo del otro día con la Electric; huso imprevisión.

—¿Es que lo hubieras hecho tú mejor? —inquirió Merlo.

—Quizá sí; por lo manos, habría dejado alguno fuera de la valla, para que avisara si llegaba la Policía —volvió a beber, y continuó—: He estudiado muy bien el caso, y creo que en eso hubo un fallo; hay que procurar, siempre guardar las espaldas.

Merlo y Gallery se miraron, y comprendieron que el comentario de Thompson no estaba desacertado.

—En definitiva —insistió Merlo—, ¿te conviene o no?

—De acuerdo; entraré con vosotros.

Esta determinación agradó a Merlo, que tenía a Thompson por un valioso elemento. Miró de soslayo a Oakes, y pensó que él podría ser el otro hombre.

—Necesito otro hombre; tal vez tu compañero...

Oakes no vaciló en contestar:

—Te lo agradezco; pero yo trabajo por mi cuenta.

—Aquí ganarás mucho dinero —apoyó Thompson.

—Lo sé; pero no sirvo para obedecer. Ya aguanté bastante en la «sombra».

Thompson se echó a reír.

—Es posible que lleves razón, aunque allí eras tú el más obediente de todos.

—Ya viste que me sirvió. La equivocación nuestra, cuando perdemos, es querer ir contra corriente, y eso no conduce a nada. Yo me conformo con poco. Me arriesgo como el que más, estudio mis «golpes», y los, doy sin que nadie me mande. Cuando de uno bueno, me retiraré.

Aquellas razones pesaron en el ánimo de los tres hombres; que comprendían que si ellos no hacían igual era porque na tenían bastante inteligencia para obrar de por sí.

Más de una hora estuvieron charlando, agotando el tema del

presidio, y Merlo consultó su reloj, diciendo a Thompson:

—Es la hora; tienes que venir con nosotros para que conozcas al jefe.

Se despidieron de Oakes, que poco después abandonó el local, dirigiéndose al Departamento, y pasando al despacho del inspector.

—Eres otro hombre —dijo éste al verle—. No te esperaba tan pronto.

—Ya conozco a tres hombres de Dick; uno de ellos fue compañero mío en el penal, y ahora va a entrar en la banda. Espero que, cuando los detenga usted, tenga presente que él no tiene nada que ver con las actuaciones anteriores.

—No te preocupes, Oakes. ¿No te propusieron a ti que entraras?

—Sí; pero esa vida se ha terminado para mí; ya se lo dije a usted. Por un momento pensé si, uniéndome a ellos, le serviría mejor; pero desistí, porque habría tenido que volver a hacer lo que no quiero.

—Es mejor así. ¿Dónde se reúnen?

—En el bar Sirena.

—Mañana, a la hora que tú creas más conveniente, te vas allí, y cuando veas entrar a alguno de ellos me telefoneas. No tienes más que indicar tu nombre, sin añadir ninguna otra palabra. Cuando llegue yo, debes hacer como que no me conoces. Yo interpretaré que el hombre con quien tú hables es uno de la banda de Dick; lo demás corre de mi cuenta.

A la mañana siguiente, Oakes tuvo una conversación con Thompson en el bar Sirena.

—¿Qué te ha parecido Dick? —le preguntó.

—No me ha gustado mucho. Es hombre que se cree muy superior a los suyos. No alterna con ellos ni nada; no me agrada.

—Estás a tiempo de retirarte antes de que te veas comprometido.

—Ya he dado mi palabra.

—Eso no importa; alega cualquier cosa, da una disculpa, lo que sea... Siempre será mejor que no empezar mal para terminar peor.

Thompson quedó pensativo. Él, tan decidido, no había sabido rechazar de plano aquella proposición, y ahora se encontraba un poco sujeto.

—Voy a darte un consejo —le dijo Oakes, aprovechando la

contrariedad de su amigo—: Apártate de esa gente. Hasta ayer no conocía a ninguno; pero, por lo que me has dicho del jefe, deduzco que los que le siguen no son como nosotros.

—Me molestaría tener que armar camorra aquí, donde nadie sabe quién soy.

—Casi no te conozco. Thompson; tú eras antes de otro modo; no te detenías ante ningún obstáculo.

Oakes sabía los resortes que tenía que tocar para convencer a su amigo; no quería ser él la causa de que lo matasen cuando la Policía decidiera atacar la banda, ni tampoco que lo detuviesen. No se sentía con la moral suficiente para recomendarle que abandonase el mal camino, pues era posible que se echase a reír; pero debía tratar de no perjudicarlo.

Después de beber un par de vasos de «*whisky*» en silencio, Thompson dio un puñetazo en la mesa.

—¡Tienes razón! —dijo—. No sé por qué voy a andar con miramientos. Con decirle que lo he pensado mejor y no me conviene, está terminado. Esta tarde a las seis iré a verle —hizo una pausa, y agregó—: Tú has acertado. Sus hombres no son de los nuestros; sobre todo, un tal Dinger, que hay allí, y que parece una señorita.

—Ahora vuelves a ser Thompson —dijo Oakes, alargándole la mano—. Eso está mejor.

Se marchó Thompson, despidiéndose de él hasta la noche, y Oakes siguió prestando atención a las personas que llegaban. Transcurrió una hora. Una muchacha rubia, con el pelo corto terminado en bucles, entró, contoneándose, y se dirigió a uno de los taburetes de la barra; cruzó sus bien modeladas piernas, que la abertura del bajo de la estrecha falda enseñaba audazmente, y miró con indiferencia a la sirena de ojos verdes, pechos abultados y escamas doradas, que estaba pintada en el hueco central de los anaqueles. Pidió «*whisky*» con soda, encendió un cigarrillo, y quedó esperando la llegada de su amigo.

Oakes vio aparecer a Merlo, con el inseparable Gallery, y se levantó, apresurándose a telefonear al inspector. Después volvió a su mesa, y desde ella llamó a los dos «gangsters», invitándoles a unos vasos.

—¿No has visto a tu amigo Thompson? —le preguntó Merlo.

—Hace poco se ha marchado.

—Te habrá dicho que ya está con nosotros, ¿no?

—Sí; pero no me ha parecido muy satisfecho.

Gallery hizo un gesto de extrañeza.

—No sé qué es lo que quiere —dijo.

—Ni yo tampoco; no hemos hablado apenas del asunto —agregó Oakes—; pero hay que tener presente que vale mucho, y que no ha trabajado nunca a las órdenes de nadie.

Prolongó Oakes la conversación, y se tranquilizó cuando vio entrar al inspector Hagerty, que, sin mirar al grupo, se sentó a otra mesa, y encendió un cigarro. Detrás de él penetró un hombre mal trajeado, que se colocó en un rincón.

Como le sucedía siempre, su llegada no pasó inadvertida, ni él lo pretendía. Merlo dijo a su compañero:

—Ése es un policía, y de los gordos. Ya no vendremos más a este bar.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Gallery.

—Te levantas, y te vas, y si te sigue, le haces andar hasta que se canse.

El inspector extendió su vista por el local, y la detuvo ante ellos unos instantes. Ya no se le borrarían sus fisonomías. Era esto únicamente lo que quería el inspector: conocerlos personalmente; después, en su mente, los catalogaría, sin posible equivocación. Gallery se levantó, y le dijo a Oakes:

—¿Tú no tienes nada que temer?

—Por ahora, no; más adelante...

Tan pronto como Gallery se hubo marchado, el inspector salió del bar, y, sin seguir al «gángster», se dedicó a hacer varias gestiones. Merlo se fue al poco rato, y el hombre mal vestido, en el que ninguno se había fijado, continuó tras él. Después de recorrer varias calles, Merlo entró en otro bar de más categoría, y cambió unas frases con el dependiente, acodándose en el mostrador, mientras le servían coñac. De uno de los reservados salió Dick, que preguntó, extrañado:

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué vienes aquí?

En aquel momento, Merlo se arrepintió de haber ido.

—En el bar Sirena había un policía que parecía un jefe. Gallery tiene el encargo de comprobar si está sobre nuestra pista.

—¿Y eso es lo que te alarma? Policías los hay en todas partes.

—Quería decirte también que Thompson no parece estar muy conforme.

Dick miró a su segundo, con el ceño fruncido.

—¿Todavía no hemos empezado y ya quiere crearme dificultades? ¿Has hablado con él?

—No; su amigo es el que ha anticipado algo.

—Entonces, no se puede hacer nada hasta que se explique. De todos modos, ninguno de esos asuntos son para venir aquí.

—Creí que te interesaría.

—Allí, sí; aquí no quiero que se me moleste —y agregó, volviéndole la espalda—: Vete, y procura calmar tus nervios.

Merlo se marchó, malhumorado, y tras él el hombre que se había convertido en su sombra, y que después de cerciorarse que no tenía objeto la vigilancia por el momento, se trasladó al Departamento, pasando al despacho del inspector.

—¿Qué hay, *Hobby*? —le preguntó.

—Seguí o uno de esos hombres, señor. Entró en el bar Atlantic, y habló con otro que parecía el jefe. Creo, señor, que ese bar es el punto de parada de él.

—Bien, ésa es una información interesante. ¿Pudo oír alguna palabra?

—No quise acercarme, para no despertar sospechas.

—¿Podrá describirlo con exactitud?

—Sí, señor.

—¿Será fácil localizar al hombre que ha seguido?

—Cuando usted lo disponga, señor.

El inspector iba tendiendo la red según sus métodos, basados en su pericia y en sus años de lucha. Ya había estado a verle Oakes, para informarle de la conversación que había tenido no sólo con Thompson, sino con los demás, y facilitarle el nombre del otro «gángster»: el de Dinger. Aparte de otros asuntos de su Departamento, dos principalmente ocupaban su atención: el de la Electric y el de la Banca. Sin ninguna razón positiva, había relacionado varias veces a los autores de ambos casos con la banda de Dick, y aunque no había llegado en ello a una conclusión, casi estaba seguro de no equivocarse.

Aquella tarde, a las seis, Dick, como de costumbre, estaba

reunido con sus hombres Merlo seguía dolido por la acogida de su jefe en el bar, y Gallery informaba de que, al salir del Sirena, había comprobado que no la siguió nadie. En una esquina de la mesa, Thompson fumaba en silencio, sin aparentar ninguna inquietud en sus ojos oscuros. Había bastado la observación de Oakes para que los «gangsters» le miraran como a un extraño a ellos. Terminó de fumar y se puso en pie. Era de mediana estatura, pero se adivinaba en él al hombre de fuerza ejercitada. Sin alterarse y con la mayor naturalidad, se dirigió a Dick:

—He decidido no trabajar contigo; aunque ayer estaba conforme, lo he pensado mejor; he comprendido que no me adaptaría, y antes de tener un disgusto, creo que es más conveniente que cada cual siga por su camino. Quizá debí decírtelo ayer; pero todavía no es tarde, puesto que no hemos empezado a trabajar —hizo una pausa, y agregó—: Nada tengo que devolverte, puesto que no me diste nada; por lo demás, es como si no hubiésemos charlado.

Mientras hablaba, Dick no había levantado la vista para mirarle, y le escuchaba con el codo apoyado en la mesa y la mano en la mejilla. Pareció no darse cuenta de que había terminado, pues no se movió ni pronunció palabra durante unos embarazosos momentos. Después alzó su mirada hacia Thompson, que recogía su paquete de tabaco de encima de la mesa y se disponía a marcharse, y le dijo:

—Yo creí que los hombres tenían palabra...

—Eso es entre los demás —replicó Thompson—, pero no entre nosotros —y agregó, sonriéndose—: Me figuraba que tú sabías que en nuestro código no existe la palabra, ni el honor, ni el compromiso; ninguna de esas cosas que ligan a los demás. ¿Has olvidado que formamos una sociedad aparte?

La ira iba dominando a Dick, que se controlaba porque desconocía la dase de enemigo que era Thompson y porque no quería emplear la pistola en el sótano.

—¿Y no opinas —le preguntó con tono que pretendía ser natural — que te has comprometido al conocernos y saber dónde nos reunimos?

Thompson se echó a reír.

—No —contestó—; habrá cincuenta personas que te conocen a ti y a los demás, y si no saben que tienes aquí este refugio es porque

no quieren; con haberte seguido o a cualquiera de los compañeros, tu secreto no lo sería.

La respuesta de Thompson era lógica, y todos lo comprendieron así, menos Dick, que contenía su cólera a duras penas.

—Bueno —dijo—, sea como tú quieres.

Tan pronto hubo vuelto la espalda, Dick hizo una seña a Gallery, que salió detrás de él, empuñando la pistola que llevaba dentro del bolsillo de la americana. Thompson no se encaminó al centro de la ciudad, sino que se dirigió hacia unas apartadas construcciones desiertas a aquella hora; anduvo unos pasos por una que estaban terminando, entre volquetes y materiales, y al llegar a una grúa inutilizada se volvió de pronto y vio a Gallery a unos cien pasos. Corrió a situarse tras la máquina, al mismo tiempo que una bala pasaba silbando cerca de su cabeza. El esperaba la agresión; si había tomado hacia aquel solitario lugar era precisamente porque sabía que Dick no era hombre que dejase escapar de sus garras a quien ya había considerado como un instrumento más de sus planes.

No estaban oscuros aquellos parajes, y a la difusa luz de los altos focos, Gallery podía ver claramente la grúa, parapeto provisional de la que ya creía fácil presa. Resguardado por una mezcladora, y con la certeza de que aunque los tiros se oyeran no podrían localizarle rápidamente, Gallery volvió a disparar; hasta llegar allí no había podido hacerle fuego por la espalda; pero ahora, al menor descuido que tuviese lo eliminaría.

Poco a poco fue descubriéndose para precisar la puntería; le extrañó no observar ningún movimiento, y pensó que tal vez el hombre a quien debía cazar se había tirado al suelo: esto le obligaría a salir de su escondrijo para buscar otro sitio desde donde pudiera batirlo. Tenía que admitir que llevaría pistola, y esto le obligaba a tomar precauciones; de otra forma ya habría avanzado a pecho descubierto. De cualquier manera, aquel absoluto silencio después de las dos detonaciones le intranquilizaba.

Unas vigas de hierro apiladas que no estaban lejos le dieron la solución; conseguía llegar a ellas y darles la vuelta, lo cogería por detrás. Iba a poner en práctica su pensamiento cuando sintió que le sujetaban el brazo y se lo retorcían brutalmente; lanzó una maldición, y antes de que pudiera reponerse recibió un terrible puñetazo en la mandíbula que lo derribó, aturdido. Thompson se

inclinó y de un tirón le quitó la pistola. Lo que Gallery había ideado lo realizó Thompson sin dejar pasar el tiempo, y sorprendió a su enemigo.

—¡Levántate! —le ordenó Thompson, encañonándole.

Obedeció Gallery, llevándose la mano a la cara, y Thompson, poniéndole la pistola en la espalda lo registró rápidamente.

—Conque tú eres el verdugo de Dick, ¿eh? Pues poco vas a cobrar por mi ejecución. Sigue adelante, y ten cuidado, porque yo disparo mejor que tú —se lo decía en un tono de broma que infundía frío—. Vamos al sótano.

Sin que desapareciese su temor, Gallery no sabía a qué atribuir la extraña conducta de Thompson; no comprendía por qué no lo había matado cuando él en su lugar lo hubiera hecho sin vacilar; además, el querer ir otra vez en busca de Dick... No lo entendía. Quizá pensaba liquidarlo delante de su jefe. Este pensamiento aumentó su temor; todavía si hubiese tenido su pistola... Sin ella se sentía un hombre incompleto.

Llegaron a la calle Doce y se aproximaron al sótano.

—Llama —le dijo Thompson—. Al menor movimiento te meto una bala.

Al abrirse la puerta, Thompson, de un violento empujón, hizo rodar a Gallery los escalones y entró apuntando a Dick y a sus hombres, que no podían salir de su asombro ante aquella inesperada situación. Thompson sonreía maliciosamente.

—Te extraña verme, ¿verdad, Dick? —le dijo burlonamente—. Me he dado cuenta de que vales poco; por eso no quise formar parte de tu banda. Tú eres un aprendiz con suerte que ha encontrado tres o cuatro borregos, pero no sirves para codearte con hombres de nuestra clase —sin dejar de mirarlos y con el arma pronta a disparar, continuó—: Podía haber vuelto solo y haberte dejado en el muelle a ese perro con un par de balas en la barriga —y señaló a Gallery, que se había incorporado, situándose con los demás detrás de la mesa—; pero no he querido hacerlo. Escucha Dick: no sé nada de ti ni de los tuyos, ni me importa; si no me parece bien trabajar contigo, debes conformarte y dejarme en paz. Yo no soy un soplón, y si tú lo piensas es porque lo eres o puedes serlo. Voy a hacerte una advertencia: no te tropieces conmigo, y lo mismo a tus hombres. Si yo caigo, tengo amigos que saben disparar bien. Elige

lo que más quieras.

Retrocedió de espaldas hasta la puerta y se marchó. Dick se volvió furioso a Merlo.

—¡Tú eres quien lo has traído aquí! —gritó, mirándole torvamente.

—Porque era un buen elemento —contestó el segundo sin arredrarse—. Si no quiere nada contigo, yo no tengo la culpa.

Dick se paseó por la habitación como fiera enjaulada.

—¡Nos hemos portado como gallinas! Este hombre puede denunciarnos; estamos en sus manos y no hemos sabido acabar con él.

Merlo volvió a hablar calmosamente:

—Estás ofuscado, y lo que te duele es que no se haya avenido a obedecerte. Debías comprender que cada uno es dueño de pensar como quiera y decidir lo que mejor le convenga. Tú has sacado las cosas de quicio y Thompson acaba de darnos una lección. Lo mejor es no acordarnos más de él y que cada uno viva como le parezca.

Con la cara lívida por la rabia que le produjeron las palabras de su segundo, Dick se fue hacia él y levantó el puño; pero Merlo metió la mano en su bolsillo, y le dijo:

—Ten cuidado con lo que vas a hacer, Dick. Piénsalo antes.

Había tal determinación en esta advertencia, que Dick bajó el brazo, volvió la espalda y se dispuso a irse, diciendo:

—Mañana nos reuniremos aquí a la misma hora.

La doble derrota sufrida le había trastornado.

Thompson le había humillado, y Merlo le había puesto en evidencia ante los demás; tendría que pensar muy seriamente lo que acababa de ocurrir.

Entre tanto, Thompson buscaba a su amigo Oakes en el bar Sirena. Se sentó junto a él y le explicó lo que le había ocurrido.

—Eres un tío de agallas —le dijo Oakes después de escucharle—. Has hecho bien, pero esto debía servirte de experiencia. Aquí no estamos en Chicago; allí hay amigos y piensan de otra manera.

—¿Qué quieres decirme, Oakes?

—Que antes de entrar a trabajar con nadie debes pensarlo; tendrías que hacer un resumen de todo lo que has conseguido hasta la fecha y ver si efectivamente vas bien orientado. Ya sabes que en nuestra profesión, lo mismo que en todas las cosas, se necesita

suerte. ¿Tú la has tenido?

—Pues no; la verdad es que siempre me ha ido mal.

Oakes no quiso entrar en un terreno más complicado y cambió de conversación.

—¿Tienes dinero?

—Me quedan tres dólares —contestó, sonriéndose—. ¡Ah! Y la pistola que le he quitado a ese tipo.

—¿Para qué la quieres? ¿No tienes la tuya? Dámela a mí; quizá saque algo por ella.

Se la entregó Thompson, y Oakes le dio quince dólares.

—Toma —la dijo—. Cuando me falte a mí, también te faltará a ti.

—Siempre te has portado bien, Oakes.

—¡Bah! Eso no tiene importancia.

Charlaron durante un buen rato los dos amigos, y Oakes se despidió alegando que quería descansar. Aún no era muy tarde y quizá estuviera el inspector en el Departamento.

Lo encornó en él y le informó de lo sucedido a Thompson.

—Entonces tu amigo sabe dónde se reúnen todos, ¿no?

—Sí, señor, aunque no he querido preguntárselo.

Le entregó la pistola que había pedido a Thompson, y le dijo:

—Pertenece a uno que se llama Gallery, tal vez aquí puedan sacar algún provecho de ello.

—Me estás prestando importantes servicios: Oakes. Dime: ¿conozco yo a tu amigo?

—Sí, señor.

—¿Crees que podría conseguirse algo de él?

Oakes hizo un ligero movimiento de hombros.

—No lo sé; es un valiente. Pero no ha tenido suerte en la profesión.

—Mañana pediré sus antecedentes, y ya veremos le que se puede hacer.

Oakes salió satisfecho del Departamento.



¡LLUVIA DE REGALOS!

Además de coleccionar la mejor Serie de CROMOS, en los sobres del F. B. I. encontraréis VALES que os darán derecho a recibir BICICLETAS, BALONES, PELOTAS, BOLIGRAFOS Y OTROS VALIOSOS REGALOS.

CAPÍTULO V



ACÍ dos horas que se había marchado de su casa el inspector Hagerty y no tardaría mucho en llegar de la compra Bárbara, cuando se presentó Dinger, proporcionando una buena sorpresa a Elise, que no podía esperarlo allí en su mismo domicilio.

Dinger demostraba una alegría que estaba muy lejos de sentir; su coche se le había estropeado aquella mañana, cuando más falta le hacía, y esto era un grave contratiempo para el plan que tenía que llevar a cabo; pero lo disimulaba muy bien. Había estado escondido desde muy temprano y cuando vio salir al inspector y después a la encargada de la casa, buscó un taxi, hizo que el chofer parara en la puerta de la vivienda de Elise y subió a buscarla.

—¿Qué te sucede, Erle? —le preguntó, sin ocultar la satisfacción que le producía volverle a ver.

—Han llegado mis padres y quieren conocerte; van a estar aquí solamente unas horas, así que he pensado que vengas conmigo. Abajo tengo un taxi.

—Pero yo no puedo irme ahora; debo esperar a Bárbara.

—No tenemos tiempo. Elise; déjale una nota y vámonos.

Elise dudó durante breves momentos, y decidiéndose después escribió unas letras a Bárbara, explicándole el motivo de su ausencia y diciéndole que no tardaría en regresar. Se puso una chaquetilla y una boina de terciopelo gris, que se sujetó con una agujeta, y volvió al recibidor.

—Ya estoy lista, pero debías haberme avisado antes para haberme arreglado mejor.

—Si yo tampoco sabía que iban a venir...

Bajaron las escaleras y subieron al taxi; al arrancar éste llegó Bárbara, que se quedó parada, pues le había querido parecer ver entrar en él a Elise. Dinger dio la dirección de la calle Treinta y Ocho y mandó al conductor que se detuviera ante el portal que tenía el 115. Era una casa grande, sin portería, y con un ascensor bastante amplio. Subieron a él, y en la segunda planta salieron, deteniéndose Dinger ante una puerta que ostentaba el número 3. Sacó una llave, la abrió e hizo pasar a Elise. Estaban en el nuevo apartamento que había alquilado Dinger, más en consonancia con sus disponibilidades económicas. Amueblado con comodidad y cierto, lujo, completaba la idea de grandeza que se había apoderado del atildado y engreído «gángster». Penetró en el dormitorio y llamó desde él a Elise, que aún no había sospechado nada. Cuando ella estuvo dentro cerró la puerta, y soltó una cínica carcajada.

En el acto se dio cuenta Elise del engaño de que había sido víctima, pero todavía no conocía la miseria moral del sujeto que la había llevado allí.

—¿Por qué me has traído aquí? —le preguntó, queriendo sobreponerse al temor que sentía.

Dinger encendió un cigarro y se puso ambas manos en la cintura por debajo de su americana mientras la miraba con desprecio.

—Eres imbécil —le contestó, insultante—. ¿De veras te has creído que estoy enamorado de ti? Yo tengo todas las mujeres que

quiero sin necesidad de molestarme, y mejores que tú.

El asco que le había tomado desde el principio le cegaba hasta el punto de no estimar la belleza y encantos de Elise. No tenía ella que temer por su virtud, pues para el endiosamiento del bandido era asaz insignificante.

Al escuchar las groserías del hombre que había acogido amistosamente, y al que afortunadamente para ella no había entregado aún el corazón, la sangre le subió a la cabeza, pero no le devolvió sus insultos, sino que le dijo apremiantemente:

—Abre esa puerta y déjame marchar.

Se sentía humillada y dolorida, y tenía inmensos deseos de llorar. Su primera experiencia amorosa iba a ser con un hombre degenerado como aquél, porque ahora, sin la máscara de la hipocresía, lo veía tal cual era. Quiso hacerse fuerte, y le dijo:

—Cuando mi padre se entere te hará pagar caro esta acción.

—Te equivocas —le contestó, paseándose delante de ella—. No tardará en saberlo, y entonces estará de nuestra parte. A la fuerza, naturalmente, pero estará —y agregó, encogiéndose de hombros—: Bueno, esto si es que quiere a su hija.

Esta revelación hizo comprender a Elise la realidad de su situación: se la había secuestrado para hacer claudicar a su padre en no sabía qué asunto. Recordó entonces el día de la pelea del bar, en la que el conocido de Erle le llamó Dinger, apellido distinto al que él le había dado, y lo relacionó con las palabras que acababa de oír. Estaba, pues, en poder de una banda de criminales. Se censuraba a si misma por su confianza al hacer caso de Dinger, colocando con ello a su padre en un grave dilema. Pero no: para el inspector Hagerty no habría tal dilema. Él no tenía opción; su camino era siempre el mismo: el, deber. La idea de que podrían matarla haciendo creer a su padre que vivía la llenó de terror; la calma irreal de que hacía alarde se derrumbó; miró a Dinger con miedo y odio y se volvió hacia la puerta, golpeándola con los puños; percibió que esto era insuficiente y comenzó a gritar con todas sus fuerzas.

Dinger, que en medio de la habitación, con fría sonrisa en los labios, disfrutaba del miedo que hacía sentir a Elise, se sobresaltó ante los desaforados gritos, y acercándose a ella la cogió por un brazo y la tiró contra el suelo. El espanto se reflejó en las dilatadas

pupilas de Elise. Era verdad que querían matarla. Temblando y sudorosa, con la mirada extraviada y los nervios dislocados, se incorporó lentamente, mirando a uno y otro lado de la habitación como fiera enjaulada a la que le acabase de privar de su libertad. Ya no razonaba; no se acordaba de nada ni de nadie en aquellos momentos. Un solo pensamiento, una sola voluntad la dominaba: huir. Escapar, escapar como fuera de allí y de la presencia de aquel hombre. Vio la ancha ventana, y como una demente enfurecida corrió hacia ella con ánimo de arrojarla a la calle, Dinger la alcanzó en el mismo borde y a empujones la metió dentro luchando para reducirla a la impotencia. Con las uñas, a mordiscos y patadas, con una fuerza que no tenía, pero que el instinto y los nervios excitados operando sobre los músculos le proporcionaba, Elisa trataba de desasirse de su opresor, que nunca hubiera creído una resistencia tan fuerte en ser tan delicado. Una de las veces que alzó su mano tropezó con la agujeta de su sombrero, y sacándola rápidamente la hundió en el pecho de Dinger, quien al mismo tiempo, de un fuerte golpe en la cabeza la dejaba sin sentido.

Sin preocuparse de ella, Dinger se fue al cuarto de baño, se quitó la americana y de un tirón acabó de romper la desgarrada camisa, dejando al descubierto el pecho, del que brotaba un hilo de sangre. Era un agujero redondo y pequeño, pero superficial, pues la aguja había resbalado sin profundizar. Jurando y maldiciendo, se dio un poco de alcohol, tapó la herida con esparadrapo y se curó los rasguños que tenía en la cara. Se puso camisa nueva, y como si se tratara de acudir a una recepción se perfumó y peinó el cabello: Volvió al dormitorio y quedó parado ante el cuerpo inconsciente de Elise, que también tenía la chaquetilla y la blusa hecha jirones. Al sentir una punzada en el pecho levantó el pie para darle una patada, pero se contuvo, pues recordó las órdenes de Dick de que no se le hiciera daño. De buena gana se hubiera subido encima y la habría pateado.

Trajo una silla de la cocina y una cuerda, arrimó el espaldar al radiador, y, levantando a Elise, la sentó y la amarró de manera que no pudiera hacer el menor movimiento. Entonces se fijó en la palidez cadavérica que tenía: le levantó la cabeza agarrándola del pelo, y al creerla muerta se asustó, pues temía la reacción de su jefe. Cogió el jarro del agua y se lo arrojó a la cara violentamente.

La impresión hizo volver en sí a Elise, que lanzó un suspiro y empezó a respirar fatigosamente. Esto tranquilizó al «gángster», que, sin más contemplaciones, sacó un pañuelo y le tapó la boca. Su labor estaba terminada; ahora serían los otros los que la continuasen.

Abandonó el dormitorio, dejándolo cerrado, y se marchó en busca de Dick y sus compañeros, que le esperaban inquietos.

—¿Cómo ha resultado? —le preguntó el jefe.

—Difícil; he tenido que luchar con ella. Es una fiera; por un poco más me atraviesa con una aguja. Tengo un pinchazo en el pecho, y mira cómo me ha puesto la cara.

Dick se echó a reír.

—De cuando en cuando unas caricias de las mujeres, tú que tan amigo eres de ellas, no te vienen mal.

Merlo y Gallery corearon la ocurrencia. Estaban contentos, pues la faena había salido bien. Dick llenó una copa de coñac y se la alargó a Dinger.

—Toma, hombre, bébetela; te la mereces. Te has portado como debías, aunque a decir verdad no tenía mucha confianza.

Dinger aparentó no oír esto último y se bebió la copa; después preguntó:

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—Hoy, dejarla en tu apartamento, que es donde mejor está; mañana la traeremos aquí; luego, ya veremos... Depende de lo terco que se ponga el inspector. ¿Has tomado todas las precauciones?

—Sí; la he atado y tapado la boca; no hay cuidado.

Dick reflexionó unos instantes, y dijo:

—No quisiera que volvieras por allí en todo el día de hoy; sin embargo, tendrás que ir dentro de algunas horas para llevarle algún alimento; no sabemos si a lo mejor el inspector se convierte en nuestro amigo y hay que extremar los cuidados.

—¿Y la carta? ¿Dónde está? —preguntó Dinger.

—Aquí —contestó, sacándola de su bolsillo; ahora mismo va a dejarla Gallery en la portería; es lo mejor y más rápido, y si lo sabe hacer no se fijarán en él.

Le dio la caria a Gallery, que se dispuso a cumplir su misión, y Dick se dirigió a todos, diciéndoles:

—No hace falta que nos reunamos hasta las seis. Tú, Dinger, ya

sabes lo que te he dicho; le llevas los alimentos, le vuelves a tapar la boca y después te alojas en cualquier parte.

—Eso no le preocupa a Dinger —intervino Merlo, jocosamente—; le esperan muchas amigas.

Dejaron los hombres su refugio, y Gallery fue a casa del inspector, entregando la carta a la portera y dándose trazas para no dejar ver su rostro. El bandido se alejó, calculando, regocijado, el efecto que causaría al inspector la noticia.

Dos horas más tarde, Bárbara, extrañada de la tardanza de Elise, telefoneó al Departamento e informó al inspector.

—¿Hace mucho que salió? —le preguntó.

—Unas tres horas.

—¿No sabe adónde ha ido?

—Sí, a ver a los padres de ese hombre, pero no dice el sitio, y para una visita de cortesía es demasiado tiempo.

—Tal vez hayan dado después un paseo; de todos modos ha hecho bien en avisarme. Tranquilícese, que yo no tardaré en llegar.

El inspector aceleró el despacho de los asuntos pendientes y se trasladó a su casa; la tranquilidad que le recomendaba al ama de llaves también la necesitaba él. Tenía ciega confianza en su hija, despierta e inteligente, pero el mejor que nadie conocía los muchos peligros de la ciudad. Además, aquel hombre, del que no sabía casi nada, le producía cierta intranquilidad, pues por las referencias de Elise había sacado la consecuencia de que era violento.

Cuando llegó a su domicilio, la portera le saludó y le entregó la carta, que retuvo en su mano hasta llegar a su piso, poniéndola encima de la mesa. Bárbara le repitió lo que ya le había dicho por teléfono, y le enseñó el papel escrito que Elise le dejara.

—Tal vez nos alarmamos indebidamente —dijo el inspector, mirando a Bárbara y encendiendo un cigarro—; hay que esperar un poco más antes de hacer ninguna gestión. Elise no es tonta.

—Es una niña —replicó Bárbara—, y aunque no conozco a ese hombre, no me gusta. Ya sabe lo que le pasó el otro día en el bar.

Aunque compartía este criterio, el inspector no quería demostrarlo para no aumentar la inquietud de Bárbara. Continuó fumando en silencio y al fijarse en la mesa vio la carta que acababan de entregarle, y de la que ni siquiera se acordaba. Rompió el sobre, la leyó saltándose las palabras y quedó inmóvil frente a

Bárbara, con el rostro pálido y contraído.

—¿Qué le pasa? —preguntó Bárbara, asustada—. ¿Se ha puesto malo?

Sin contestar, el inspector se dejó caer en un sillón; sintió que sus músculos se relajaban y que un desfallecimiento angustioso invadía todo su ser. El golpe brutal e inesperado le había herido moralmente, derrumbando al mismo tiempo su resistencia física.

La atribulada Bárbara no sabía qué hacer. Abrió la ventana para que entrase aire y se acercó al inspector, moviéndole por los hombros.

—¡Vamos, vamos, sobrepóngase usted! Dígame lo que le sucede. Ahora mismo voy a llamar al médico.

Se dio cuenta de que el sudor bañaba la frente del inspector y se apresuró a limpiárselo. Transcurrieron unos minutos que a Bárbara le parecieron interminables, y el inspector empezó a recobrarse.

—¡Qué débil es la naturaleza! —dijo—. No vale uno nada.

Recogió la carta, que se había caído al suelo, y la leyó de nuevo con todo detenimiento. Estaba escrita a máquina, y decía:

«Inspector Hagerty: Está usted investigando un caso,
el de la Banca

Carson & Bros,

que nos interesa no se mueva más; aquello fue un suicidio para todo el mundo, y usted debe comunicarlo así a la Prensa. Como garantía de que será razonable guardamos a su hija, a la que no le ocurrirá nada si, como esperamos, atiende lo que se le dice. Pasado mañana, a esta misma hora, después que los diarios hayan publicado su nota, volverá a saber noticias nuestras».

Recuperado del todo, el inspector se levantó y dio la carta a Bárbara, que quedó aturrida al leerla. Ella quería a Elise como si fuera su hija; se echó a llorar y le devolvió la carta sin decirle nada.

—No se aflija —le dijo el inspector—; no tardaré en encontrarla.

Telefoneó al Departamento para que le esperase Battles, sacó de un cajón del armario su pistola y se volvió a Bárbara:

—Me dijo que le pareció verla marchar en un taxi, ¿se fijó en el número de matrícula?

—No; no podía pensar en nada malo.

—Volveré con Elise, ya lo verá.

Abandonó su piso, subió a su coche y poco tiempo después estaba en su despacho y enseñaba la carta a Battles. El inspector volvía a ser el hombre de siempre; su flaqueza había desaparecido. Con un poderoso esfuerzo de voluntad relegó a segundo término sus sentimientos de padre, y buscó en su cerebro la lucidez necesaria para iniciar las gestiones que debían conducirle al paradero de su hija.

—Battles —ordenó al agente especial—: todos los agentes disponibles deben recorrer las empresas de autos de alquiler y averiguar el servicio que esta mañana hizo un chofer a mi casa a las diez. Cuando lo encuentren, que lo traigan aquí. Otro número de agentes que se dedique a los taxistas que trabajan libremente y que investiguen en todas las paradas. Usted mismo recibirá las comunicaciones y estará en contacto conmigo. Por lo pronto me localizará en el bar Sirena.

—¿Va usted a ir solo, señor?

—Sí; allí no hay peligro.

No esperaba Oakes ver al inspector a esa hora en el bar. No supo si ir a su encuentro o hacerse el desentendido; pero el inspector le sacó de dudas yendo a su mesa y sentándose frente a él.

—Necesito hablar con tu amigo Thompson —le dijo.

La seriedad del inspector alarmó a Oakes, y aunque no quiso preguntar, supuso que le ocurría algo grave.

—No tardará en llegar, pero si le ve aquí quizá no se acerque.

—Llevas razón —dijo, mientras cambiaba de asiento y se volvía de espaldas a la puerta—. Cuando entre, llámale.

Sin hablar más, el inspector dio un cigarro a Oakes, encendió otro y pareció sumirse en profundas meditaciones. Al poco tiempo Thompson se les acercó y quedó atónito al ver al inspector.

—Siéntate, Thompson —le dijo éste sin darle tiempo a reponerse—. Necesito de tu ayuda y de la de Oakes. Sé que tú conoces el sitio donde se reúnen Dick y sus hombres; llévame ahora allí.

Aquello era una orden tajante que sorprendió a los dos amigos. Thompson miró a Oakes, y después al inspector. Oakes se levantó y dijo:

—Vamos donde usted quiera, inspector; yo no sé dónde está eso,

pero Thompson sí.

Estimó el inspector la reacción de Oakes, y le contestó, dominando su propia impaciencia:

—Espera un poco; tengo que hacerle algunas preguntas a Thompson —se volvió hacia éste y le dijo—: Sé que se trata de cuatro hombres; conozco a dos de ellos, pero no a los otros dos. ¿Hay algunos más que yo ignore?

—No, señor —respondió Thompson—; pero los están buscando.

—¿A qué hora se reúnen?

—A las seis, pero no sé si lo harán también por la mañana.

—A esta hora no estarán allí, aunque quizá quede uno de guardia...

—En aquel sótano no hay nada que guardar, señor —dijo Thompson, que ignoraba el sentido de la suposición del inspector.

No caminaba el inspector a tientas; al contrario, sabía bien dónde ponía los pies. Había acertado al admitir que la banda que intentó dar el golpe en la Electric era la misma que la que actuó en la Banca, y el examen de las balas y de la pistola de Gallery que le entregó Oakes demostró que Mulvaney fue muerto con aquella arma. Su hija estaba en manos de Dick y sus secuaces.

—¿Tenéis armas? —les preguntó.

No contestaron, y después de mirarse inclinaron la cabeza.

—Bien —dijo el inspector—; ya sabéis que el que lleva pistola sin licencia comete un delito. Me las entregaréis luego; ahora vámonos.

Subieron al coche, y el inspector condujo hacia el sótano de la calle Doce.

—Abre la puerta, Thompson —le dijo.

Fue obedecido rápidamente y se precipitó dentro, empuñando la pistola. Una mirada le bastó para cerciorarse de que en aquellas dos habitaciones no estaba su hija. Dejó caer el brazo y por un momento sintió que su ánimo se le deprimía. Divisó la puerta de comunicación y corrió hacia ella, haciendo una seña a Thompson, que la abrió con suma facilidad. Otra decepción; a media altura sólo había tuberías y contadores, pero el inspector, a pesar de su enorme preocupación, se dio cuenta de que aquello era una salida expreso a la galería, a la cual podía pasarse abriendo la otra puerta. Sin registrar nada, el inspector empezó a subir los escalones y salió del

sótano, seguido de Oakes y Thompson. De nuevo en el coche volvieron al bar, y el inspector preguntó si le habían llamado por teléfono. Al contestarle el dueño que no, se dirigió a la cabina y habló con Battles. Ninguno de los informes obtenidos hasta aquel momento era positivo.

Se aproximó el inspector a Oakes y a Thompson, que habían quedado esperando en el mostrador, y les dijo:

—No olvidaré la ayuda que me habéis prestado.

Oakes le miró a los ojos, y contestó:

—No hemos hecho nada, señor; pero quizá podríamos ayudarle. ¿Quiere usted decirnos lo que buscaba en el sótano?

—A mi hija.

Aquellos dos hombres, que ya habían probado el peso de la Ley, sintieron un escalofrío al oírle. Le miraron con los ojos muy abiertos, y entonces se dieron cuenta, a pesar de la dureza de su semblante, del inmenso dolor que acongojaba a aquel hombre. Thompson le habló en voz baja:

—Señor: yo soy un malhechor, pero si usted permite...

—Nada, muchacho —le interrumpió—; sólo quiero de vosotros que no os mezcléis en esto. Si os necesito volveré a buscaros.

No tardó en estar otra vez en su despacho, ayudando a Battles en la tarea de recibir avisos y comunicaciones. Una de ellas fue favorable: el agente Warring acababa de encontrar al chofer. Poco tiempo después estaba ante el inspector, que le interrogó rápidamente.

—¿Fue usted quien hizo ese servicio esta mañana a las diez?

—Sí, señor. Llevé a un hombre joven y bien vestido que entró en la casa y salió al rato con una muchacha. Los conduje al ciento quince de la calle Treinta y Ocho. Eso es todo lo que sé.

El inspector descolgó el sombrero de la percha y se lo puso, al tiempo que decía a Battles:

—Suspenda todas las gestiones, puesto que ya hemos encontrado lo que necesitábamos. Continúe usted aquí, pues tal vez pueda hacerme falta.

Battles hubiera querido acompañarle, pero la disciplina se lo impedía. Comprendía perfectamente que el inspector quisiera actuar solo, pues se trataba de la vida de su hija y quizá una intervención con varios agentes hubiese originado una lucha cuyo

resultado final no era previsible.

Sin detenerse, el inspector se dirigió a la calle Treinta y Ocho y dejó el coche doscientos metros antes de la casa número 115. Entró en ésta, subió en el ascensor hasta el último piso, donde se figuraba que vivía el encargado, y comprobó que no se había equivocado. Acreditó su personalidad, y dijo al hombre que hacía las veces de administrador:

—Quiero saber qué inquilinos tiene esta casa, así que, empezando por la planta baja, hará usted el favor de indicarme las personas que habitan en cada apartamento. Es asunto muy grave y no se trata de una mera información.

Empezó el hombre a dar sus explicaciones por orden de número de apartamentos y plantas, y al llegar a la segunda, dijo:

—En el número uno vive una señora sola desde hace un año; el número dos está vacío, y en el tres hay un hombre solo, que lo alquiló hace tres días. En el cuatro...

—¿Qué señas personales tiene ese inquilino del tres? —le interrumpió el inspector.

Hizo el administrador la descripción lo mejor que pudo, y el inspector le pidió la llave del apartamento. Había reconocido al hombre del que su hija le había hablado varias veces.

Se dispuso el encargado a acompañarle, pero el inspector le detuvo con la mano:

—Quédese aquí —le dijo—; puede ser peligroso que venga conmigo.

Al meter la llave en la cerradura, la mano del inspector tembló ligeramente. ¿Qué le esperaba tras aquella puerta? Le extrañó el silencio absoluto que allí había y avanzó bajo la impresión de que allí tampoco encontraría a Elise. Recorrió las dependencias y se detuvo ante la cerrada puerta del dormitorio. Manióbró en el cierre y la abrió y quedó casi sin aliento al ver a su hija amarrada con la cabeza caída sobre el pecho. Corrió hacia ella, y al contemplarla lívida y sin conocimiento, la sangre se le agolpó a la cabeza, y por unos segundos sólo vio ante sí una inmensidad roja.

Se serenó al instante, desató el pañuelo que le oprimía la boca brutalmente y se apresuró a desamarrarla; la levantó y la depositó en la cama. Entonces se inclinó sobre ella para reconocerla, pero la emoción se lo impedía.

—¡Hija! ¡Hija mía! —repetía, moviéndole la inanimada cabeza y acariciándole las manos—. ¡Elise, escúchame! Soy tu padre, soy tu padre.

Era inútil; Elise continuaba insensible. El inspector dirigió la vista a su alrededor buscando un teléfono para llamar a un médico, y vio ante la puerta a Dinger, empuñando una pistola. El «gángster», que había vuelto a la casa para cumplir el encargo de su jefe, se sorprendió al encontrar la puerta abierta, y más aún de ver al inspector. Al tener éste ante sí al causante de los sufrimientos de Elise, al ser despreciable que había recurrido fríamente a la más baja infamia para apoderarse de su hija, la idea del castigo se apoderó de su mente.

Con los dientes encajados, la cara alterada por el dolor y la cólera y los ojos despidiéndoles destellos de ira, el inspector hizo un falso movimiento, se inclinó después rápidamente, mientras la bala que le disparó el «gángster» se incrustaba en la pared, y de un salto se abalanzó a él, quitándole la pistola. Su fuerza era incontenible, arrolladora.

En aquel momento Dinger, pudo medir todo el alcance de la justa cólera del inspector, que pareció agigantarse y llenarlo todo. Fue solo un instante, y después se sumergió en el insondable abismo de la nada. El puño del inspector, unido a un potente brazo de hierro, cayó sobre él terriblemente, le aplastó el maxilar, y su cabeza chocó con golpe seco y contundente contra la pared, abriéndosela y dejando allí su miserable vida.

El inspector se arrojó sobre el cuerpo de su hija y empezó a sollozar.

—¡Elise, hija mía! —decía, transido de pena—. ¿No me oyes?

Un gemido se escapó del pecho de Elise, y el corazón del inspector palpitó aceleradamente cíe alegría. ¡Vivía! ¡Su hija vivía! Llorando como un niño, la incorporó, la volvió a tender, le hizo la respiración artificial, y, por fin, al notar que la respiración se le normalizaba, la tornó en sus brazos y salió del piso y de la casa, avanzando de esta forma por la calle para llegar al sitio donde había dejado el auto. Un transeúnte que se cruzó con él le preguntó.

—¿Quiere que le ayude, señor?

—Se lo agradezco; haga usted el favor de abrimme la portezuela del coche.

Una vez colocada Elise en el interior, el inspector; que se daba cuenta de que estaba grave, se dirigió a una de las mejores clínicas, donde rápidamente fue examinada por un especialista.

—Está bajo los efectos de una fuerte impresión —le dijo el doctor—; vamos a tratarla en seguida, y espero que la crisis se resuelva favorablemente. Hasta mañana no será posible hacer ningún dictamen.

Desde allí telefoneó a Bárbara, a la que al mismo tiempo que la alegría le transmitió el pesar al informarle del estado de Elise.

—Aunque habrá una enfermera constantemente junto a ella, quiero que se traslade usted aquí —le dijo—; será mejor para usted y para mí.

Habló después con el director de la clínica, y sin entrar en detalles le explicó lo que le había ocurrido a su hija.

—Nadie sabe que la he traído aquí: pero como se trata de mala gente que no se detiene ante nada, estableceré en la clínica una guardia permanente; dos agentes estarán en el vestíbulo y otros dos en la galería donde está la habitación de ella; ya procuraré que no se le cause a usted la menor molestia.

El médico director admiró la entereza del inspector, ofreciéndosele incondicionalmente.

—Yo mismo —le dijo— colaboraré con el doctor que se ha encargado de la asistencia de su hija.

De la clínica se trasladó el inspector al Departamento. Eran cerca de las seis y sólo había tomado por la mañana un poco de café; pero no tenía el menor apetito. El jefe, que había sido informado por Battles; entró en aquel momento y quiso saber el resultado de las gestiones del inspector. Éste refirió brevemente su actuación en la calle Doce y el encuentro con su hija en la Treinta y Ocho.

—No sé si he matado a aquel infame —terminó—; ahora nos enteraremos.

—¿Va usted a disponer la captura de los otros, señor? —preguntó Battles.

—Hoy no; ya sabe que conozco el sitio donde se reúnen, pero aunque lo abandonen sé dónde encontrarlos —quedó callado unos momentos, y agregó—: Battles: vaya usted con dos agentes, el médico y una ambulancia al número ciento quince de la calle Treinta y Ocho, planta segunda, apartamento tres; haga un registro

a fondo. Además, envíe cuatro agentes a la clínica y establezca turnos para que estén, allí día y noche. Dos deben situarse en el vestíbulo, y los otros en la galería; que hablen antes con el director. Cualquier hombre o mujer, aparte de los médicos y enfermeras que pretenda entrar en la habitación, será detenido; si hace resistencia, que disparen.

—¿Cree usted que se atreverán a ir? —le preguntó el jefe.

—No; pero debo estar prevenido.

Sintió unos dolores en la mano derecha, y al mirarse vio que tenía amoratadas e hinchadas las coyunturas de los dedos.

—¿Qué le sucede? —le preguntó el jefe.

—Nada; es el porrazo que le di a aquel sujeto después de quitarle la pistola.

—Pero ¿llegó a dispararle?

—Sí, y no me alcanzó porque adiviné sus intenciones.

El forense, Battles y los demás agentes encontraron en el apartamento una visión poco agradable: encima de un gran charco de sangre yacía el cadáver de Dinger; tenía aplastado el parietal derecho, y por entre los fragmentos y esquirlas del cráneo aún brotaba la sangre espesa y negruzca. El médico le examinó la mandíbula, se irguió y dijo Battles, que estaba junto a él:

—La muerte ha sido instantánea; ha caído fulminado.

—El inspector me ha dicho que le dio un porrazo, y agregó que no sabía si lo había matado.

—Sí; ha sido un golpe terrible, de una fuerza extraordinaria. No creo que pueda darse otro caso igual.

Al descubrirle el pecho encontró el esparadrapo, lo arrancó y vio el pequeño agujero:

—Alguien le hirió —dijo a Battles—, pero hace varias horas, y esos arañazos de la cara tampoco son recientes.

—Entonces, ¿no ha habido ahora lucha?

—No; no existen señales de ella. No sé lo que ha podido suceder, pero sí que este hombre no ha recibido más que un solo golpe y definitivo.

Ordenó Battles que se llevaran al cadáver, y cuando se hubo marchado el forense se dedicó a registrar las habitaciones. El encargado, que no había querido bajar ante la advertencia del inspector, se decidió a hacerlo, y quedó aturdido al ver sacar la

camilla con el cuerpo de un hombre tapado con una manta. Entró en las habitaciones y preguntó a Battles:

—¿Qué ha sucedido? ¿No está aquí el inspector?

—¿Quién es usted? —inquirió a su vez el agente especial.

—El encargado de la casa; el inspector estuvo a verme y me aconsejó que no le acompañase. ¿Le ha pasado algo, señor?

—A él no, pero al inquilino sí; pasado mañana podrá usted disponer otra vez del apartamento.

Se retiró el encargado sin saber qué pensar; había ocurrido una tragedia en su casa, y él, lo mismo que los demás inquilinos, ni siquiera se habían dado cuenta; algunos oirían el disparo, pero por evitarse complicaciones no se molestaron en enterarse.

No fue infructuoso el registro efectuado por Battles; en un cajón del ropero encontraron la llave de una caja de seguridad particular, y en ella ochenta y seis mil dólares. El inspector fue informado de la muerte instantánea de Dinger y no hizo ningún comentario. Mentalmente pensó que si no se hubiese tratado de su hija él habría procedido igual. Ni como inspector ni como padre tenía nada que reprocharse. Ante un plano de la ciudad, el inspector señaló a Battles el lugar de reunión de Dick y sus hombres, y le explicó la situación de la puerta que daba, al registro de la galería subterránea.

—Mañana —le dijo— a primera hora sitúe dos agentes en la calle Doce y otros dos en la galería; los primeros han de procurar no ser vistos. En cuanto a los segundos es una medida más, pues no creo que aquella puerta de escape se utilice más que en los casos necesarios. Si no sospechan nada de lo ocurrido a su compañero volverán a reunirse en el mismo sitio, y ése será el momento en que nosotros actuemos; uno de los agentes de vigilancia en la calle Doce debe avisarnos en seguida, limitándose a eso su labor. Puede suceder también que teman volver al sótano, en cuyo caso ya trazaré un nuevo plan.

El inspector se sentía cansado y estaba un poco febril; dio algunas instrucciones más a Battles antes de marcharse, y el agente especial le preguntó:

—¿Qué debo decir a los periodistas cuando quieran saber las causas de la muerte de ese «gángster»?

—Que se le sorprendió por nuestros agentes y que murió en la

lucha. Como título pueden poner que fue uno de los asesinos del apoderado de la Banca

Carson & Bros;

límitese a eso y no de más detalles. Lo ocurrido con mi hija es como si no hubiera pasado.

El inspector abandonó el Departamento, y al ir a subir a su coche se encontró con Oakes, que le esperaba.

—No he querido entrar, señor —le dijo—, pero quisiera saber si ha sabido algo de su hija.

—La he encontrado, Oakes; mal, pero creo que se salvará.

Le tendió la mano y se metió en el auto, dirigiéndose a la clínica. Elise seguía igual. Largo rato estuvo contemplándola ante su cama, y apesadumbrado salió de la habitación, seguido de Bárbara.

—¿Cómo la encuentra? —preguntó.

—Igual; pero el médico dice que no se ha presentado ninguna complicación y que es muy posible que mañana haya una reacción favorable.

Con esta esperanza, con esta posibilidad que podría significar mucha o tal vez nada, el inspector se retiró a su casa, y después de tomar una taza de té se acostó rendido; necesitaba descansar.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES LEERAN

P R O E Z A S

CAPÍTULO VI



la misma hora en que Battles hacía levantar el cuerpo de Dinger, Dick miraba el reloj y decía a sus hombres:

—Es raro que ya no esté aquí. Con Dinger nunca estoy tranquilo; hace las cosas sin pensarlas. Si lo del inspector le ha salido bien es por pura casualidad. Cuando termine este asunto no me proporcionará más quebraderos de cabeza.

Merlo y Gallery compartían el criterio de su jefe; además, le tenían antipatía desde que se enteraron que sin razón había matado a un compañero. Transcurrió media hora más, y Dick dio un puñetazo en la mesa.

—Esto no hay quien lo aguante; estará liado con otras faldas. Tú, Gallery, vete a su apartamento.

Salió Gallery y se encaminó al apartamento, cuya puerta no había sido sellada porque Battles consideró que allí no había que realizar ninguna nueva diligencia. Utilizando la llave maestra, Gallery entró y quedó sorprendido de no ver a nadie. Colocada la silla de nuevo en la cocina y recogida la cuerda y el pañuelo, no quedaba ninguna señal de la lucha desarrollada, pues hasta la mancha de sangre había sido limpiada por la asistente del encargado al revocar Battles su propia orden autorizándole a disponer del apartamento en seguida.

Algunos trajes y camisas nuevas, y toda una variedad de frascos de perfumes, había sido recogido por el encargado, que había hecho un buen negocio al alquilarle a Dinger, ya que le había pagado anticipadamente dos meses y sólo utilizó las habitaciones tres o cuatro días.

La extrañeza de Gallery no tuvo límites, y como su imaginación no daba tampoco para más alcance corrió a reunirse con su jefe, que le escuchó con los dientes apretados y la ira reflejada en su semblante.

—¡Me ha engañado! —exclamó fuera de sí—. No debí fiarme de él. Ni raptó a la muchacha ni hizo nada. En cambio, el inspector se habrá reído de la carta y nos habrá tomado por imbéciles.

Se levantó colérico y dio una patada a la silla en que había estado sentado, mientras maldecía y paseaba furioso de uno a otro lado. Cuando estuvo un poco más calmado, Merlo le dijo:

—Puede haberle ocurrido algo...

Está lógica posibilidad hizo que Dick interrumpiese sus paseos y quedase parado ante su segundo.

—¿Crees que es cosa de Dexter?

—No lo sé; quizá se ha metido en un lío al cumplir tus órdenes.

—Pero ¿y la muchacha? ¿Adónde la ha llevado? Debía estar en el apartamento.

Merlo se encogió de hombros, encendió un cigarro y se levantó.

Miró a su jefe unos instantes, y le dijo:

—Con figuraciones no adelantarnos nada; hay que moverse.

—Llevas razón —respondió Dick, al que la repentina cólera había ofuscado—; no podemos quedarnos aquí quietos. Gallery: vuelve al apartamento y busca al portero; pregúntale a ver si él sabe algo. Eso tenías que haberlo hecho antes de venir.

Gallery se levantó de mala gana; desde el principio no le había gustado el plan de su jefe. Era demasiado atrevido y peligroso raptar a la hija del inspector; aquello se apartaba de su norma de trabajo: el robo, el asalto, la lucha en los callejones y esquinas con la pistola...

—¿He de volver a entrar en el piso? —preguntó.

—No hace falta —contestó Dick—; nos veremos el bar Sirena.

—No me agrada ese sitio desde que estuvo allí la Policía —objetó Merlo.

—Bien; estaré en el Atlantic hasta que vayáis.

—¿Y si hubiese sido atropellado? —preguntó Gallery, cerca ya de la puerta.

—No es imposible. Merlo: encárgate de telefonar a casa del inspector y pregunta por la hija, a ver qué te dicen. Después llama a los hospitales de urgencia por si han llevado allí a algún accidentado, y si no te dan contestación vete al depósito de cadáveres.

—Lo último ya no se puede hacer a esta hora; hay que aguardar a mañana.

Dick hizo un gesto de resignación, y los tres hombres salieron del sótano.

Tener que volver otra vez a la calle Treinta y Ocho resultaba bastante molesto para Gallery, pero no tenía más remedio que hacerlo. Subió al piso del encargado, quien le recibió amablemente creyendo que se trataba de algún probable inquilino.

—No; yo no vengo a quedarme con ningún cuarto —dijo Gallery, sacándole de su equivocación—, sino a pedir informes de un amigo que vive en el número tres de la planta segunda: Erle Dinger.

Le miró el encargado con prevención y le preguntó con cierto temor:

—¿Es usted de la Policía?

Aquélla era casi un insulto para Gallery, que contestó con brusquedad:

—¿Tengo yo cara de agente?

—No, señor; es que..., en fin, nada. Su amigo vive aquí, en efecto; pero desde que habló conmigo para el contrato de alquiler no he vuelto a verle. Tenga presente que sólo lleva en esta casa

unos días. En cuanto a informes no puedo facilitárselos porque ignoro todo lo concerniente a su vida. Yo no soy exigente con las personas que quieren ocupar los cuartos, así que me conformo con lo que me dicen. Pagando...

Dio por buenas Gallery estas explicaciones, y despidiéndose del encargado empero a bajar las escaleras; pero al llegar al primer descansillo quedó parado y se dio una palmada en la frente. «Claro —pensó—, aquel hombre sabía algo, puesto que le había preguntado si era de la Policía». Volvió a subir rápidamente, y ante la extrañeza del encargado entró de nuevo en el piso, y le dijo:

—He olvidado hacerle una pregunta: ¿por qué me confundió usted con un policía?

—Hombre, no lo sé —le contestó, poniéndose en guardia—, pero el asunto no tiene importancia.

—Si la tiene —replicó Gallery, cogiéndole por las solapas—, y usted va a darme una explicación ahora mismo.

Palideció el encargado, y, atemorizado, repuso:

—Le daré los trajes de su amigo y le devolveré el dinero del alquiler, si es lo que usted quiere, pero suélteme.

—Yo no quiero trajes ni dinero; necesito saber lo que le ha ocurrido a Dinger. ¿Se ha enterado? —agregó, empujándolo violentamente contra la pared.

—Bien, se lo diré; entre en el despacho —contestó, sin poder contener el ligero temblor que se había apoderado de él.

Sobre la mesa tenía el teléfono, al que el encargado le echó una mirada, pensando que con un poco de valor quizá podría utilizarlo, pero al sentarse y mirar a su visitante vio que éste tenía una pistola en la mano.

—No quiero trucos ni bromas; esto es más serio de lo que usted cree —dijo Gallery, situándose frente a él.

El poco ánimo del encargado desapareció por completo.

—Guarde eso: le explicaré lo ocurrido.

Le refirió la visita del inspector, la recomendación que le hizo, la llegada de la Policía y la salida en la camilla de un herido o muerto porque no lo sabía.

Gallery le escuchaba con el mayor asombro; todo podía figurárselo menos aquello. Quedó reflexionando durante unos instantes, y al cabo de ellos le preguntó:

—¿Y la muchacha?

—¿De qué muchacha me habla? No he visto ninguna mujer. Cuando se fue la Policía todo estaba en orden. Sólo había un gran charco de sangre.

—¿Dice usted que no vio a mi amigo desde el día que vino a alquilarle el apartamento?

—Así es; como esta casa no tiene portería, los inquilinos entran y salen sin que nadie les vea.

Se levantó Gallery, y le hizo una última pregunta:

—¿Ha quedado la Policía en venir otra vez?

—Me parece que no, porque ya me han dicho que disponga del piso.

—Tenga presente lo que voy a decirle: si volviese algún agente olvide que yo he estado aquí; sepa que no tengo inconveniente en venir y meterle una bala en la cabeza.

Marchóse Gallery dominado por honda preocupación. Ya decía él que aquél era un mal asunto. Cuando habían hecho un buen negocio y tenían dinero en abundancia se le había ocurrido a Dick buscarse aquella complicación. Recordó las palabras de Oakes de que era mejor trabajar por su cuenta, y pensó que toda vía estaba a tiempo de hacerlo.

Merlo no había conseguido nada de sus gestiones telefónicas: ni había respondido nadie a las llamadas en casa del inspector, ni los accidentados en la calle que habían sido recogidos correspondían a las señas de Dinger. Estaba informando a Dick, cuando se unió a ellos Gallery, que en voz baja explicó lo que le había dicho el encargado.

Dick y Merlo estaban pendientes de sus palabras, y sus rostros reflejaban su inquietud y sorpresa. Al terminar Gallery su relato, los tres hombres quedaron en silencio.

—Está claro —dijo Dick, después de un rato—. Dinger secuestró a la muchacha, y la llevó a su apartamento, pero no hizo las cosas bien; cometería uno o varios errores, que pusieron sobre la pista al inspector. Lo demás ya os lo podéis figurar.

—¿Quieres decir que lo han matado? —preguntó Merlo.

—Supongo que sí; mañana lo comprobaremos en el depósito. Le está bien empleado, por idiota.

—¿No crees que habrá hablado?

—No tendría nada de particular, aunque no es fácil, puesto que no lo llevaron al Departamento. De todos modos, mañana iremos al sótano por última vez; no podemos continuar allí.

Pasados los primeros momentos de intranquilidad, Dick había recuperado su calma. Su plan había fracasado. La vida de Dinger era lo de menos, puesto que ya estaba sentenciado, y hubiera acabado con él o lo habría entregado a Dexter; pero el inspector... Al hundirse su proyecto, se lo había acercado más, y cualquier día se le echaría encima. Se había reído siempre de la Justicia, porque tenía la certeza de que sus balas llegaban a los agentes mucho antes que las que éstos disparaban; pero ahora se había enfrentado el hombre más enérgico y capacitado del

F. B. I.

Siguiendo el hilo de sus propios pensamientos, Merlo, que no dejaba de mirarle, le dijo:

—Has ido demasiado lejos, Dick; no calculaste bien este asunto. Dinger se habrá equivocado; pero, aunque lo hubiese hecho muy bien, el resultado sería igual. Yo he tomado informes del inspector, y pensar que él iba a faltar a su deber por su hija, era una tontería.

—¿Me criticas? —preguntó Dick, con enojo.

—No te enfades; tienes que admitir que te has equivocado. Disponíamos de dinero para mucho tiempo, y ahora nos vemos metidos en algo de lo que no sabemos cómo vamos a salir.

—¿Querías, entonces, que el inspector hubiera seguido investigando lo de la Banca, y nos mandara a la «silla»?

Merlo se sonrió, despectivamente.

—Ahora es cuando nos mandará —dijo, mirando fijamente a su jefe—. Estoy seguro que ya sabe que fuimos nosotros quienes matamos al policía, y...

—¿Te quieres callar? —le interrumpió Dick, con dureza.

—Merlo tiene razón —apoyó Gallery—; no debiste empezar esto.

—¿Estáis los dos contra mí? —preguntó, colérico.

—No —repuso Merlo—; hablamos de esto porque tenemos que hacerlo. Te has metido en un atolladero, y nos has metido también a nosotros. No voy a abandonarte ahora, porque unidos quizá podamos hacer frente mejor a lo que venga, pero dentro de una semana te dejaré y me marcharé de este Estado.

—Yo pienso igual, y haré lo mismo que Merlo —dijo Gallery.

Dick, que a la fuerza tenía que transigir con aquella situación, sonrió, cínicamente:

—Ya veo que me apreciáis.

—No es sólo por ti —replicó—, sino por nosotros.

—Parece que estáis quejosos de mí, y en toda vuestra cochina vida habéis tenido un centavo. Si no hubiera sido por mí...

Merlo le miró, con el ceño fruncido.

—Haces mal en no querer ver las cosas como son. Si nos has dado dinero, no ha sido regalado, puesto que nos hemos jugado la vida; tú has cumplido, y nosotros también. ¿Qué ganancia nos proporcionó el asunto de la Electric? Dos de los nuestros quedaron allí. Es preferible que te des cuenta de la realidad. La Policía no tardará en estar tras nosotros, y ya no nos dejará. Hemos dado un mal paso, y si queremos conservar la piel, hay que irse muy lejos de Nueva York.

Por encima de su soberbia y del concepto despreciativo que tenía de sus hombres, Dick tuvo que reconocer la razón de su segundo.

—Está bien —dijo—: ya veremos cómo salimos de esto.

La visita que al día siguiente hicieron Dick y sus secuaces al depósito de cadáveres no hizo más que confirmar lo que ya habían supuesto: el cuerpo de Dinger estaba allí, con la cabeza destrozada. Algo se impresionaron al verlo, pero no mucho, pues la muerte era su compañera de trabajo. No sintieron compasión por él; quizá porque no le estimaban, o porque le tenían envidia; no en balde era un guapo mozo.

Un funcionario se les acercó, y les preguntó, señalando al muerto con la cabeza:

—¿Le conocían ustedes?

—No —respondió Dick—, no sabemos quién fué.

Se alejaron del depósito, pues no querían llamar la atención, y tampoco tenían ya nada que hacer allí, y se encaminaron hacia el sótano. Fue Merlo quien, mucho antes de llegar, se detuvo, y sujetó por los brazos a Dick y a Gallery.

—Volvamos —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Dick, extrañado.

—En aquella puerta —contestó, señalando una de la acera de enfrente— hay un hombre escondido; me ha parecido que es un

agente.

Retrocedieron seguidamente, y abandonaron aquellos lugares, tomando por la primera bocacalle. El Metro los distanció de allí, y se dirigieron al primer bar que encontraron.

Dick era el que estaba más preocupado de los tres. Había reflexionado durante la noche sobre las palabras de Merlo, y ahora, al ver descubierto su refugio, se daba cuenta de la gravedad de su situación. Un poco más, y estaría acorralado.

Cuando hubieron tranquilizado sus nervios con varios vasos de «*whisky*», Merlo dijo:

—Eso es que Dinger «cantó» antes de morir.

Recapacitó Dick durante unos instantes, y luego repuso:

—No lo creo; no debió ser él.

Merlo y Gallery le miraron, con asombro.

—¿Cómo dices eso? —le preguntó el primero.

—Es bien sencillo. Si Dinger hubiese hablado, ayer mismo por la tarde hubieran estado los agentes ante el sótano. El inspector tenía que saber entonces que nosotros nos reuníamos allí; si no lo hizo así, fue porque Dinger no le dijo nada.

—Eso es verdad —repuso Merlo—. Pero ¿quién pudo dar el «soplo»?

—Thompson —contestó Dick—. Ese maldito, que tú debías haber quitado de en medio —agregó, mirando rencorosamente a Gallery.

—Si ha sido él, las pagaré —afirmó Merlo.

—Pero antes he de cruzarle la cara. Yo le enseñaré quién es Dick Carey.

—¿Tienes allí algo que pueda comprometernos? —le preguntó Merlo.

—¿Más de lo que estamos? —inquirió Gallery, con ironía.

—No hay nada; por esa parte podemos estar tranquilos —contestó Dick—. Lo que tenemos que hacer ahora es buscar un lugar apropiado para reunirnos.

—Al final del muelle Veintitrés hay un casucho muy escondido, del que nadie se preocupa —dijo Gallery—. Lo habita un viejo borracho, y creo que por algunos billetes nos lo dejaría.

—El sitio es bueno —comentó Dick—. Vamos a verlo.

Los tres hombres se dirigieron al garaje donde Dick tenía

encerrado el auto, y, subiendo a él, cruzaron la ciudad en dirección al muelle Veintitrés. Gallery llevaba razón: la vivienda del borracho Green, a la que se llegaba por entre los sucios muros de unos almacenes en desuso, era una casucha de una sola planta, con dos pequeñas habitaciones, una de las cuales servía de dormitorio, y la otra, de todo. No tenía más que una ventana, que nunca se abría, y si el olor de la entrada repelía por nauseabundo, el que despedía el dormitorio era irresistible. Todas las noches, invariablemente, se le derramaba a Green media botella o un cuarto de «*whisky*» del más malo, que expendían en una taberna de la otra esquina del muelle. Aunque llegaba borracho, no podía dormir si no era empinándose una botella de alcohol, que en cierto momento, cuando ya la cabeza se le caía y el brazo colgaba fuera de la cama, sin fuerza, rodaba por el suelo, vertiéndose su contenido. Algunas veces, en su inconsciencia alcohólica, el brazo quedaba dentro de la cama, y entonces el líquido le empapaba el traje y el colchón. El viejo Green, ahído de «*whisky*» por dentro, dormía en su elemento.

Nadie sabía de qué vivía, ni de dónde llegó, ni cuáles eran sus antecedentes; formaba parte de todo aquello, y no se concebía el muelle Veintitrés sin Green, que durante el día pasaba el tiempo delante de los almacenes del otro extremo, viendo las operaciones de carga y descarga de los buques, o en la taberna, donde frugalmente atendía al mantenimiento de su desmirriado cuerpo. Todos los policías de vigilancia le conocían, y en algunas ocasiones departían con él. No se salía de la legalidad, no escandalizaba y vivía como un ciudadano pacífico. Se murmuraba que tenía algún dinero, y debía ser cierto, puesto que su único y gran vicio era bastante costoso.

Dick y los suyos llegaron a la puerta de la miserable vivienda, y llamaron repetidamente, sin obtener contestación. Como una puerta cerrada nunca es obstáculo para un profesional, fue abierta, aunque al entrar tuvieron que retroceder, porque el hedor era insoportable. Los tres simultáneamente encendieron un cigarro, y, sin quitárselo de los labios, penetraron de nuevo. Antes de cerrar la puerta abrieron, no sin gran esfuerzo, la herrumbrosa ventana, y miraron a su alrededor.

—¡Puf! —dijo Dick—. ¡Cuánta porquería!

En el dormitorio, Green, tendido en la cama, vestido, dormía

con la boca entreabierto y torcida su habitual borrachera. Su cabeza calva, sólo tenía algunos mechones de pelo gris al lado de las orejas y alrededor de la nuca; en su cara había pocas arrugas, a pesar de sus sesenta y cinco años, pues estaba abotagada y enrojecida, y su nariz, un poco levantada hacia arriba, estaba surcada de numerosos filamentos venosos, característica del beodo empedernido.

Dick le puso una mano en el hombro, y lo zarandeó. Como el primer intento no tuvo resultado, repitió otra vez, y Green, tras mover la cabeza y lanzar un gruñido, hizo un esfuerzo y abrió sus ojos grises y ensangrentados. Volvió a cerrarlos, creyendo que soñaba, pero al oír la voz dura y autoritaria de Dick, se incorporó, sentándose en la cama y mirando, asombrado, a los tres hombres. Tardó un poco en darse cuenta de la realidad, pero cuando lo logró se puso en pie con agilidad increíble, y se encaró con Dick.

—¿Quién es usted? —le preguntó, con voz cascada—. ¿Cómo han entrado en mi casa? ¿Quién les ha abierto?

Y sin esperar a que le respondieran, echó a un lado a Dick y a Merlo, se fue hacia una alacena, tomó una botella de «*whisky*» y se la llevó a los labios, bebiendo unos cuantos tragos sin descansar. El alcohol, de mañana, le hizo desaparecer los efectos del alcohol nocturno, y se encontró lúcido y despejado. Se volvió hacia ellos, y los miró con insistencia.

—¿Por qué han entrado aquí?

—Somos amigos —respondió Dick—, y venimos a hacerle una proposición.

—¿Y para eso es preciso forzar la puerta de mi casa? Sí; eso es un allanamiento de morada, y está considerado como un delito. Podría denunciarles a la Policía.

Dick miró a sus hombres. ¿Estaría loco aquel viejo? En lugar de atemorizarse, reñía y amenazaba.

—Oiga, abuelo —dijo, contemporizador—: creíamos que la casa estaba vacía, y por eso la abrimos. Nosotros no somos de este barrio, y nunca venimos por aquí.

Con la botella de «*whisky*» en la mano izquierda, Green pareció conformarse con esta explicación; salió a la primera dependencia, y se sentó tras una mesa que tenía en un rincón.

—Bueno; ¿qué es lo que quieren? —preguntó, sin dejar de observarles.

—Nos interesa esta casa, y estamos dispuestos a pagarle bien, con tal de que nos la deje. Podría ir a vivir a otro sitio quizá mejor que éste, y usted y nosotros saldríamos ganando.

—¿Y si yo no quisiera irme? —preguntó, como si estuviera en condiciones de elegir.

Dick se echó a reír.

—Le echaríamos a la fuerza, y sin dinero —contestó, jactancioso, metiendo ambas manos en los bolsillos de su americana.

Green no se inmutó; empinó de nuevo la botella, se limpió la boca con el dorso de la mano, y durante unos momentos pareció reflexionar su respuesta; después dijo:

—Esta casa es de mi propiedad, y, como pago los impuestos, nadie puede echarme de ella; en cuanto al dinero, ni me interesa ni me hace falta. Hay muchos locales en Nueva York que podrían servirles. Ya me figuro que éste les interesa, por lo escondido; más la casa del borracho, pero honrado, Green no ha de servir de refugio de ladrones.

Dick lanzó una maldición, y se acercó a él, con ira contenida.

—¡Maldito viejo! Todavía le dura la borrachera.

—No estoy borracho, y sé muy bien lo que me digo. ¡Salgan de aquí! Me di cuenta en seguida de la clase de gente que son ustedes. No tienen Dios ni ley, y en sus conciencias habrá más de un crimen. ¡Váyanse, y déjenme en paz!

Por encima de la mesa, Dick hizo ademán de agarrar a Green por el cuello; pero éste sacó una pistola, y, poniéndose en pie, los encañonó.

—No me importa disparar, y todavía tengo el pulso firme —dijo—. ¡Váyanse sin bajar las manos!

La insospechada resistencia de Green y la certeza de que dispararía, hizo que Dick y sus hombres salieran de la casucha, furiosos y endemoniados. Ya fuera, Gallery sacó su arma; pero Dick hizo que se la guardara.

—Ahora no —le dijo—; espera un poco.

Sin hablar, Dick y los suyos se metieron en el almacén, que ya no se utilizaba, encendieron nuevos cigarros, y en silencio dejaron pasar diez minutos. No tardó en aparecer el viejo Green, que, después de cerrar la ventana y la puerta de su casa, se acercó al filo

del muelle y contempló la fuerte corriente del Hudson. Era ésta su costumbre cuando se levantaba. Aquella vez, y para calmar su excitación, llevaba la botella de «*whisky*» en la mano. Bebió un trago, y quedó pensativo. Miró a lo lejos varios barcos atracados, sin nadie en cubierta y sin el ir y venir de los estibadores. Era domingo, y los días de fiesta no le agradaban. La vida del muelle se paralizaba, y él estaba habituado a ella; le distraía y le alegraba. Fijó su vista en las aguas turbias del río, y de nuevo se puso la botella en la boca.

—¡Ahora! —dijo Dick a Gallery.

Se escondió éste tras uno de los pilares de cemento, y, sacando su pistola, hizo fuego sobre Green. La bala le entró por la nuca; el «*whisky*» se le atragantó, y, después de tambalearse como un pelele, cayó de cabeza al río. Allí, bajo los espigones del muelle Veintitrés, del que formaba parte, quedó el viejo y borracho Green, que no había hecho mal a nadie y que todavía podía haber disfrutado de unos cuantos años de vida.

Una cruel sonrisa apareció en los labios de Dick, que en unión de sus hombres dieron la vuelta a los almacenes, y sin dejar la línea del muelle, llegaron a la taberna, punto de parada de Green. Pidieron «*whisky*» escocés, y procuraron enterarse de las conversaciones. Alguien habló del viejo, y entonces pudieron comprobar lo popular que era. Salieron de allí, y Dick, que caminaba en medio de Merlo y de Gallery, les dijo:

—Hemos perdido el tiempo.

—¿Por qué? —preguntó el último.

—Porque no es posible utilizar la casa de ese borracho. Ésta misma tarde notará su falta, e irán a buscarle.

—Y es una lástima —añadió Merlo—, porque era un sitio ideal.

Aquellos tres malvados no le daban importancia a lo que acababan de hacer. En su miserable concepto de la vida, la propiedad debía ser del más fuerte, y ellos lo eran. La casa del viejo podía servirles, y costaba tan poco trabajo disparar... Con un poco de más sentido, podrían haberse enterado antes de quién era el viejo; pero la violencia, que formaba parte de todos sus actos, se imponía a ellos mismos. Lo que ante su paso no se quitaba de buen grado, lo apartaban por la fuerza; lo que necesitaban para vivir con diversiones y placeres, lo cogían, sin importar nada sus legítimos

poseedores. La vida de los demás no tenía ningún valor.

Mientras se dedicaban a buscar un nuevo refugio, que no debía durarles mucho, pues Merlo y Gallery abandonarían, como ya le habían dicho, a Dick, él inspector, que había permanecido toda la mañana en la clínica, en la habitación de su hija, salió de allí con dirección a su despacho. Iba más satisfecho, pues tanto el especialista como el director le habían asegurado que la crisis se resolvería favorablemente. Ésta era también la creencia de Bárbara, que había pasado toda la noche haciendo compañía a la enfermera.

Pasados los críticos momentos de agobio del día anterior, el inspector era dueño de sus pensamientos y de su voluntad. Las pocas horas que durmió durante la noche, aunque inquietas y desasosegadas, le sirvieron bastante, y ahora se encontraba dispuesto a dar la batalla a Dick. Ya había dejado reducida su banda a la mitad, y no tardaría en acabar definitivamente con ella.

Al llegar al Departamento fue llamado por el jefe, que ya antes se había interesado por Elise. Como no conocía bien todavía su manera de pensar, no se había atrevido a proponerle que suspendiera su actuación para dedicarse exclusivamente a su hija. Cuando le escuchó, comprendió que no era necesario.

—Pienso que hoy acabaremos con esos criminales —le dijo—. Tal vez ayer a las seis se les podría haber cogido, pero a esa hora no tenía yo la mente muy despejada. Esos bandidos supieron escoger el sitio donde sabían podían herirme con más dolor.

—Fue un disparate, aunque, pensándolo bien, podía haber dado resultado; no todos los hombres son de su temple, inspector.

—Gracias, señor; pero ya sabe usted que el deber es para nosotros lo primero; está antes que nuestra familia y que nuestros sentimientos. Quizá haya alguien a quien pueda parecerle ingrato; pero es porque no se dan cuenta de que nuestra profesión, tomándola como vocación, es grata, y está compensada al saber que cada acto nuestro es útil a una sociedad que nos entrega su confianza. Hablo en términos generales; el hecho de que algunos individuos, aquí o en cualquier otra organización, creada para servir los intereses del pueblo, falte a su obligación, no influye para nada en la labor de conjunto, ni en el prestigio de las instituciones.

—Lleva usted razón, inspector; ni los esfuerzos ni los sacrificios que realizamos son estériles. Es posible que el mal no desaparezca

totalmente, porque eso significaría haber llegado a la total perfección humana; pero la delincuencia ha disminuido, y nuestro efectivo trabajo es un freno para los instintos perturbados y las pasiones desatadas.

Aquellos dos jefes del Cuerpo policial más importante del mundo resumían el pensamiento de millares de funcionarios del

F. B. I.

El inspector volvió a su despacho, y llamó a Battles.

—He modificado mis planes sobre la vigilancia en la calle Doce —le dijo—. Haga que los dos agentes de la galería y los dos de la calle se metan en el sótano, y esperen allí. Es muy posible que los bandidos no aparezcan, si han comprobado la muerte de su compañero; pero, no obstante, que sigan dentro hasta nueva orden.

—¿Sabe dónde localizarlos, señor?

—Es muy fácil, si no han abandonado sus sitios de reunión. De todos modos, llame al bar Sirena, y pregunte por Oakes; él y su compañero podrán informarnos mejor antes de proceder a su captura.

—¿Cuántos hombres vamos a necesitar?

—Seis, usted y yo; hay suficientes.

El inspector llamó a una taquígrafa, y empezó a despachar los asuntos pendientes.



¿EL MEJOR REGALO PARA SU HIJO?
¡UN ALBUM DEL F. B. I.!

Magníficamente ilustrado y con textos interesantísimos,
por describir los métodos científicos de los agentes
especiales.

DE VENTA EN QUIOSCOS, A CUATRO PESETAS

CAPÍTULO VII



UANDO Thompson se acercó a la barra del bar Sirena a preguntar por su amigo Oakes, Merlo y Gallery, que llevaban media hora esperándole, se acercaron, situándose a ambos lados.

—¿No te acuerdas de nosotros? —le preguntó Merlo, irónico.

Thompson fue a bajar las manos del mostrador, pero Gallery le dijo, en voz queda:

—No las muevas; tengo preparada mi pistola.

Que era hombre de valor y sereno temperamento, ya lo había demostrado Thompson cumplidamente; pero el verse sorprendido por aquellos dos seres que sabía iban por su vida, le preocupó. No sentía miedo, pero apreciaba su gran desventaja. Miró a sus dos enemigos con desprecio, y dirigió su vista al local, por si en aquellos momentos había entrado Oakes.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó Merlo—. Nadie podrá ayudarte en esta ocasión.

—Bueno; ¿qué queréis?

—Nosotros, nada; es el jefe, que tiene muchas ganas de volverte a ver; se conoce que le fuiste simpático.

Pidió Gallery tres vasos de «*whisky*», y al volver el dependiente, Merlo se puso detrás de Thompson, y Gallery, con rápidos movimientos, le tocó en los bolsillos, y le quitó la pistola, que llevaba en uno de ellos.

—Tómate ese vaso, que te hará falta —le dijo Merlo—; es el último.

Entre tanto, Oakes había llegado al bar. Desde la puerta se dio cuenta de la situación en que se encontraba su amigo, y, volviendo sobre sus pasos, salió a la calle. Tomó hacia la izquierda, hasta la primera transversal, y regresó después, pasando de nuevo por delante del bar, hacia la bocacalle de la derecha. No se engañó; allí estaba el coche de Dick, con éste al volante. Ya sabía de lo que se trataba. Podía haber entrado en el bar, y haber liberado a su amigo, pero pensó que era mejor que lo hiciera el inspector. Precipitadamente buscó un taxi, e hizo que el chofer parara en la misma calle, a cierta distancia del bar dentro del cual Thompson hacía todo lo posible por ganar tiempo.

—Hablas con mucha seguridad —dijo a Merlo, contestando a su recomendación—, y tú y ese granuja estáis muertos de miedo. A mí no me asusta vuestro jefe, ni vosotros tampoco, y desarmado y todo, aquí mismo podría demostrarlo.

Gallery le miró, con prevención. Tenía la experiencia de que aquel hombre era capaz de hacer lo que decía. Si no hubiese sido por la orden de Dick, le habría descerrajado un tiro; pero el jefe quería disfrutar un poco antes de rematarlo. Además, en aquel bar no eran conocidos, y no les convenía, en las circunstancias en que se encontraban, destacarse públicamente.

—Ya se te quitarán esos humos —dijo Merlo, amenazadoramente.

Sin contestar, Thompson bebió un poco de «*whisky*», mientras pensaba lo que más le convenía. Si iniciaba la pelea en el bar, podría o no salir adelante, aunque estaba seguro de sí mismo; pero se dijo que quizá sería mejor enfrentarse con Dick y acabar de una

vez. No obstante, a pesar de su temeridad, hubiera querido la ayuda de Oakes.

—¿Y si me niego a ir con vosotros? —preguntó, mirándolos alternativamente.

—Te coseríamos a balazos —respondió Merlo.

—¡Mentira! Tenéis que cumplir lo que os ha mandado el jefe. Vosotros no sois hombres, sino esclavos de Dick. Menos mal que me di cuenta a tiempo, si no, a estas horas estoy en vuestra asquerosa compañía.

Merlo frunció el ceño, y se mordió los labios.

—Déjate de charla, y vámonos —le dijo, con brusquedad.

Thompson se decidió; apuró el contenido del vaso, y llamó al dependiente.

—Cóbrate este vaso —le dijo—; no quiero deberle nada a estos cretinos.

El dependiente miró a Merlo y Gallery, que habían enrojecido de rabia. Le dio la vuelta del dólar, y, mientras cobraba a Merlo, Thompson le dijo, en voz alta:

—Si viene mi amigo Oakes, dile que he ido con estos dos a reunirme con Dick; que me busque.

Todos los que estaban allí oyeron claramente estas palabras, que aumentaron el furor de Merlo, y Gallery. Los insultos y la humillación que les hacía soportar Thompson los encajaban, porque se habían propuesto llegar al fin. Por un momento, Merlo pensó que su jefe volvía a equivocarse con aquella determinación; pero el sentir su amor propio herido, frenaba sus propios razonamientos.

Fue el mismo Thompson quien, sin mirarlos, echó a andar hacia la puerta; una vez fuera, se colocaron a sus lados, y marcharon en silencio hasta el lugar donde Dick les aguardaba. Abrió éste la portezuela de delante, para que entrara Thompson, y Merlo y Gallery subieron al asiento trasero. En los labios de Dick se dibujó una cruel sonrisa. Ignoraba que si Thompson estaba allí, más era por su agrado que por la fuerza. Partió el auto, cruzando calles y avenidas, y Thompson se dio cuenta de que no iban a la calle Doce. Esto le desconcertó un poco, pues desaparecía la posible ayuda de su amigo. Recapacitó si no sería más sensato huir, ya que se vería encerrado solo contra tres; pero desistió. Podía hacerlo en cualquier momento en que el auto se detenía en una parada, o cuando, por la

aglomeración de vehículos, tenía que caminar despacio, como le ocurrió en la entrada del túnel Lincoln, que atraviesa el Hudson. No se lo hubieran podido evitar, porque ellos mismos se encontraban aprisionados entre largas hileras de coches, y un poco más lejos, a la misma entrada de las dos bocas, estaban los agentes de tráfico.

No le asustaba el peligro, no. Con plena consciencia iba hacia una muerte, que él creía poder burlar cuando se lo propusiera. Todavía ignoraba, a pesar de haber estado en presidio y de ser un ladrón, que en los estratos de la delincuencia hay capas de repugnante podredumbre moral, capaces de los más atroces crímenes. Dick y sus hombres pertenecían a esas capas.

Cuando estuvieron en los extrarradios de la ciudad, abandonaron la carretera, y por un camino infrecuentado se dirigieron a una serie de edificaciones de una sola planta que estaban abandonadas, y que habían servido de albergue circunstancial a unos obreros.

A bastante distancia del núcleo urbano, y casi cubiertas por los árboles, eran un buen refugio, en el que se podían incluso emplear armas de fuego, con la seguridad de no ser oídas.

Dick detuvo el coche ante una de ellas, y Merlo abrió la puerta. Hicieron entrar a Thompson el primero, y, una vez dentro, se apresuraron a beber sendos tragos de «*whisky*», a fin de encontrarse con fuerzas para la «faena» que iban a realizar.

Thompson se situó de espaldas a la pared, y sin dejar de mirarlos encendió un cigarrillo. Dick, que hasta aquel instante no había hablado, se encaró con él, en plan bravucón:

—Ya veo que eres tranquilo; pero no te durará eso mucho. Podía haberle dicho a mis hombres que te agujerearan, pero a los «soplones» como tú hay que enseñarles algo antes de despacharlos.

Siguiendo su costumbre, empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación, y de pronto se paró ante él.

—Conque fuiste a decirle al inspector Hagerty el sitio donde nos reuníamos, ¿eh? Para que nos cazara allí, a su gusto...

—Te equivocas —contestó Thompson, sin dejar de fumar—; yo no le dije nada al inspector. Lo que hice fue llevarlo al sótano —y ante el asombro de Dick y los suyos, agregó—: Pero él no os buscaba a vosotros entonces. ¿No sabes por quién iba? —le preguntó, mirándole con asco.

Thompson tenía la facilidad de sorprenderle y exacerbarle. El mismo inspector había estado en el sótano buscando a su hija. Era interesante escuchar a aquel hombre, a pesar del tono de su voz mortificante, que crispaba sus nervios.

—Ahora resulta —le dijo— que, cuando viniste a verme, eras confidente del

F. B. I.

Y todos mis pasos han sido seguidos.

Al oírle, Thompson soltó una carcajada.

—Eres un idiota —le contestó—. Si hubiese estado del lado de la Policía, ¿habrías podido secuestrar a la hija del inspector? Cuando se la robaste, el inspector vino a buscarme al bar, e hizo lo que un hombre de verdad hubiera hecho —para mortificarle más, agregó—: Ya leí la muerte de tu niño bonito. Seguramente que el inspector, sin necesidad de nadie, lo mandó al otro mundo.

Pálido de rabia, Dick le replicó:

—Hablas como si no pertenecieras a nuestra misma clase.

—Y no pertenezco. Yo soy un canalla, que ha vivido robando y volveré a robar; pero no he matado a nadie ni he quitado la hija a ningún hombre.

—¡Basta! —gritó Dick, fuera de sí—. Eres un hijo de perra. Te voy a...

Thompson le escupió un salivazo a la cara, y como si el escupitajo fuera una mancha que se extendiera por todo su rostro, la piel adquirió una tonalidad amarillo-verdosa. Se acercó a él con el puño en alto, y los ojos destellando de furor, pero antes de que pudiera prevenirse, Thompson le asestó un puñetazo, que dio con él en tierra. Merlo hizo fuego, pero Thompson se agachó, y la bala dio en la pared. Al mismo tiempo, Dick se levantó, y gritó, colérico:

—¡Quieto! ¿Quién ha dicho que dispires?

De un manotazo se limpió la saliva, que todavía llenaba su cara, y fulminó una mirada de odio contra Thompson, dispuesto a vender cara su vida.

—¡Sujetadle! —ordenó.

Merlo y Gallery se arrojaron sobre Thompson, y entre los tres hombres se entabló una lucha a puñetazo limpio; lucha sorda y terrible, en la que tan pronto rodaban por el suelo como se erguían furiosos, acometiéndose sin piedad. Merlo sangraba por la nariz, y

Gallery tenía una brecha en la ceja. Más hábil, fuerte y decidido, Thompson sacaba ventaja a sus enemigos.

Cuando Dick, que presenciaba la pelea sin intervenir en ella, vio que los suyos llevaban la peor parte, cogió un palo que había en un rincón y, acercándose al grupo, descargó un fuerte golpe sobre la cabeza de Thompson, que cayó derribado, sin sentido.

Merlo y Gallery respiraron, y se limpiaron el sudor y la sangre que llenaba sus caras.

—Es una fiera —comentó Merlo.

—Ahora le daremos lo suyo —dijo Dick.

—¿Por qué no lo liquidamos ya? —preguntó Gallery.

—Todavía es pronto —contestó Dick—. Estos tipos merecen que se les haga sufrir.

Se aproximó a él con la botella de «*whisky*», y empezó a derramárselo por el rostro. Thompson hizo un ligero movimiento de cabeza, y Dick se volvió a sus hombres.

—Ya vuelve en sí —dijo—. Levantadlo y sujetadlo por los brazos.

Obedecieron rápidamente, y Thompson, que ya empezaba a recuperarse, fue levantado e inmovilizado. Abrió los ojos, y sintió un gran peso en la cabeza; estaba aturdido, y no percibió que un hilo de sangre le corría por detrás de la oreja. Poco a poco fue dándose cuenta de su situación, y entonces se arrepintió de haber obrado tan temerariamente. Ahora comprendía la diferencia que había entre aquellos seres y los otros ladrones. Reconocía, demasiado tarde, que el «gangsterismo» era el desarrollo del asesinato fría y cruelmente, y que la base de su actividad descansaba sobre eso.

Dick se acercó a él, y le dijo, con sorna:

—Ya has visto que no puedes burlarte de mí.

Y dominado por un furor repentino, empezó a golpearle a derecha e izquierda, mientras sus secuaces hacían extraordinarios esfuerzos por contenerle. Dick golpeaba con saña, disfrutando cada vez que el dorso de su mano o el puño tomaban contacto con la destrozada cara de Thompson. Éste casi no podía moverse; la cabeza le dolía intensamente, y ya le iba siendo imposible sostenerse en pie. Intentó dar una patada a su agresor, pero su pierna no le obedeció; sintió náuseas, y notó que se le nublaba la

vista. El tremendo y bestial castigo continuaba, implacable.

De pronto sonó el martilleo de una metralleta que disparaba contra la cerradura de la puerta, y ésta se abrió de par en par, dando paso al inspector. Merlo soltó el brazo de Thompson, sacó su pistola y disparó; pero el inspector, más rápido, se le anticipó, hiriéndole en el pecho. Antes de que pudieran reaccionar, Battles y otros agentes, que habían entrado tras el inspector, sujetaron a Dick y a Gallery, mientras los desarmaban. Thompson cayó al suelo, inconsciente.

—Atended a ese hombre —ordenó el inspector, señalándolo.

Después se acercó a Merlo, y vio que estaba muerto. Se incorporó, y miró a Dick.

—Tú eres el jefe, ¿eh?

El pensamiento de su hija, que no le dejaba un solo instante, se acentuó al tener ante sí al hombre que había ideado su secuestro. Involuntariamente se cerraron sus manos, pero permaneció impasible, mirándolo como algo vil y repugnante. El bandido no pudo sostener aquélla justiciera mirada, y bajó la cabeza. Pensó que no todo estaba perdido, pues disponía de mucho dinero, que no sería fácil encontrar donde lo tenía oculto, y con el que podía pagar al mejor abogado de la ciudad. Todo era cuestión de habilidad y dólares, y él poseía ambos recursos.

El médico, que por disposición del inspector había ido con él, reconoció a Thompson, al que hizo volver de su desmayo.

—No es nada grave —dijo al inspector—. Un fuerte golpe en la cabeza, que pudo haberlo matado; los demás porrazos no han ocasionado graves lesiones. Dentro de tres días estará bien.

Examinó luego a Merlo, y vio que la bala le había atravesado el corazón. Se registró la reducida estancia, sin encontrar en ella nada de particular, y el inspector dio por terminada allí su actuación. Apoyándose en los hombros de dos agentes, Thompson fue conducido a un auto, en el que le esperaba Oakes, que se alegró de ver a su amigo con vida.

Oakes había seguido al auto de Dick, y cuando vio el lugar adonde conducían a Thompson, hizo volver al taxi en dirección al Departamento. Creyó el inspector que iba allí como consecuencia de la llamada telefónica que había mandado hacerle, pero Oakes le explicó que no había llegado a entrar en el bar. Le informó

detenidamente de lo sucedido, y cuando terminó, el inspector, acompañado de Oakes y de sus hombres, se trasladó al nuevo refugio de Dick. Prohibió a Oakes que se moviera del coche, y avanzó con los agentes hasta la casa. Una vez allí, ordenó que ametrallasen la puerta, y, ante el asombro de Battles y de sus subordinados, apartó a éstos, entrando el primero.

Dispuso que trasladasen a Thompson a una clínica, y después de unas frases de agradecimiento a Oakes, regresó a su despacho, pidiendo comunicación con la clínica; las noticias fueron buenas: Elise mejoraba.

Hubiese querido correr a verla, pero todavía no estaba el asunto terminado. Había que demostrar la culpabilidad de los detenidos.

Hizo entrar a Dick, que ya se había trazado su plan y que no demostraba en su semblante temor ni preocupación. Antes de que el inspector empezara a interrogarle, le dijo, decidido:

—No contestaré ninguna pregunta si no es delante de mi abogado.

—Quítele las esposas —ordenó el inspector a un agente.

Obedeció éste, y el inspector se dirigió a Dick:

—Ahí tienes el teléfono —dijo, señalando el aparato—. Llama.

Dick se puso al habla con el secretario de una de las eminencias del Foro neoyorquino, al que, por desgracia para la Justicia, le cegaba su afán de dinero. El secretario pasó el auricular a su jefe, y éste, que ya conocía a Dick, le preguntó:

—¿Ya estás metido en otro lío? ¿Dónde te encuentras?

—En el Departamento federal.

—¡Hum..., mal asunto! ¿De qué te acusan?

—Todavía no lo sé; pero supongo que de varios crímenes, que no he cometido.

—Eso dicen todos. Bueno; me haré cargo de tu caso con una condición.

—¿Cuál?

—La mitad de lo que hayas ganado.

No había opción. Se trataba de una gran cantidad; pero Waughan era el único capaz de salvarle.

—Conforme. Venga usted en seguida.

—Bien; no digas nada hasta que yo vaya.

Colgó Dick el aparato, y el inspector hizo una seña, y

nuevamente fue esposado. Después le preguntó:

—¿Cuál es el nombre de tu abogado?

—Míster Waughan —contestó, con un poco de insolencia.

—Llévenselo —ordenó a los agentes—, y tráiganlo cuando venga ese señor.

El jefe, que había entrado en el despacho y escuchó la última respuesta de Dick, dijo al inspector:

—Míster Waughan es uno de los mejores abogados de la nación. Llegaría muy lejos si no fuera por su poco escrupulosa conciencia, pero él mismo ha elegido ese camino.

—Tengo referencias de él —contestó el inspector—, e incluso he visto fotografías suyas en alguna revista profesional; pero no creo, a pesar de su valer, que pueda hacer nada en este caso.

—Es muy astuto —objetó el jefe—, y es raro que no saque adelante el asunto de que se hace cargo.

No tardó en ser anunciado míster Waughan, que entró en el despacho con aire y porte de gran señor. En su corpulenta figura, en su aire de distinción y suficiencia, había bastante personalidad, para apoyar su sapiencia jurídica, sus sofismas y torcidas razones. Saludó cortésmente al jefe y al inspector, de quien ya había oído hablar, y dedicó una inclinación de cabeza a Battles.

El inspector hizo comparecer a Dick, y, después que todos estuvieron sentados, mandó entrar a una taquígrafa, a la que dijo:

—Tome nota, señorita, de todo lo que aquí se hable.

Este comienzo no agradó mucho a míster Waughan. Se pasó la mano por su bien cuidado pelo gris, y fijó sus ojos castaños en el inspector. Estaba harto de intervenir en asuntos semejantes, y nunca se había tomado la precaución de hacer reflejar la conversación taquigráficamente. Cuando se llegaba a la declaración formal, era cuando se recurría al procedimiento: pero antes no.

—¿De qué se acusa a mi defendido? —preguntó.

—De intento de asalto a mano armada de la Electric Motors Corporation y, como consecuencia, de la muerte de un agente federal. Además de estos delitos, le acuso también del atraco y robo de un millón de dólares a la Banca

Carlson & Bros,

y del asesinato del apoderado.

No habló nada del secuestro de su hija, pues no quería que su

nombre fuera traído y llevado por nadie. A Dick mismo le sorprendió que no lo mencionase.

Había la costumbre de que el abogado, aunque fuese en breves palabras se pusiese antes de acuerdo con su cliente; pero míster Waughan no necesitaba, en principio, hacerlo, seguro como estaba de sus métodos.

—¿Qué respondes a estas acusaciones? —le preguntó el mismo míster Waughan.

—Soy inocente —respondió Dick, con un acento de sinceridad que hizo sonreír al inspector.

—¿Tiene usted pruebas? —preguntó el abogado al inspector.

—Ahora se lo diré.

Consultó unas notas, y se dirigió a Dick, dejando de tutearle:

—Usted era jefe de una banda, compuesta de cinco individuos. ¿Es cierto?

—No conteste la pregunta —intervino el abogado.

—Dos de ellos fueron muertos delante de la valla de la Electric por mis agentes —prosiguió el inspector—; otro fue muerto en su apartamento, al disparar contra mí, y el otro lo ha sido hace poco, también al hacer fuego. De esa banda, por tanto, sólo queda un hombre, que ha sido detenido juntamente con usted. ¿Niega que ese hombre era un secuaz suyo?

Quedó callado Dick, y el abogado comprendió que acababa de ponerlo en un aprieto.

—El hecho de que ese hombre estuviera con mi cliente no significa que lo tuviese a sus órdenes. Podían estar reunidos, simplemente, por ser amigos.

Sin hacerle caso, el inspector insistió:

—¿Niega que ese hombre formaba parte de su banda?

—No conteste —interrumpió el abogado.

—Se ha comprobado que ese hombre, llamado Gallery, estaba con usted cuando fueron sorprendidos delante de la Electric —el inspector se dirigió al abogado—: No dirá usted, señor, que en aquella ocasión también estaban reunidos amigablemente.

Mister Waughan hizo un gesto de contrariedad, y preguntó:

—¿Puede usted demostrarlo?

—Sí; la bala que se encontró en el cadáver del agente Mulvaney correspondía a la pistola de Gallery.

—Eso no significa que Dick estuviese con él.

—¿Olvida usted que los hemos detenido juntos? —preguntó el inspector.

El abogado guardó silencio. Había comprendido en todo su alcance la pregunta, y entonces reconoció que había obrado precipitadamente al hacerse cargo del asunto sin tener antecedentes. Porque no cabía la menor duda, y él lo veía claramente, que Dick era culpable de los delitos de que se le acusaban. En aquel momento pensó retirarse. Hubiese sido un gesto digno, pero recordó el robo de la Banca. Si salía bien, podría contar con doscientos mil dólares, por lo menos. ¿Cómo renunciar a tal ganancia, a la que nunca podría llegar con sus honorarios, aunque éstos fuesen muy crecidos? El dinero pudo más que la dignidad profesional, dignidad que ponía en venta, sin ningún escrúpulo, tan pronto se presentaba la ocasión. Decidió continuar.

—No ha probado usted —dijo— que Dick, en aquella ocasión, estuviese con Gallery.

El inspector se dirigió a Dick:

—¿Dónde estaba usted exactamente el día seis a las nueve y media de la noche?

—En el bar Atlantic —contestó, sin titubear.

—¿Quién puede atestiguarlo?

—Pues... Hoppe, el dependiente.

Dió una orden el inspector a Battles, y éste la transmitió a un agente.

—¿Cómo sabe usted —preguntó el inspector— con tanta precisión lo que hizo el día seis a esa hora?

—No conteste —intervino el abogado.

—Y el día once, ¿puede justificar dónde se encontraba de diez a diez y media?

—No lo recuerdo.

—Haga memoria —respondió, con calma, el inspector—. Es imprescindible.

—En el Atlantic, también.

En aquel momento llegó el dependiente del Atlantic, asustado, porque ignoraba de qué podría acusársele. No le habían dejado que hablase con el dueño, y, por tanto, no iba prevenido. El bar era un buen sitio de parada y recreo de la gente del hampa distinguida, y

el dependiente había salvado muchas veces a los clientes de caer en manos de la Policía. Al entrar se sorprendió de ver a Dick, y quedó impresionado ante la severidad del inspector.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—Richard Hoppe —contestó, con voz insegura.

—Trabaja usted como dependiente en el bar Atlantic, ¿es así?

—Sí, señor.

—¿Conoce bien a toda la clientela?

—Sí, señor; llevo varios años en el establecimiento.

—Mire usted al detenido. ¿Sabe quién es?

—Sí, señor; Dick Carey.

—¿Va con frecuencia al bar?

—Todos los días, señor.

—¿Y no ha faltado ninguno en lo que va transcurrido de mes?

El dependiente recapacitó.

—Al mediodía, ninguno.

—¿Y por las noche? Piense bien su contestación.

El dependiente inclinó la cabeza, y empezó a sudar. Aquello era demasiado para él. Todos estaban pendientes de su contestación, y sentía que las miradas convergían hacia su persona con ansiedad e interés. Se acordaba muy bien de todo, y temía faltar a la verdad, porque su declaración podría ser confrontada con la de otros parroquianos, e incluso con la del mismo dueño, que no sabía cómo reaccionaría. Levantó la cabeza, y respondió, con la voz un poco alterada:

—Dos noches estuvo sin ir.

La contestación pesó como una losa de plomo sobre Dick, y míster Waughan tosió, para ocultar su inquietud.

—El día seis de este mes fue jueves; recuerde si fue ésa la primera noche que Dick faltó.

—Sí, señor —contestó, después de reflexionar.

—La segunda vez fue el día once, martes; haga memoria —insistió el inspector.

Después de unos momentos, el dependiente contestó:

—Aquella noche tampoco fué.

—¿Está usted completamente seguro que las noches de los días seis y once Dick no estuvo en el bar?

—Completamente seguro, señor, y el dueño y sus amigos de

reunión pueden decirlo.

Salió el dependiente, y el inspector se dirigió a Dick:

—Ya ha visto usted que su coartada era falsa. Por tanto, debo admitir que dichos días, a las horas que he indicado, tomó usted parte activa y directa en los delitos de que le acuso. Confiese que fue así.

—Mi cliente no tiene que contestar a eso —dijo míster Waughan.

El jefe, sentado junto al inspector, admiraba la serenidad con que éste llevaba el interrogatorio, sin recriminaciones ni exaltaciones. Pero no era sólo él el que hacía esta apreciación, sino el abogado, que se decía que aquel hombre, de fiscal o juez, hubiera sido un enemigo terrible.

—Hasta ahora —dijo míster Waughan, mirando al inspector— no ha probado usted que mi defendido haya cometido los crímenes que le imputa.

Sin contestar, el inspector hizo que compareciera Gallery.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Jerry Gallery.

—¿Conoce usted al detenido?

—Sí, señor.

—¿Trabajaba a sus órdenes?

Gallery tardó en contestar.

—Sí, señor —respondió, al fin.

—Hay dos graves acusaciones contra él y contra usted: una de ellas es el intento de atraco a la Electric, y otra, el robo y asesinato del Banco

Carlson & Bros.

¿Conoce esta pistola? —le preguntó, mientras se la alargaba.

No tenía Gallery necesidad de mirarla detenidamente.

—Sí, señor; es mía —contestó.

—¿Estaba Dick con usted la noche del asalto a la Electric?

—¡Protesto! —exclamó míster Waughan, irguiéndose—. Esa pregunta es coactiva.

El inspector se volvió a la taquígrafa:

—No deje usted, señorita, de consignar esa protesta —después se dirigió al abogado—: Permítame que le diga, señor, que no está usted ante un tribunal, y que es ante el juez donde puede protestar

y hacer uso de sus alegatos jurídicos. Su labor aquí es concretamente la de aconsejar a su defendido, pero nada más. Estoy llevando este interrogatorio de una manera ecuánime, en interés de la Justicia, y si usted la representa, no debe interferir mi labor.

La advertencia del inspector dejó asombrado al jefe y a Battles, e hizo que míster Waughan enrojeciera y se mordiese los labios. Era la primera vez en su vida que recibía tal lección.

Hubo unos momentos de silencio, pasados los cuales el inspector miró a Gallery.

—Voy a repetirle la pregunta: ¿estaba Dick con usted la noche del asalto a la Electric?

—Sí, señor.

—¿Quién dispuso ese robo?

—Dick; él era el jefe.

Gallery había decidido decir la verdad.

—¿Por qué no obedeció usted la orden que di para que se entregase?

—Dick ordenó que hiciéramos fuego.

—Fue usted quien mató al agente Mulvaney. Está demostrado.

—No disparé yo solo. No fue un asesinato; luchamos, y yo tuve la mala suerte de alcanzarle. También cayeron dos de los nuestros.

El inspector pasó a la segunda acusación.

—Según mis conclusiones —dijo—, usted, acompañado de Dick, entró en la casa de Banca, forzando la puerta, pasaron por las oficinas hacia la escalera, y se introdujeron en el piso del apoderado, al que robaron, asesinándole después con su misma pistola.

—Eso no es cierto —gritó Gallery, exaltado—. Yo no entré en el Banco. Me quedé en la puerta, con Dinger, y Dick y Merlo fueron los que penetraron en su interior.

—¿Quién mató al apoderado? —preguntó el inspector.

—Yo no lo vi; pero Merlo me explicó cómo había sido. Dick le obligó a abrir la caja, y después, con la misma pistola del apoderado, le disparó un tiro en la sien.

—¿No hubo lucha?

—No, señor; Merlo le había dado antes un golpe, dejándolo sin sentido.

—¿Qué se hizo del dinero?

—Dick lo repartió. Nos dio a Dinger y a mi cien mil, ciento cincuenta mil a Merlo, y él se quedó con el resto.

La palidez de Dick ante esta declaración se había acentuado de tal modo, que parecía un cadáver, y mister Waughan, por su parte, estaba anonadado. No había podido recurrir a ninguna argucia, porque el inspector no le había dejado, pero comprendía que aquel caso era indefendible. Ningún jurado, ningún juez absolvería a Dick. No había confesado aún éste, pero no tardaría en hacerlo. Rápidamente hizo un estudio de las posibilidades de defensa que podría haber para evitar la muerte, pero tuvo que reconocer que no existía ninguna. Era un caso perdido.

Con la misma dignidad con que había entrado, dignidad ficticia y aparente, se levantó, y se dirigió a la mesa del inspector.

—Señor —le dijo—: renuncio a la defensa de ese hombre.

Saludó con una inclinación de cabeza y salió del despacho.

Toda la confianza que hasta entonces había tenido Dick desapareció. Había creído en el poder del dinero; admitía que podía comprarse al mejor jurista, y que la sangre derramada podría empaparse con billetes hasta que no quedara el menor rastro de ella. Ahora se daba cuenta de que no era así. Se había alzado frente a él un hombre como el inspector, que sin odios, sin amenazas, siguiendo la línea recta del deber, hacía incluso que hasta hombres como mister Waughan sintiesen un aldabonazo en su conciencia.

En unos minutos envejeció. Miró con odio al inspector, y sintió no tenerlo entre sus manos, para arrancarle la vida poco a poco.

Todavía no se había terminado. El inspector, con la misma voz grave que había empezado el interrogatorio, le preguntó:

—Dick Carey: ¿confiesa usted haber dirigido e intervenido en el asalto de la Electric?

Violentemente se levantó de la silla, y, en medio de una excitación histérica, gritó:

—¡Sí; yo fui quien lo planeó, y también hice el robo de la Banca, y maté al apoderado, y si tuviera mi arma a mi alcance, ahora mismo acabaría con usted!

Echaba espuma por la boca, y sus ojos se habían inyectado en sangre. Por la fuerza fue obligado a sentarse, y el inspector, sin dejarse influir por el ambiente dramático del instante, se dirigió a Gallery:

—¿Dónele tiene usted el dinero?

—En mi casa.

—Supongo que conocería usted el domicilio de Merlo, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien; ahora se lo dirá al agente.

Esperó a la señorita, que continuaba escribiendo, y le preguntó:

—¿Ha terminado usted?

—Sí, señor; ya está todo.

—Póngalo en limpio y, después de firmada, mándela al fiscal.

Hizo que se llevasen a Dick y a Gallery, y encomendó a Battles la práctica de las diligencias que quedaban.

—Buen trabajo, inspector —le dijo el jefe, tendiéndole la mano

—. Crea que voy a sentir que se marche usted.

—¿Por qué dice usted eso, señor?

—Porque no tardará mucho en que la Dirección le nombre jefe.

—Gracias, señor. Mi mayor satisfacción es poder cumplir con mi deber.

Recogió el inspector sus papeles, y dejó el Departamento, encaminándose a la clínica.

El director le salió al encuentro tan pronto le anunciaron su llegada.

—Enhorabuena, inspector; su hija está bien. El coma que había sufrido, como consecuencia de un fuerte trastorno del sistema nervioso central, ha cedido. No todo se debe a nuestro tratamiento, sino a su naturaleza.

Le miró el inspector, con agradecimiento, y le preguntó:

—¿No le perjudicará el que la vea?

—De ningún modo; está débil, pero dentro de tres días puede usted llevársela a su casa.

Cuando el inspector entró en la habitación de Elise, ésta, que había sido prevenida, tendió sus brazos hacia él, llorando de alegría.

—¡Padre! —exclamó, con voz entrecortada—. ¡Padre! Creí que no iba a volverte a ver.

Aquel hombre, duro y fuerte, se inclinó hacia la pálida cara de su hija, y mezcló sus lágrimas a las de ella.

—¡Elise, hija mía! —murmuró, mientras la besaba en la frente—. Gracias a Dios que te has salvado.

—¿Cómo llegaste tan a tiempo, padre? —preguntó, acordándose de la terrible lucha que había sostenido con Dinger.

Hasta ahí llegaban sus recuerdos; ella no se dio cuenta de las horas que había permanecido atada ni tampoco de la llegada del inspector. Si le había hecho aquella pregunta, era porque Bárbara se lo había explicado.

—No quiero que hables de eso, Elise. Debes hacerte cuenta de que todo ha sido una pesadilla, que afortunadamente ha pasado —le dijo el inspector, acariciándole las manos—. Vas a estar aquí tres días, para reponerte, y en seguida te vienes a casa. Nuestra vida será tan feliz como siempre.

—¡Qué bueno eres, padre!

Con el alma transida de gozo, abandonó el inspector la clínica, camino de su casa.

Tres días más tarde, y antes de recoger de la clínica a Elise, el inspector llamó a su despacho a Oakes y Thompson. Les entregó dos tarjetas, y les dijo:

—En las señas que ahí se indican encontraréis trabajo de acuerdo con vuestros conocimientos —sacó de su cartera unos billetes, y se los dio—. Ahí tenéis algún dinero, para que podáis arreglaros un poco, y siempre que necesitéis algo, acudid a mí. No me refiero solamente a la cuestión económica, sino a cualquier consejo o guía. Si permanecéis honrados, siempre tendréis en mí un amigo.



200

CROMOS A TODO COLOR

componen la magnífica Serie que presenta, por primera vez en el Mundo, la perfecta organización del

FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION

- + Lectura, Estudio Mayor y Cuartel General en Washington
- + Formación física, Deportes, Lucha, Investigación Policial y otras especialidades técnicas en la Academia de Quantico
- + Laboratorios Científicos
- + Métodos de los Agentes Especiales
- + El F. B. I. en la II Guerra Mundial
- + Hechos notables en su lucha contra Falsificadores, Saboteadores, Gangsters, Espías y enemigos de los Estados Unidos
- + Custodia de los Laboratorios atómicos.

¡LLUVIA de REGALOS!

En cientos de sobres encontrareis que os darán derecho a recibir BILLETOS, PELOTAS Y OTROS VALIOSOS REGALOS.

PEDIDOS A

EDITORIAL ROLLAN. — San Bern. 7.0. 4

AL del F. B. I.

para conseguir esta espléndida colección de Cromos, sobornadamente por un módico precio de Catorce pesos.

¡



